

132

QUEHACER



La guerra
de los mundo



UNMSM-CEDOC

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte S/.

071-2568829 / DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de DESCO, o

() Abono directo* a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Sudameris

Cta. Cte. US\$

071-1222170 / DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

UNMSM-CEDOC

QUEHACER

Lima, setiembre-octubre 2001

Dos fotografías inéditas concedidas en exclusividad por el fotógrafo neoyorkino Nick Basilion, que capturan el terrible momento que se vivió en el World Trade Center.



Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Annie Ordóñez

Foto de carátula y contracarátula:

Nick Basilion

Diseño de carátula y cuidado gráfico:

Anamaría McCarthy

Diagramación y composición:

Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 264-1316. Fax 264-0128

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO.

Quehacer: Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO.

Consejo Directivo de DESCO:

Julio Gamero, Presidente; Mariana Llona, Jorge Noriega, Carlos Reyna, Alberto Rubina, Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

[http:// www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm](http://www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm)

e-mail: qh@desco.org.pe

La guerra de los mundos

Armas a granel	4
El conflicto asimétrico / <i>Oswaldo de Rivero</i>	6
La trampa afgana / <i>Leyla Bartet</i>	10
Golpe al corazón / <i>Michael Shifter</i>	21
Los atentados y la agresión del poder global / <i>Julio Gambina</i>	25
Los miedos, y cómo vencerlos / <i>Eduardo Toche</i>	30
Épica y terror: un argumento de novela / <i>Miguel Gutiérrez</i>	36

Argentina

Argentina: un país emergente en estado de emergencia / <i>Ariela Ruiz-Caro</i>	48
---	----

Corrupción y verdad

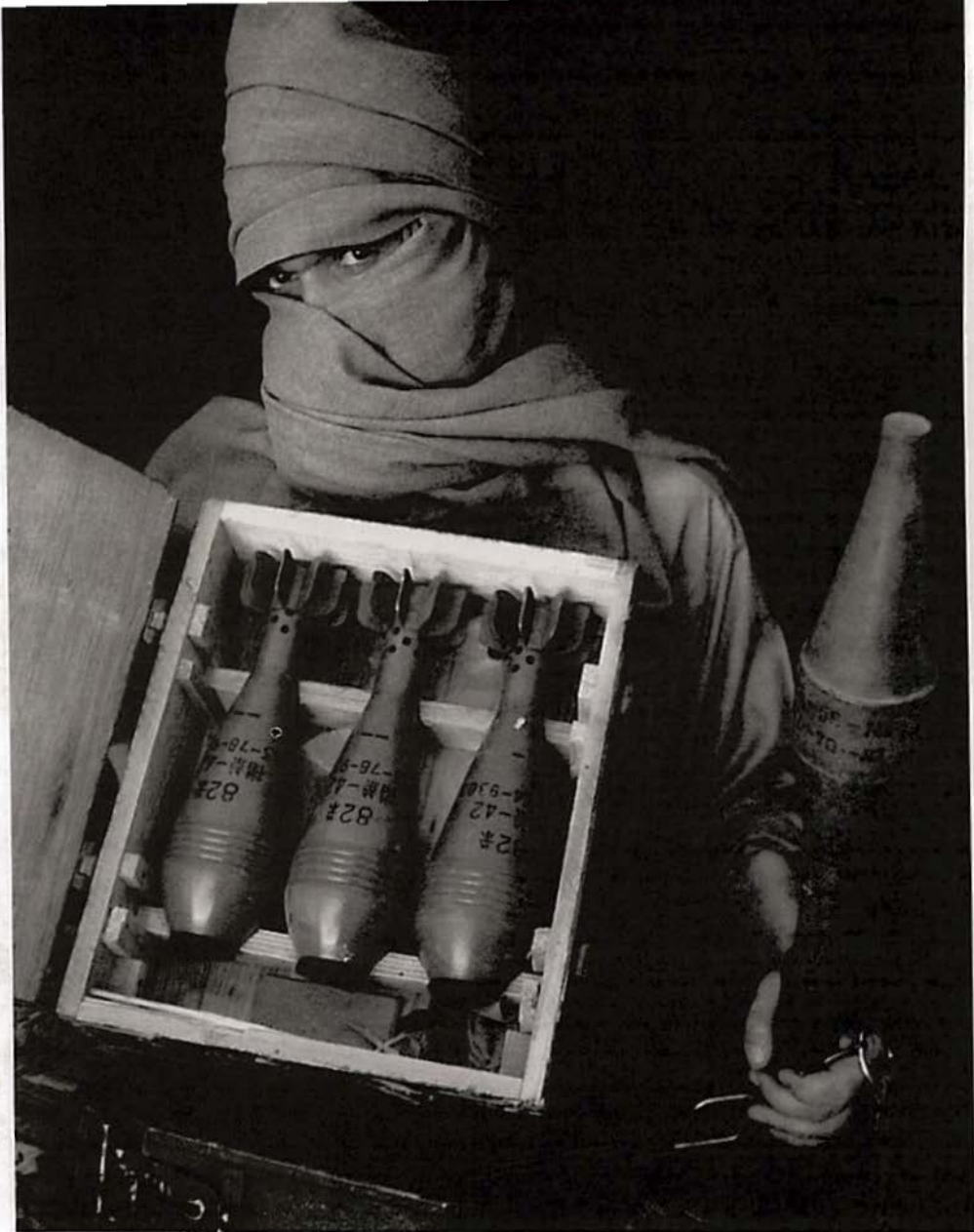
A limpiar la casa	54
Los monederos falsos / <i>Santiago Pedraglio</i>	56
¿Fue el fujimorismo un intento de modernización autoritaria? / <i>Eduardo Dargent Bocanegra</i>	62
La literatura, la Comisión de la Verdad y el Museo de la Memoria / <i>Víctor Vich</i>	68
<i>El hombre rebelde</i> cumple cincuenta años / <i>Alberto Vergara Paniagua</i>	72

La muralla verde

El llamado de la selva	78
«Todos tenemos derecho a ser peruanos» / <i>Una entrevista con Rodrigo Montoya Rojas por Abelardo Sánchez León</i>	80
«Hay una fuerte agresión a los pueblos amazónicos» / <i>Una entrevista con Guillermo Naco por Martín Paredes</i>	90
Pueblos indígenas, medio ambiente y desarrollo / <i>Ismael Vega Díaz y Carlos Mora Bernasconi</i>	96
Esta mesa nadie la instala / <i>Una entrevista con Margarita Benavides por Martín Paredes</i>	102
Los árboles ya no mueren de pie / <i>Una entrevista con Carlos Soria por Martín Paredes</i>	107

Creación

«Esta noche abriré tus sueños con mi viejo abrelatas» / <i>Una entrevista con Enrique Verástegui por Oscar Miranda y Martín Paredes</i>	113
El Mundo sin Xóchitl / <i>Melvin Ledgard</i>	122



(Foto: Steve McCurry.)

Armas a granel

La guerra entre Estados Unidos y Afganistán, como actor visible del mundo islámico, permite revisar algunos acontecimientos recientes y otros alejados en el tiempo. Por ejemplo, que en 1999 se instaló en

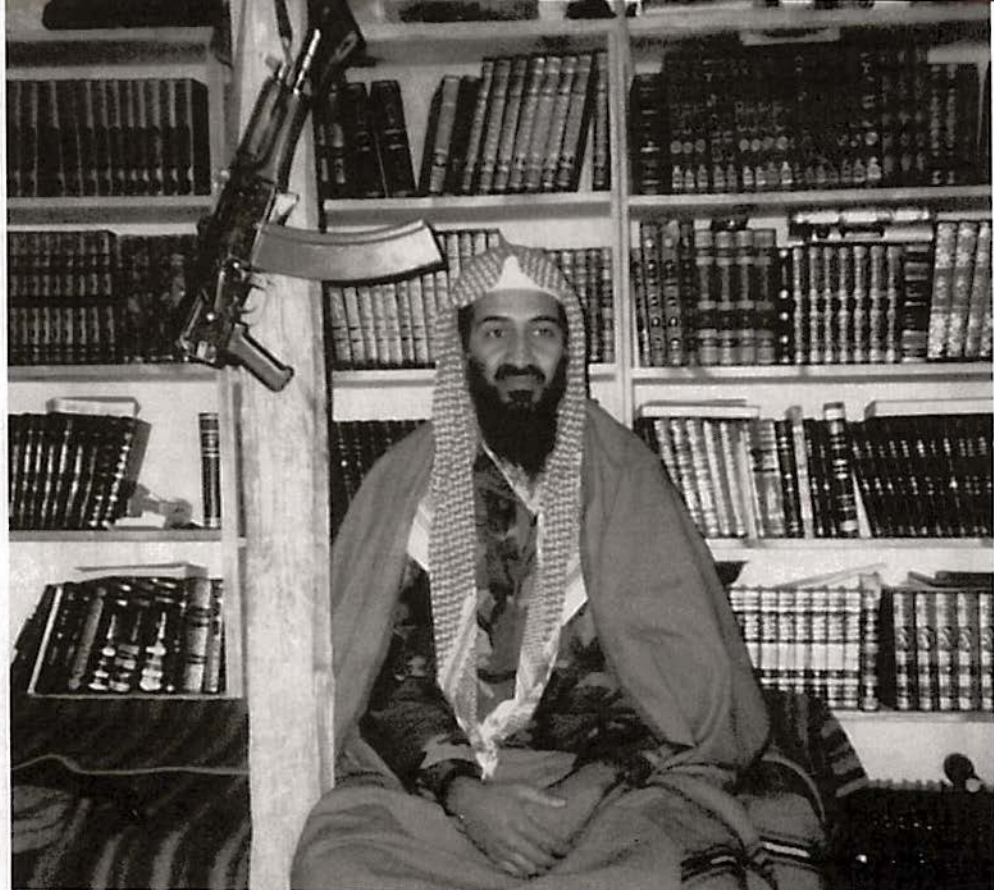
Afganistán el gobierno fundamentalista Talibán y que ejerció su control político en casi el 90 por ciento del país. Esta capacidad para eliminar completamente a la oposición militar dejó al país internamente dividido y creó una fuente de inestabilidad para otros países de la región centro asiática. Estos hechos pasaron inadvertidos ante la opinión pública internacional, como suele suceder cuando se trata de los países pobres del mundo. El desinterés desapareció y se convirtió en obsesión occidental cuando se supo que en esas montañas hostiles se ocultaba, protegido por el régimen Talibán, el millonario saudí Osama Bin Laden, a quien se le imputa el derribo de las Torres Gemelas de Nueva York y de parte del Pentágono en Washington.

Desde otro lado, el ataque a los Estados Unidos es considerado por la escritora Susan Sontag como un ataque específico a los Estados Unidos, la única y autonómada superpotencia del mundo. No se trataba de una cobarde agresión contra la civilización, la libertad, la humanidad o el mundo libre; era un ataque emprendido como consecuencia de la política, los intereses y los actos de Estados Unidos. Susan Sontag se preguntaba, por ejemplo: ¿cuántos norteamericanos son conscientes de que Estados Unidos sigue bombardeando a Irak?

Y es que Estados Unidos ha estado involucrado en todos los «chongos» ocurridos en el mundo durante el siglo XX. No se trata de hacer una lista exhaustiva y anti norteamericana. La idea es que los norteamericanos ignoren las razones por las cuales tanta gente y tantos países le llevan bronca a su país. Porque no debemos olvidar que los Estados Unidos han apoyado a tanta gente horrible: Hussein, Mobutu, Ceaucesco, Marcos, Duvalier, Somoza, Trujillo, Suharto, Pinochet, Noriega, Fujimori, y pusieron en práctica operativos de represión, como el Plan Cóndor, a favor de las dictaduras de Sudamérica, en la Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil y Bolivia.

Antes de los ataques atribuidos a Osama Bin Laden, los seis países vecinos de Afganistán (Pakistán, Irán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tajikistán y China), además de Estados Unidos y Rusia, se reunieron con los talibanes y los representantes de la oposición armada (actualmente la Alianza del Norte, apoyada por Estados Unidos e Inglaterra), sin obtener ningún progreso que tendiera a alcanzar un acuerdo entre las partes en conflicto.

La guerra ha sido declarada y la geopolítica internacional ha sufrido cambios radicales. Adiós Primer, Segundo y Tercer Mundo, Norte y Sur, Este y Oeste. Quienes siguen en pie son sólo los ricos y los pobres de la tierra.



Harto libro, harta bala. Osama Bin Laden organiza desde su escondite intelectual en Afganistán a 35,000 musulmanes de 43 territorios islámicos de medio oriente, Africa, Asia central y el lejano oriente. Este ejército se prepara para su guerra santa contra Occidente.

TERRORISMO GLOBAL

El conflicto asimétrico

OSWALDO DE RIVERO*

Los insanos y crueles actos terroristas del 11 de setiembre pasado contra Nueva York y Washington han hecho surgir un nuevo tipo de conflicto para el siglo XXI, el conflicto asimétrico. Esto signifi-

ca que un Estado, por más poderoso que sea, es hoy vulnerable a actos terroristas organizados globalmente por entidades no estatales que son difíciles de ubicar y punir. Actualmente, los planificadores militares norteamericanos están todavía

ante el gran problema de cómo dar una respuesta adecuada a una fuerza terrorista diseminada por varios países como Al-Qaeda y, además, hacer que sus bombardeos aéreos resulten efectivos contra su líder Osama Bin Laden, refugiado en un país como Afganistán que no tiene **high value** militar por ser un país plagado de pobres, ruinas, hambruna y sequía. Es decir, donde no hay nada importante que destruir que pueda obligar a los fanáticos Talibanes a entregar a su socio Bin Laden.

No será fácil, sólo con el bombardeo, hacer negociar al régimen Talibán. No estamos frente a un caso como el de Serbia, donde los bombardeos de Belgrado se hacían sobre un **high value** militar, infraestructura e industria, cuya destrucción terminó por hacer colapsar al régimen de Milosevic. En Afganistán, en cambio, simplemente no hay infraestructura ni industria. El objetivo de sacar a los Talibanes del gobierno tal vez sólo se podrá lograr mediante el combate militar terrestre, y éste no puede demorarse puesto que el Ramadam, la fiesta musulmana más sagrada, es en noviembre y el hecho de continuar el ataque durante ésta se interpretará como una cruzada contra todo el Islam. A ello hay que sumar que el crudo invierno afgano está próximo y que si inclusive colapsa el régimen Talibán, este colapso no garantiza que el conflicto asimétrico con otras organizaciones terroristas islámicas no continúe.

No existe manual militar en el mundo occidental que indique cómo combatir en el conflicto asimétrico. Los Estados Unidos tienen hoy en día una fuerza militar masiva que ningún adversario

estatal se atrevería a desafiar, pero hoy el adversario no tiene cara. La nebulosa terrorista de Bin Laden está compuesta por numerosas células independientes sembradas y dormidas en el seno de las mismas sociedades democráticas occidentales desarrolladas, donde hacen uso de bienes, servicios y tecnología. Por otro lado, el uso continuo de la fuerza aérea masiva y la muerte de población civil afgana sólo traerá de reacción el reclutamiento de más terroristas entre el gran número de radicales que existe en el mundo musulmán.

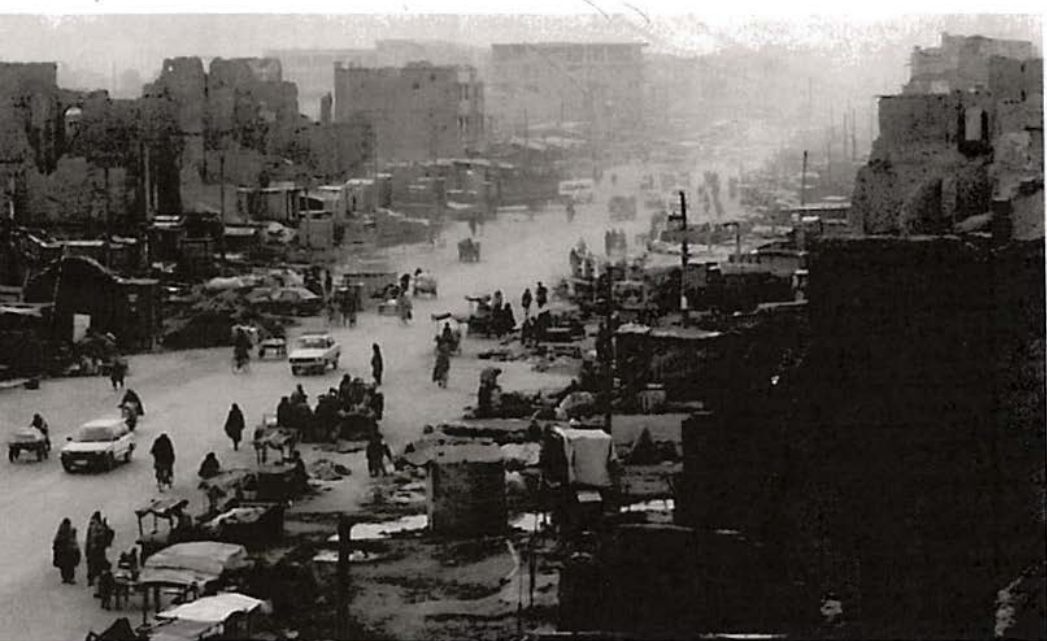
Mientras exista resentimiento y fanatismo religioso, toda potencia militar occidental será vulnerable porque sus sociedades abiertas, democráticas y globalizadas pueden ser infiltradas por grupos terroristas capaces de llegar a usar armas de destrucción masiva como las químicas y bacteriológicas. Frente al nuevo conflicto asimétrico que se está diseñando para el siglo XXI, no existe la categoría de superpotencia, la cual es sólo válida para conflictos estatales.

Este conflicto asimétrico está también cambiando los tradicionales enfoques diplomáticos. Rusia se ha acercado a la OTAN, dispuesta a ayudar a los Estados Unidos. Putin ha declarado que la batalla contra el terrorismo islámico es también su batalla, legitimando así su dura acción en Chechenia y logrando, además, que los Estados Unidos y Alemania soliciten que los rebeldes chechenos depongan las armas. Más aún, Putin ha comenzado a plantear algo antes impensable: que Rusia se convierta en miembro de la OTAN. Robert Legvold, profesor especializado en política rusa de Columbia University de N.Y., ha descrito este acercamiento diciendo que por primera vez desde el ataque a Pearl Harbor Estados Unidos y Rusia tienen hoy un enemigo común. Muchas rivalidades y

* Representante permanente del Perú ante la ONU. Su última publicación se titula *El mito del desarrollo*.

alianzas están cambiando debido al conflicto asimétrico. Pakistán, que apoyaba a los Talibanes, se ha inclinado hacia Estados Unidos, alejándose así de los guerrilleros islámicos que lo ayudaban en Cachemira contra la India. Estados Unidos ya no se preocupa del peligro de

asomo de veto las resoluciones del Consejo de Seguridad, que validan los ataques de los Estados Unidos en esa región. Asia Central, que no era una zona de preocupación occidental desde la época de Gengis Khan, se ha convertido de pronto en el epicentro de un conflicto



«Afganistán no tiene *high value* militar por ser un país plagado de pobres, ruinas, hambruna y sequía. No hay nada importante que destruir.» (Calle principal de Kabul en foto de Arthur Fox).

una acción nuclear entre India y Pakistán, y ha levantado las sanciones económicas contra ambos.

Irán, un Estado considerado por los Estados Unidos como terrorista, ha criticado los ataques a Nueva York y Washington acercándose a Occidente. También Kazastán, Tajiskistán, Turquemenistán y Ubesquistán, ex-repúblicas soviéticas que están en la zona de influencia rusa, apoyan a los Estados Unidos. Es más, Ubesquistán permite lo que jamás antes hubiera permitido por temor a Rusia: la llegada de aviones norteamericanos con tropas especiales para Afganistán. La misma China, tan celosa de su influencia asiática, debido a que sufre el terrorismo de separatistas islámicos en el Sinkiang, ha aceptado sin

que tiene insospechadas consecuencias diplomáticas y estratégicas.

En este conflicto concreto, la América Latina tiene todavía un rol marginal. Por el momento, la región es sólo el coro griego solidario de la tragedia norteamericana, lo cual está bien pues la masacre de inocentes ciudadanos norteamericanos es totalmente repudiable. Sin embargo, cuando vengan los premios financieros por la ayuda concreta contra el terrorismo, la región no estará muy presente. Sin duda se beneficiará más a los países musulmanes que se alinearon con Estados Unidos, como ya está pasando con Pakistán, otros países de Asia central, muy posiblemente pase con Egipto, Indonesia, los países del Golfo Pérsico y también con Rusia y China, que son

eslabones importantes de la coalición antiterrorista.

Otro cambio importante resultante de este conflicto es la nueva actitud de los Estados Unidos frente a las Naciones Unidas. La organización ha vuelto a ser importante para la superpotencia, ya que puede servir de instrumento para fomentar una vasta y duradera coalición antiterrorista. En efecto, los Estados Unidos han comenzado por pagar sus adeudos a la organización y han promovido que el Consejo de Seguridad y la Asamblea General se ocupen del terrorismo internacional.

El conflicto asimétrico también está cambiando la estrategia financiera de los países más ricos. Se comienza a combatir los paraísos bancarios globales donde se lava dinero, el secreto bancario de las principales plazas financieras del mundo está hoy en cuestión. Se está tratando de establecer también una coalición financiera global para realizar un seguimiento a toda cuenta sospechosa, y también se está tratando de lograr implantar una legislación efectiva internacional para justificar acciones contra cuentas personales en cualquier lugar del mundo. Estos temas son hoy en día nada menos que tópicos del Consejo de Seguridad. Hoy, la idea misma de globalización que implica mover personas, bienes y servicios a escala planetaria de la manera más libre posible, sufre las consecuencias del conflicto asimétrico. Toda la movilidad de los fondos financieros globales comienza a ser afectada, a la vez que extremos controles en las fronteras nacionales, puertos y aeropuertos afectan la circulación de personas, bienes y servicios. Todo el transporte aéreo y marítimo global se encuentra afectado por el conflicto asimétrico. La sospecha de terrorismo es omnipresente en toda transacción. Las compañías transnacionales están reduciendo el número de sus operaciones en los países en desarrollo y los capitales que se dirigían hacia los mercados emergentes se están secando.

Sin duda, uno de los cambios más

interesantes y menos notado que afecta ahora la ideología de la globalización neoliberal, que el *Financial Times* destaca, es que la actual política económica norteamericana es hoy neo-keynesiana. En efecto, la administración Bush se ha alejado del *laissez faire* económico en favor de rebajas de impuestos, estímulo del gasto público, regularización de actividades económicas y salvataje de empresas para estimular la demanda nacional achatada por la recesión.

Finalmente, este conflicto asimétrico puede afectar también la naturaleza misma de las libertades individuales garantizadas por el sistema democrático. En Estados Unidos, muchas de las medidas temporales de seguridad podrían restringir libertades si se hacen permanentes, debido a que el conflicto asimétrico puede ser prolongado. En efecto, la jueza de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Sandra Gay O'Connor, acaba de declarar que es muy posible que se den restricciones a la libertad personal como nunca ha sido antes el caso en los Estados Unidos. Asimismo, existe preocupación en los medios liberales norteamericanos de que su gobierno priorice en su política exterior la lucha contra el terrorismo frente a la defensa de los derechos humanos y la democracia, estrechando relaciones con regímenes autoritarios de Asia, el Golfo Pérsico y del Medio Oriente.

Para triunfar en el conflicto asimétrico no es suficiente la fuerza militar masiva. Se necesita extender la actual coalición exclusivamente estatal a otros actores globales no estatales, particularmente a las financieras transnacionales, que mueven fondos por doquier, y a las organizaciones no gubernamentales que defienden los derechos humanos y la democracia frente al terrorismo. Pero, sobre todo, se deberá hacer un gran esfuerzo diplomático para eliminar los conflictos regionales que originan humillación, frustración, exclusión social, fanatismo y terrorismo. Entre ellos, sin duda, la prioridad es terminar con el conflicto israelo-palestino y comenzar a lograr así el desmantelamiento del fanatismo religioso. ■

La trampa afgana

LEYLA BARTET

TRAS LAS BARRERAS DE LO
POSIBLE

Las torres gemelas del World Trade Center se habían convertido en un montículo humeante y un ala de los locales que ocupa el Pentágono en Washington no era más que ruinas y polvo. «Estamos frente a la primera guerra del siglo XXI», anunciaban los titulares en primera de muchos diarios occidentales, advertían algunos especialistas y reproducían a diestra y siniestra las redes informativas de la aldea global. En esta hipótesis apocalíptica se trataba de una guerra que opondría, por un lado, a la potencia-eje del mundo unipolar y, por el otro, a un enemigo de perfiles difusos, latente y agazapado bajo las condiciones favorables que las asimetrías sociales y económicas contemporáneas han provocado.

Pero no es ésta la única lectura que suscitó el terrible atentado del 11 de septiembre. El conocido geoestratega francés Gerard Chaliand¹ afirmó, por ejemplo, que esto no es ni será una guerra. No, al menos, según las definiciones habituales de la misma. En esta lógica, el acto suicida que destruyó las torres gemelas y parte del Pentágono no es una declaratoria bélica de Estado a Estado, sino el estadio extremo del terrorismo clásico. Confiando en que la lucidez se impusiera sobre el maniqueísmo belicista y primario de las posiciones iniciales, Chaliand expresó su certeza en que este conflicto

Protestas a favor de los talibán en Pakistán. El piso se le mueve al presidente de Pakistán, Musharraf.



no habrá de desembocar en un despliegue militar semejante al que vimos en la guerra del Golfo.

La revelación pública de la vulnerabilidad de los Estados Unidos ha producido numerosos efectos contradictorios. Tras la segunda guerra mundial y hasta la fecha, las nuevas guerras ocurrían en los extramuros: fuera de los confines de Occidente o, a lo sumo, (como en el caso de la ex Yugoslavia), en espacios fronterizos. Esta vez la violencia ha dado en el corazón del sistema. Es cierto que hubo antecedentes de estas formas de terrorismo dirigidas contra EE.UU. y contra algunos de sus aliados europeos, pero es la primera vez que un ataque de este tipo produce

1 Chaliand, Gérard. Es autor de numerosos libros, entre los que destaca el *Atlas estratégico*, la *Antología mundial de la estrategia* y *Mitos revolucionarios del Tercer Mundo*. Es profesor en Harvard, Berkeley y la UCLA.



un número tan elevado de víctimas –y tantas consecuencias económicas y políticas colaterales– dentro del país-eje del mundo globalizado.

El ataque del 11 de septiembre rompe el límite de lo establecido hasta ahora en las formas de lucha entre débiles y poderosos. El aparato de Estado norteamericano sufre la consecuencia de la guerra degenerada que él mismo ha contribuido a crear. Clausewitz les habría dicho: «Una vez abatidas las barreras de lo posible, es extremadamente difícil volverlas a colocar».

Sin embargo, no está de más recordar que si de apocalipsis se trata, no es éste el único que ha costado miles de vidas humanas. Recuerda la politóloga italiana Rossana Rossanda (*El País*, 28/09) los 150 mil degollados de Argelia, los 700 mil tutsis asesinados por los hutus a la vista y paciencia de Francia y Gran Bretaña, las 300 mil personas

asesinadas en Irak durante la operación «Tormenta del desierto» y el medio millón de niños que mueren por el embargo de medicamentos. Podemos agregar, en cifras latinoamericanas, aquéllas del genocidio indígena de Guatemala (200 mil muertos, 50 mil desaparecidos). «Entonces, se pregunta Rossanda, ¿unas masacres pesan como montañas y otras como plumas?» Sí, es un hecho: algunas muertes valen más que otras. Las asimetrías se sobrepone a los crímenes y un indio chiapaneca asesinado, un ruandés degollado, un niño palestino abaleado no valen lo que vale un solo occidental muerto en un enfrentamiento armado o, valga el ejemplo, en un atentado. Si no es moralmente correcto valorar un acontecimiento sólo por el número de víctimas, tampoco es lícito hacerlo sólo por el golpe que se infiere a la imagen que de sí misma tiene la víctima, en

este caso los Estados Unidos. Aunque Washington ha intentado corregir los exabruptos iniciales del discurso de George Bush (que no dudó en utilizar los permanentes recursos maniqueos de lo peor de la clase política norteamericana: «o están con nosotros o es-

LA SINGULARIDAD DEL ISLAM

Es un grave error asimilar el Islam al Mundo Árabe y éste, a su vez, a extremismos que, como tales, existen en todas las religiones. Por lo demás, ni todo árabe es musulmán (hay impor-



Musharraf, principal aliado de Estados Unidos, seguro les cobrará su recompensa después de la guerra. Rusia, Usbekistán, Tadyikistán, India e incluso China, serán la principal prioridad de la política americana. América Latina, pobre y recesiva, quedará una vez más en el limbo de la cooperación y la ayuda internacional. ¡Pobres Toledo, de la Rúa, y Novoa!

tán con el terrorismo» o, en el mejor estilo talibán, «Dios está con nosotros») quizá sea ya un poco tarde para ponerle límites a un mundo en blanco y negro. Ya en 1979, el ensayista Edward Said² analizaba esta simplificación peligrosa, cuando la crisis de los rehenes en Teherán. La esquematización extrema del discurso lleva al enjuiciamiento peyorativo del «otro», sobre todo si el «otro» se encuentra en áreas geográficas y culturalmente distintas de aquél que juzga.

tantes minorías coptas, maronitas, griego ortodoxas, etc. dentro de los países árabes) ni todo musulmán es árabe: de hecho Afganistán, Pakistán, Irán y las nuevas repúblicas caucásicas no lo son, para no referirnos ya a muchos países africanos o asiáticos como Indonesia o Singapur.

Más allá de la declarada unidad de una religión que no establece la separación entre la vida social y la religiosa, lo temporal y lo espiritual, hay diversas formas de interpretar el com-

promiso no secular entre política y religión. Este abanico de opciones existe tanto dentro de la rama sunita –mayoritaria– como entre el chiísmo y abarca desde las formas casi festivas del Islam caucásico hasta las formas más rígidas del wahabismo saudí.

Si es cierto que el cuestionamiento del orden establecido es casi tan antiguo como la propia religión musulmana (empieza muy poco después de la muerte del Profeta y conduce al primer cisma chiíta [cisma=chía]), cada período histórico ha visto el resurgimiento de formas de fundamentalismo o de retorno al Islam a partir de las contradicciones que marcan su momento. A inicios del siglo pasado las cofradías egipcias desempeñaron un papel central en el desarrollo del nacionalismo independentista frente al imperio otomano y más tarde al protectorado británico. Panarabismo y panislamismo aparecen como opciones políticas –no siempre enfrentadas– a inicios de este siglo. Al final de su gobierno, los Hermanos Musulmanes se oponen violentamente a Nasser, en Egipto, y el chiísmo de Irán, que encabezó la lucha contra la dinastía Pahlevi, terminó por derrocarla. El propio Khadafi en Libia, a pesar del *Libro Verde* que adapta su interpretación del *Corán* a la realidad del país, ha tenido problemas con los sectores musulmanes más conservadores.

Así, contrariamente a lo que podría inducir a pensar Samuel Huntington³, para un islamista radical el enemigo muchas veces se encuentra dentro de las filas de los creyentes y no forma

parte de otra civilización. Imaginar un «Oriente» y un «Occidente» como entidades homogéneas enfrentadas entre sí, adolece cuando menos de un simplismo notable.

Para un musulmán, el príncipe no es más que un sustituto falible del Profeta y por lo tanto es siempre susceptible de cuestionamientos. Lo que se ve confirmado en la actualidad con el rechazo por los integristas de figuras políticas que han jugado al puritanismo extremo de las prácticas, como la familia real saudí o el general golpista Musharraf, actual presidente de Pakistán. Sin embargo, la historia empieza a hacerse más confusa cuando otros actores aparecen en el tablero. Es el caso de la intervención de potencias extranjeras, cultural y religiosamente muy alejadas de las opciones de los autóctonos. En Afganistán, la presencia, primero soviética, luego norteamericana, a través de saudíes y paquistaníes, ha llevado a la destrucción de las frágiles estructuras casi medievales existentes.

DEL ANTISOVIETISMO AL ANTITALIBANISMO

Desde inicios de la década de los 50, la Unión Soviética había considerado Afganistán como un área de seguridad que daba profundidad a sus fronteras. Tras el movimiento separatista musulmán en la India que concluye, en 1947, con la creación del Estado de Pakistán por los británicos y la promulgación de la Constitución del 56 que la declara República Islámica, Moscú se alarma. La URSS se preocupa entonces de mantener las mejores relaciones con la vecina India y con Afganistán, país que limita con tres de sus repúblicas: Turkmenistán, Uzbekistán y Tadyikistán. Así, cuando la izquierda pro-soviética afgana le pide ayuda militar a Moscú para derrocar al golpista Hafizulah Amin –cuya exabrupta llegada al poder había introducido un

2 Said, Edward. Ensayista palestino, profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia. Es autor, entre otros, de un clásico sobre el tema de la alteridad, *Orientalismo. El Oriente creado por Occidente*.

3 Huntington, Samuel. Profesor de Ciencias Sociales en la Universidad de Harvard. En 1993 publicó su ya célebre ensayo «¿Choque de civilizaciones? El próximo modelo de conflicto».

factor de desequilibrio regional- los soviéticos no dudan en aceptar.

La ocupación soviética de Afganistán fue, sin duda, uno de los grandes errores de Moscú. No sólo porque no consiguió los objetivos que buscaba y debilitó su imagen en la región, sino porque -en plena guerra fría- convirtió al país en escenario de un violento enfrentamiento Este-Oeste, con paquistaníes y saudíes interpuestos. Una población mayoritariamente campesina y arcaica vio con descontento la voluntad de modernización explicitada por el gobierno laico y socialista de Babrak Karmal.

Para hacer frente a la ocupación soviética, siete partidos fundamentalistas radicales se fusionan, a mediados de 1982, en la llamada Alianza Islámica de los Mudyahiddin (**mudyahid** significa combatiente). A partir de entonces Estados Unidos se involucra claramente en el conflicto, haciéndoles llegar el siguiente año 280 millones de dólares, además de equipamiento militar, armamento ligero y misiles antiáéreos. Las armas arriban a través del aliado incondicional de Washington en la región: Pakistán. Éste conserva el monopolio de la repartición del material bélico entre las diferentes facciones que integran el Frente Mudyahiddin, manejando así un poder efectivo que le permite modificar el curso de los acontecimientos a su antojo.

Ya entonces era notable el doble discurso norteamericano. Por un lado, el gobierno de Ronald Reagan no dudaba en clamar contra el régimen chiíta en Irán acusándolo de crear una suerte de teocracia medieval y, por otro lado, cobijaba y alimentaba el islamismo radical en Afganistán.

El islamólogo francés Gilles Kepel indica que «el golpe de gracia dado a la URSS le había salido barato a Estados Unidos: la factura del Yihad afgano sólo ascendió a unos 600 millones de dólares al año, compartidos además con las monarquías petroleras». Ni una gota de sangre americana se había de-

ramado en las montañas de ese país asiático. La guerra la habían hecho unos musulmanes barbudos y los muertos eran o soviéticos o «combatientes de la libertad» afganos, los angelizados «**freedom fighters**». Se pudo así vengar la derrota de Viet Nam sin oprimir a los contribuyentes, ni enlutar a las familias de los G.I.'s. Pero Washington no supo ver el peligro en el mediano plazo.

Hoy resulta evidente que los responsables norteamericanos erraron su estrategia. Pecaron de ligereza y de inmediatez. La historia demostraría más adelante que el socialismo real estaba de todos modos herido de muerte. En cambio, la ayuda a los movimientos más radicales del Islam incubaba un peligro latente que el desconocimiento histórico, cultural y religioso de la región les impidió percibir. Subestimaron el proceso que estaba en marcha en los campamentos de Peshawar (Pakistán) desde mediados de los 80.

Allí, con la ayuda paquistaní y el visto bueno norteamericano, se fundaron las **madrassas**, rígidas escuelas islámicas. En ellas se recogía a jóvenes huérfanos, voluntarios de diferentes regiones y países, se les daba alimento, cobijo y una formación coránica inspirada en lo que Gilles Kepel llama «salafismo-yihaidista». ⁴ El estudiante (o **talib**) no recibía otra enseñanza sobre el mundo que no fuera esa intolerante interpretación del Corán.

Los talibán, en este ámbito aislado y alimentados por una violencia extrema, arrastrados al terrorismo antiruso bajo supervisión norteamericana, se persuadieron de que la derrota de la

4 Salafismo, corriente de pensamiento nacida a fines del siglo XIX que se propone restituir las formas originales del Islam, para frenar aquellas corrientes modernistas fascinadas por Occidente. Para ello propone un esfuerzo de interpretación de los textos, adaptándolos a las necesidades de la vida moderna. Los talibán conservaron sólo la idea de restituir las formas originales del Islam.

superpotencia soviética se debía exclusivamente a ellos y a la voluntad de Alá, y que se podría reproducir esta experiencia contra todos los regímenes impíos del planeta. Varios miles de activistas comulgaron con la nueva ideología salafista y su lectura particu-

tico de otros grupos radicales musulmanes, y estructura su ambiente. Osama Bin Laden habrá de convertirse poco después en su representante y símbolo.

Precisamente, la historia de Osama Bin Laden es un buen ejemplo de los



«Durante la guerra del Golfo las tropas americanas habían profanado con su presencia la tierra santa en Arabia Saudita.» (Foto de Bill Gentile).

lar de las tradiciones del Profeta (las *hadith*) originarias de Arabia Saudita. Al salafismo se agregó además un aspecto violento que éste no tenía en su origen: una actualización del *Yihad*, o Guerra Santa (el *yihadismo*) contra todos los regímenes que se hubieran alejado de estos principios fundadores, dentro o fuera de la comunidad islámica. Según Gilles Kepel, esta referencia obsesiva al *Yihad* se sustituye a la tradicional predicación religiosa, a la movilización social o al trabajo polí-

errores norteamericanos. El nuevo demonio de Occidente fue reclutado por la CIA en Estambul, en 1979. En un inicio, trabaja como intermediario financiero del tráfico de armas sostenido por Estados Unidos y por Arabia Saudita, cuyo conservatismo político era –y sigue siendo– altamente apreciado por la Casa Blanca.

En 1980 Bin Laden ingresa a Afganistán donde habrá de permanecer construyendo bunkers, túneles y campos de entrenamiento hasta el retiro de

las tropas soviéticas en 1989. Durante ese tiempo, su contacto en Arabia Saudita era el entonces príncipe Turki Ben Faysal, hermano del rey y jefe de los servicios secretos saudíes, en estrecho contacto con la CIA. Cuando los mudyahiddin toman Kabul, Bin Laden

Bin Laden ofrece a la monarquía sus tropas de mudyahiddin para liberar Kuwait de la ocupación iraquí. Pero Ryad prefiere sus arreglos con los Estados Unidos a los principios de la dignidad islámica. Indignado —como la mayoría de la población árabe— por



El comandante Massud, jefe de la Alianza del Norte, fue asesinado dos días antes del ataque a Estados Unidos. ¿Quién se beneficiará con ello?

celebra el triunfo como propio. Pero poco después, hastiado por la guerra civil que se desata entre las diferentes etnias y «señores de la guerra», el millonario saudí se retira a Sudán, soñando crear allí una suerte de empresa regional capaz de exportar y sostener económicamente esta forma de acción político-religiosa.

La ruptura de Bin Laden con Washington ocurre a raíz de la guerra del Golfo y no porque estuviera de acuerdo con Saddam Hussein. Cuando los norteamericanos solicitan permiso al rey Fahd para instalar sus tropas en territorio saudí, los islamistas se alarman. La tierra santa no puede verse humillada con la presencia de infieles.

los bombardeos y por el bloqueo hambreador que sufre luego el pueblo iraquí, Bin Laden se dedica a reforzar la estructura financiera de su imperio y a prepararse para una guerra, que sabe larga, contra los Estados Unidos y los gobiernos árabes traidores.

En agosto de 1998 ocurren los atentados de Nairobi (Kenya) y Dar es Salaam (Sudán): una manera feroz de recordar el aniversario de la llegada de las tropas americanas a la tierra santa del Islam. Al año siguiente, el barco USS Cole es alcanzado por una lancha suicida en el puerto de Adén (Yemen). Bin Laden debe abandonar Sudán por presiones de Washington, tras conocerse sus vinculaciones con esos aten-

tados. Entonces vuelve a Afganistán donde probablemente continuó preparando sus espectaculares atentados suicidas. El hijo predilecto de la CIA se había convertido en su peor enemigo.

El desvío ideológico-religioso que Bin Laden representa podía haber sido anticipado a tiempo por quien conociera algo más el funcionamiento político del Islam. Sin embargo, Washington prefirió preocuparse por lo inmediato.

Durante los catorce siglos de historia de las sociedades musulmanas, los doctores de la ley coránica (o *ulemas*, únicos habilitados en principio para proclamar e identificar el objetivo de una lucha) se habían mostrado cautos. En efecto, al legitimar con el *Yihad* el recurso a la violencia, se corría el riesgo de alterar el orden público y las jerarquías de la sociedad, de extender el desorden y la sedición (la *fitna*). Los *ulemas* supieron siempre que se trataba de un arma de doble filo. Al apremiar a los más conservadores de ellos a publicar *fatwas* (decisiones jurídicas basadas en los textos sagrados) declarando el *Yihad* contra los soviéticos, Estados Unidos y sus aliados abrieron la caja de Pandora. Porque el mismo razonamiento aplicado y puesto en marcha contra los impíos rusos que ocupaban Kabul era aplicable contra los Estados Unidos: durante la guerra del Golfo, las tropas norteamericanas habían profanado con su presencia la tierra santa de Arabia Saudita y, como si esta afrenta no bastara, habían dejado tropas estacionadas en su suelo.

La guerra del Golfo, iniciada a finales de 1990, introduce un cambio radical en la situación de la región. A estas alturas resulta evidente el divorcio que esta guerra y sus secuelas produjeron entre los gobiernos árabes —obligados por sus aliados occidentales a enfrentarse a Saddam Hussein— y sus respectivas poblaciones. La comunidad de los creyentes (la *Umma*) acusó el golpe con indignación y el propio líder iraquí,

dirigente de un partido modernista (el *Baas*) y de un Estado de vocación laica, no dejó pasar la oportunidad de dirigirse a la *Umma* para pedirle su apoyo. La guerra contra Irak rompió la alianza política entre los Estados Unidos y las monarquías petroleras del Golfo, por un lado, y los partidarios de la *Yihad* por otro. En este contexto, agravado por la nefasta política norteamericana de apoyo constante a Israel, ocurre el primer atentado contra el World Trade Center, en febrero de 1993. Ya entonces se pudo observar la permeabilidad del territorio norteamericano a estas redes terroristas y la ambigüedad de los servicios de inteligencia norteamericanos frente a los grupos extremistas medioorientales, cuyos dirigentes ingresaban en territorio norteamericano protegidos por sus antiguos lazos de amistad con la CIA.

LA OLLA DE GRILLOS

Desde el retiro soviético de Afganistán, en 1989, el país en general y Kabul en particular vivían una permanente situación de guerra civil. Los acuerdos de Ginebra del 14 de abril del año anterior fueron, en realidad, puramente técnicos: organizaban el retiro de las tropas soviéticas y de la ayuda aportada por las grandes potencias a sus aliados. No hubo acuerdo político que contemplara el problema del poder en Kabul, lo que inevitablemente desembocó en una segunda etapa de la lucha armada. Fue un error haber excluido de las negociaciones a los Mudyahiddin, así como a Irán, tradicional soporte de los chiítas afganos, y a la India, que por razones geoestratégicas frente a Pakistán apoyó hasta el final al régimen socialista de Kabul.

La Alianza de los Mudyahiddin estaba compuesta por diferentes etnias (algo de pashtunes, sobre todo hazaras, tadyikos, uzbekos) y clanes diversos dirigidos por señores regionales. Uno de estos grupos, el del Panshir, mayori-

tariamente tadyik, era dirigido por el comandante Ahmed Sha Massud, gran señor de las tierras del noroeste y de religión chiíta, lo que le aseguraba el sostén de Irán, además del de la Casa Blanca. Éste perdió progresivamente el apoyo militar norteamericano porque Washington optó por ceder a las presiones paquistaníes. Pakistán no veía con buenos ojos el independentismo de Massud y creía en cambio controlar a los talibán pashtunes del este y sur del país. Es explicable que así fuera. Para Pakistán, un país que sustenta su identidad sobre el sólo factor religioso, la seguridad de sus fronteras es fundamental. Y tiene problemas con la India, en relación a la región de Cachemira y, al oeste, con el Irán chiíta. Amén de sus problemas internos actuales. En efecto, las grandes mayorías del país apoyan a los talibán y han hecho de Bin Laden su héroe. Ciertos grupos islamistas se han hecho fuertes incluso en el seno de las fuerzas armadas. Esto explica por qué en vísperas de los bombardeos americanos sobre Kabul, Kandahar y Jalalabad, Musharraf destituyó a varios generales y los reemplazó por oficiales de su entera confianza.

LA ENCRUCIJADA DE LA GUERRA

Con la ofensiva contra Afganistán, Estados Unidos retorna, veinte años después, al punto de partida. El bombardeo aéreo resulta inaceptable para sus aliados regionales porque, como lo hizo notar el general Colin Powell, ¿qué sentido tiene bombardear los campos de entrenamiento talibán si en la actualidad están desocupados? ¿Para qué gastar un misil que cuesta millones de dólares en atacar una vacía carpa de diez dólares en una meseta afgana?

El ingreso de sus tropas por tierra tampoco resulta fácil. La guerra de guerrillas en un territorio que sus soldados no conocen ya les costó una amarga derrota en Viet Nam. Tam-

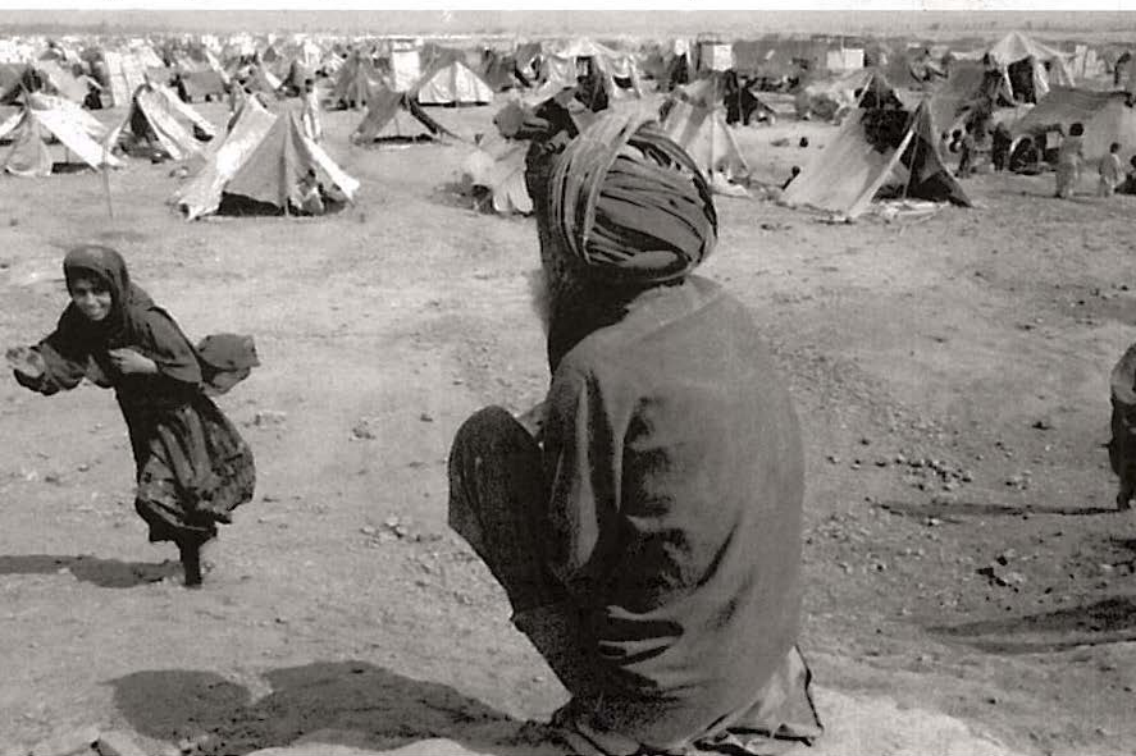
co pinta mejor la opción por el apoyo a la minoritaria resistencia a los talibán sostenida por la Alianza del Norte que, según los interesados, representa un diez por ciento de la población, y según otras fuentes, sólo el cinco por ciento. Para ello han intentado incluso actualizar la figura del anciano rey Mohamed Zahir Sha, depuesto en 1973, quien podría presidir una asamblea de notables (Loya Jirga) que incluiría a la Alianza del Norte y a ciertos talibán «moderados». Pero incluso estos dudosos apoyos no garantizan una solución estable para Kabul. Interrogados al respecto, muchos de los refugiados que huyen hacia Irán o Pakistán, califican a la Alianza como una banda de etnias, grupos y comandantes incapaces y sectarios que durante cuatro años desgarraron el país en una guerra civil mezquina y sin salida, abriéndole así el camino a los talibán. «Son todos iguales», decía uno de los refugiados en Pesahwar.

El asesinato terrorista, dos días antes de los atentados de Nueva York, del comandante Massud (llamado el León del Panshir), el único que conservaba algo de legitimidad, no facilita las cosas. Por otra parte, Pakistán —que, además de la India, no hay que olvidar, posee también armamento nuclear— no desea ver a los mudyahiddin otra vez en el poder y se opone terminantemente a un gobierno afgano que no sea controlado por la etnia pashtún.

Entretanto, el misterioso Mola Omar, emir de Kandahar y líder efectivo de los talibán, llama a la solidaridad de todos los musulmanes de la tierra, invoca la unidad de la Umma y el apoyo de Alá, tal como lo hiciera en 1991 Saddam Hussein. El llamado del líder iraquí no lo preservó entonces de las iras americanas. Es cierto que militar y económicamente Irak sufrió una indiscutible derrota. Pero ya hemos visto que los vientos sembrados por esa guerra empiezan recién a cosecharse. Su discurso no lo salvó de la destrucción material, pero desestabilizó a los regí-

menes de la región y creó conciencia de las asimetrías que las grandes potencias ponen en práctica en su política exterior. El reciente discurso pronunciado por Osama Bin Laden, desde algún lugar de Afganistán, recuerda

lo garantiza. Quizá algunos de los miembros del equipo del presidente Bush hayan empezado a entender que los orígenes del fenómeno se encuentran más allá y por ello se ha mencionado, por primera vez, la necesidad de



Puede tratarse del asentamiento humano Pachacútec o de un asentamiento de refugiados en Pakistán. Los mismos pobres de la tierra... (Foto de Cho Sungsu).

estas asimetrías. Evoca, con fino sentido táctico, la vulnerabilidad de los Estados Unidos y ataca a los traidores, a saber los gobiernos de la región que —con excepción de Irak e Irán— han apoyado la intervención bélica. También clama por la unidad en torno al Islam: «cada musulmán debe levantarse para defender su religión, afirma, el viento de la fe y el cambio están soplando para expulsar al demonio de la península de Mahoma».

En este cuadro, resulta evidente que la captura o la muerte de Bin Laden no garantiza la desaparición del terrorismo. Ni siquiera la derrota de los talibán

un Estado independiente palestino. Desgraciadamente, para la gran mayoría de la opinión pública norteamericana (un 90 por ciento de la población apoya la respuesta armada) no está claro que la salida sólo puede ser política y no militar. Y, sin embargo, si se desea escapar a la escalada sangrienta que parece anunciarse, es preciso reexaminar y cuestionar el estilo arrogante y agresivo que ha marcado la política exterior norteamericana en la región. Como afirma, con razón, Edward Said: «El escepticismo y la reconsideración son una necesidad, no un lujo». ■



WOODY ALLEN
DIANE KEATON
MICHAEL MURPHY
MARIEL HEMINGWAY
MERYL STREEP
ANNE BYRNE

MANHATTAN

Music by
"MANHATTAN" GEORGE GERSHWIN
A JACK ROLLINS-CHARLES H. JOFFE Production Directed by
Written by WOODY ALLEN and MARSHALL BRICKMAN
Produced by CHARLES H. JOFFE Executive Producer ROBERT GREENHUT Director of Photography GORDON WILLIS
WOODY ALLEN

United Artists
A Paramount Company

R
RESTRICTED
Under 17 Requires Accompanying Parent or Guardian
© 1979 United Artists Corporation. All rights reserved.

Golpe al corazón

MICHAEL SHIFTER

La analogía más cercana fue el 5 de junio de 1968. Ese fue el día en que mis sueños se hicieron añicos y en que el mundo cambió.

Estaba viendo televisión. Bobby Kennedy, el senador de mi Nueva York natal, acababa de ser declarado victorioso en la primera contienda Demócrata de nominación para presidente en California, cuando alguien le disparó y lo mató. Bobby era mi héroe político, un personaje carismático que encarnaba la esperanza de una era de turbulencia. Lloré desconsoladamente durante días. No quería hablar con nadie.

Lo que recordé espontáneamente ese día —e hizo el pesar tanto más doloroso— fue el shock de cinco años antes, cuando el hermano de Bobby, el presidente John F. Kennedy, fue asesinado en Dallas, Texas. En esa época yo sólo tenía ocho años. Para una generación completa ese momento trágico fue tremendamente devastador. Mary McGrory, ahora columnista del *Washington Post*, dijo: «Nunca más volveremos a reír». Daniel Patrick Moynihan, quien había trabajado bajo las órdenes del presidente Kennedy y acaba de jubilarse como senador de los Estados Unidos por Nueva York (el mismo escaño que tuvo Bobby) le contestó: «Mary, volveremos a reír. Más nunca volveremos a ser jóvenes otra vez.»

Para otra generación la inocencia se perdió totalmente el 11 de setiembre del 2001. «*ATACAN A EE.UU.*», el titular del *New York Times* del día siguiente lo decía todo. Todos en todas partes estaban anonadados por lo que había pasa-

do. Pero noté que especialmente los hombres y mujeres jóvenes de veintitantos años que trabajan conmigo en el Diálogo Interamericano (un centro de política en Washington D.C.) entraron en una profunda crisis existencial. En un marco de ideas más amplio, trabajar todos los días en un proyecto de políticas estadounidenses sobre América Latina les pareció realmente inconsecuente. ¿Qué sentido tenía todo esto?

Nacida después de la guerra de Vietnam, esta generación (y con ella, todos nosotros) se esforzaba por darle sentido a esta pérdida de vidas en tierra americana: 6,000 muertos. Es decir, más del diez por ciento de los americanos que murieron durante toda la guerra de Vietnam, el trauma nacional que desgarró a los Estados Unidos por más de una década. De las numerosas comparaciones y referencias hechas para poner los acontecimientos del 11 de setiembre en una perspectiva justa —se menciona a menudo el ataque japonés de Pearl Harbor y la particularmente sangrienta guerra civil americana—, la guerra de Vietnam me impresiona como la más intensa y dramática.

Al mismo tiempo, no hay otro lugar en Washington que sea más sobrio y que me reconforte tanto como el **Vietnam Memorial** inaugurado hace veinte años. Allí es donde fui al día siguiente de los atentados. Contrariamente a otros monumentos impresionantes del **National Mall** en Washington, éste predispone a la introspección y a la reflexión profunda. Es tremendamente conmovedor. A poca distancia del **Vietnam Memorial** está el **Franklin**

* Traducción del inglés de Ingrid Sipkes.

Delano Roosevelt (FDR) Memorial, abierto desde hace algunos años. Ya lo he visitado varias veces, y después del **Vietnam Memorial** me dirigí hacia allí otra vez. En las piedras se veían inscripciones grabadas, tan elocuentes y sencillas como «esta generación de americanos tiene una cita con el destino», expresadas por el presidente que condujo a los Estados Unidos en la Gran Depresión y la II Guerra Mundial.

Se ha constatado a menudo –y con justa razón– que el liderazgo y la elocuencia política son escasos en los Estados Unidos hoy en día. Mas la crisis ha convocado a lo mejor de los Estados Unidos. Especialmente Rudy Giuliani y Colin Powell, el Alcalde de Nueva York y el Secretario de Estado, hijos respectivamente de inmigrantes italianos y jamaíquinos. Giuliani estuvo extraordinario, y sencillamente nos mostró la combinación perfecta de tenacidad y humanidad pura y simple. Como diría Hemingway, mostró «elegancia bajo presión». Sin mencionar el hecho de que puso en riesgo su vida. Rara vez un personaje público ha mostrado tanta valentía. Giuliani ha sido apropiadamente descrito como «Churchill con un gorro Yankee».

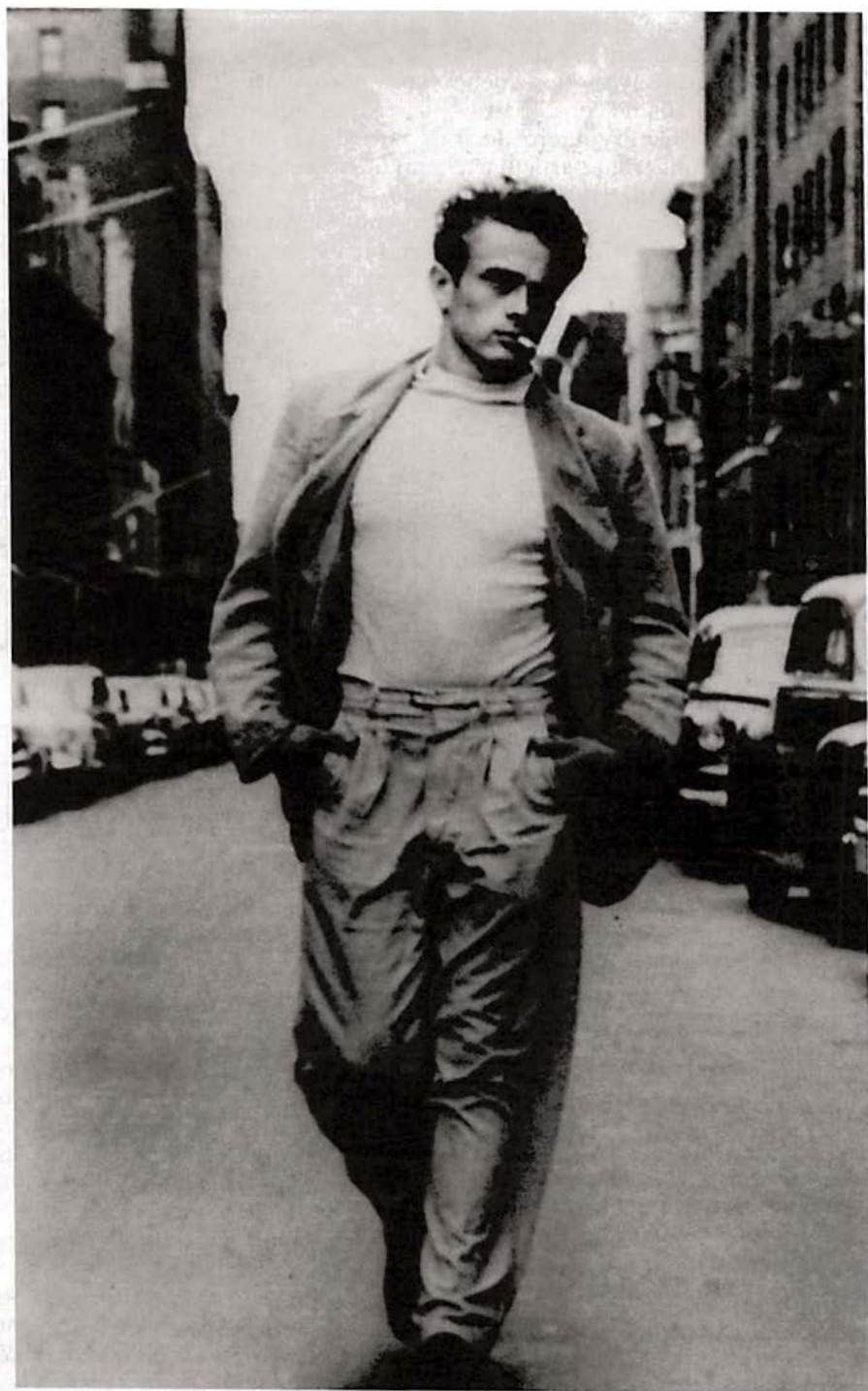
Es difícil de creer que cuando Colin Powell fue informado de los atentados (durante su visita a Lima para la reunión de la Organización de Estados Americanos), había salido en portada del **Time**, aquella semana, comentando que perdía influencia dentro de la administración Bush. Eso, ahora, parece historia antigua. Por cierto, esta crisis ha catapultado a Powell –el soldado consumado y cada vez más el consumado diplomático– a la cabeza de la política exterior de los Estados Unidos. Powell, hombre claro y eminentemente sensible, ha prevalecido sobre otros en la Administración, que quizá hubieran deseado una reacción más rápida y agresiva de los Estados Unidos a los atentados. En una crisis, en la cual es normal intentar identificar los efectos «positivos», el ascendente de Powell se encuentra a la cabeza de la lista.

El presidente George Bush –que pocos han confundido con Winston Churchill, Abraham Lincoln o Franklin Delano Roosevelt– sorprendió a muchos que temieron que no tuviera la paciencia y el suficiente control para armar una coalición internacional antes de pasar a la acción militar. No obstante, ha estado a la altura de la situación; hasta habló, unos cuantos días después del atentado del 11 de setiembre, con inusual autoridad y poesía. Bush, al igual que el Congreso y los medios de prensa de los Estados Unidos, han beneficiado de pocas expectativas en una bienvenida muestra de cautela. (Estoy escribiendo esto mientras el esperado bombardeo a Afganistán ya comenzó).

Ironías, desde luego, abundan. Lo más impresionante es que el presidente, aunque menos favorablemente dispuesto que Ronald Reagan a hacer el papel de gobernante, en esta circunstancia tan urgente se convirtió en abogado del gobierno, lo que incluye hacer gastos a niveles que hubieran impresionado a FDR, incluso a Keynes. En un relámpago se desvaneció la pesada ideología que apelaba a un rol limitado del Gobierno Federal. Una crisis nacional –sobre todo estando el aspecto seguridad en la mente de la gente– cambió todo esto.

Fue obviamente Bush, cuyo nivel de aprobación superaba el 90 por ciento, quien estuvo en la cresta de esa ola de patriotismo, sin precedentes por años en el país. Las banderas flameaban y siguen flameando en todas partes. En la radio y la televisión se oye con frecuencia «**God Bless America**» (Dios Bendiga a América) y el himno nacional. En la mayoría de los casos, el patriotismo ha sido benigno, hasta saludable, mostrando señales de sofisticación en algunas oportunidades.

Sobre este punto, sería útil recordar el enfoque de George Orwell sobre la diferencia entre patriotismo y nacionalismo. (Otro efecto «positivo» de la crisis ha sido que las agudas observaciones de Orwell sobre temas como el pacifismo y el fascismo, junto con el



Quizá los neoyorquinos vuelvan a reír, pero nunca más serán jóvenes. En foto de Roy Schatt, el recordado James Dean, prematuramente muerto a los 24 años, caminando por la 68th Street, Nueva York, en 1955.

uso –y el abuso– de la lengua, han formado parte del debate público). En 1945, escribí en un ensayo: «No se debe confundir el nacionalismo con el patriotismo... Por 'patriotismo' quiero decir devoción hacia un lugar en particular y un estilo de vida particular, que uno cree el mejor del mundo pero que no necesariamente desea imponer a otros. 'Nacionalismo', por otro lado, es inseparable del deseo de Poder. El objetivo permanente de todo nacionalista es conseguir más poder y más prestigio, no para él sino para la patria u otra unidad en la que ha escogido fundir su propia individualidad». Esto, por supuesto, conlleva el riesgo y la preocupación de que el patriotismo sano ceda ante un tipo de nacionalismo chauvinista que viene acompañado por cierta intolerancia. Esto, obviamente, no es del todo saludable.

Además, tres semanas después del ataque existían ya algunos indicios de que la frescura y madurez exhibidas por las instituciones americanas ante las consecuencias desastrosas del 11 de setiembre empezaban ya a desgastarse. Un tipo de patriotismo mezquino, misericordiosamente ausente por un tiempo, retornó a la escena política. Varias empresas en la América corporativa se aprovecharon de la ola patriótica con su publicidad descarada. Incluso Giuliani, montado sobre una ola de adulación, estuvo tentado de aferrarse al poder (mediante medios legales, desde luego) para extender su mandato más allá del límite del 1 de enero del 2002. Pero al final se abstuvo sabiamente.

Los atentados del 11 de setiembre sacaron a relucir un enorme brote de solidaridad y simpatía de los muchos amigos que tengo en todo el continente latinoamericano. No había tenido noticias de algunos de ellos por décadas. A pesar de que las circunstancias eran horribles, fue lindo volver a comunicarse con los viejos amigos. Los mensajes de amigos peruanos y colombianos –quienes no eran extraños a esa inseguridad y

han vivido (algunos lo siguen viviendo) ese terrorismo en carne propia¹–, fueron particularmente reconfortantes.

Mi estadía en el Perú en la última parte de los 80 y la primera de los 90 me ayudó a sensibilizarme ante cierto tipo de lenguaje y el sentido de términos como «terrorista». Aprendí que el término es frecuentemente invocado, o evitado, de acuerdo a la necesidad política de uno. Muchos de los debates actuales aquí me recordaron las discusiones de alto voltaje que teníamos en esa época en el Perú sobre cómo definir mejor a Sendero Luminoso y el MRTA. Por ejemplo, la campaña enfocada hacia Bin Laden, ¿es un «acto de guerra» o una «acción policial»? Y, si se trata de la primera, ¿por qué tanta preocupación por «ajusticiarlo»? La descripción de los terroristas (y pareciera que si el término encaja en algún lugar, es en éste) como «cobardes» también creó alguna controversia. ¡Ojalá hubieran sido más «cobardes» el 11 de setiembre!

Ni siquiera mi familiaridad con el terrible fenómeno de las «desapariciones» en el Perú, Argentina, Guatemala, Chile y Colombia me preparó debidamente para las expresiones de angustia de cientos de habitantes de Nueva York portando fotos de sus queridos «desaparecidos», esperando que gracias a algún milagro se les encontrase vivos. De las múltiples imágenes trágicas post setiembre 11, éstas son las que quedaron grabadas en mi mente.

Todos hemos luchado para levantar el velo de la depresión y el ánimo sombrío que ha acompañado naturalmente esta tragedia. Con el tiempo, lo más seguro es que la vida vuelva, aunque lentamente, a su ritmo «normal».

Felizmente, los veinteañeros hombres y mujeres del Diálogo Interamericano parecen haberle encontrado un sentido al trabajo con las políticas latinoamericanas de los Estados Unidos en Washington. Han vuelto a empezar a disfrutar un poco de la vida. Hasta se ríen.

Pero aunque lo intenten por todos los medios, nunca volverán a ser jóvenes. ■

1 En español en el texto.



Amantes bebiendo vino, de Azfal al-Husaini, 1646.

Los atentados y la agresión del poder global

JULIO GAMBINA*

QUEHACER

UNMSM-CEDOC

Dos secuencias lógicas definen el curso de la reestructuración global y la agenda de discusión actual en todo el mundo. Una remite a los atentados en Nueva York y Washington, y la otra a la consiguiente agresión bélica comandada por Bush, y por ahora concentrada en Afganistán. Dos secuencias que tienen historia previa y aparecen hermanadas en las acciones terroristas organizadas por agencias del gobierno norteamericano en diversas latitudes. Formación, por parte de la CIA, de «combatientes» «contra el peligro rojo» y estímulo a cierto fundamentalismo religioso primitivo, que luego revierte su accionar sobre los propios creadores de la criatura. En todos los casos, la ocasión es propicia para hacer avanzar la reestructuración del capitalismo. Los costos humanos se subordinan a la estrategia de la acumulación.

Es un hecho que la situación comprueba la existencia de presupuestos estatales para financiar el terror en territorios lejanos y que terminan, con otros presupuestos obtenidos en los mercados globalizados del dinero, generando el terror en nuevos espacios vulnerables. Así, la trama del capital global enlaza a los Estados capitalistas con facciones privadas que no subordinan su estrategia de acumulación a ningún mandato civilizatorio. En la era de las privatizaciones y el dominio del mercado, reaparece visible la figura del Estado para evidenciar su cambio de función, en este caso en el financiamiento y la organización de la insurgencia sistémica y la guerra de exterminio sobre los pueblos. Todo un accionar para desminar los espacios (mercados) y favorecer la circulación del capital.

* Profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad de Rosario. Miembro de la dirección del Instituto de Estudios de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

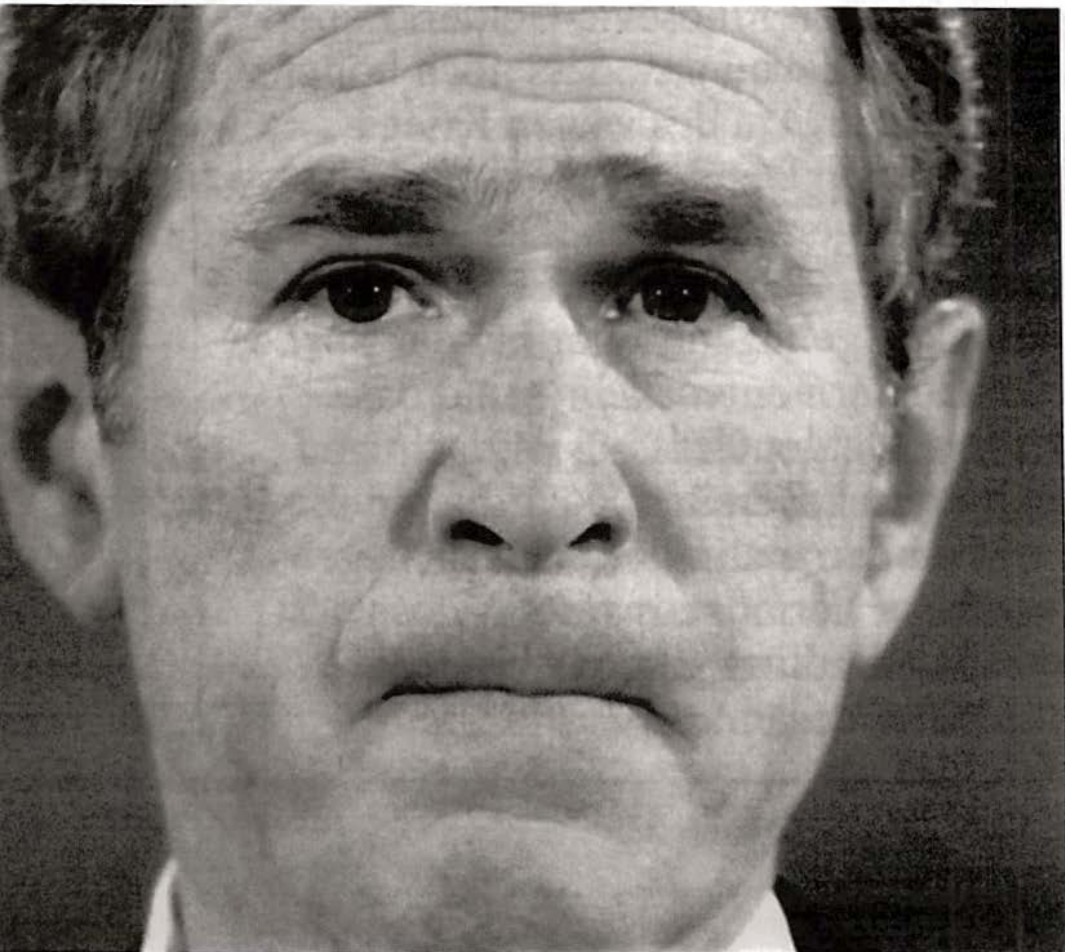
El ataque sobre Afganistán es uno más de los encabezados por EE.UU. en una era que venía signada por el «fin de la historia» y la «ausencia de acontecimientos», según anunciaban los filósofos de moda. De Irak a Afganistán, pasando por Kosovo y otros espacios del acontecer bélico, transcurre una década donde la guerra, la militarización y el exterminio de poblaciones lo tiñe todo. Ni fin de la historia, ni ausencia de acontecimientos, el ciclo de la vida fluye y la lucha entre proyectos distintos sigue definiendo el curso de los sucesos. Antes se llamaba «lucha de clases», y ahora a algunos les cuesta sostener viejas categorías que siguen explicando la realidad. Claro que en la actualidad las clases se confrontan entre sí desde experiencias históricas diferenciadas, donde la manipulación del consenso y el uso del potencial militar ocupan un lugar central en la instalación de un nuevo orden mundial que sustituya al del antiguo mundo bipolar. Los trabajadores, a su vez, en tanto categoría sintetizadora de una de las partes antagónicas, sufren mutaciones, que a la vez que se extienden cuantitativamente entre la población global ven deteriorada su capacidad de organización y estructuración sociopolítica para el desarrollo de una alternativa civilizatoria, superadora del capitalismo.

La existencia de víctimas conmueve y afecta la sensibilidad social; y las mismas son desconsideradas por los responsables de la materialización del terror que, hay que decirlo, va más allá de los sucesos del 11 de septiembre y de la actual respuesta bélica que involucra a la Argentina por voluntad explícita de su gobierno y la aquiescencia de las instituciones de la Constitución Nacional. Las imágenes reproducidas incessantemente operan sobre el imaginario social, modulando como nunca el consenso en torno a los valores hegemónicos del capitalismo en su etapa actual de desarrollo transnacional.

Acción bélica e ideológico propagandística que retoma el impulso de una iniciativa económica en tiempos recesivos, pero también política, suturando grietas para favorecer la hegemonía norteamericana en todo el mundo. Lo simbólico puesto al servicio de

reproducción de imágenes se detiene en las torres y escamotea al Pentágono, sede de la concentración de voluntades agresivas y complot que sean funcionales a los intereses del Estado hegemónico del capitalismo.

¿Por qué sugerimos que estos acon-



«Alimentos y cohetes» es su consigna. «Estás con nosotros o en contra nuestra», es su lema. ¿Su actitud confrontacional promueve una reconversión reaccionaria?

la reproducción del sistema de explotación y dominación. La producción de plusvalor se extiende desde su lugar esencial, la fábrica o el ámbito de la producción material, a la generación de símbolos para naturalizar y eternizar un régimen de vida. No en vano la

tecimientos operan sobre la reestructuración, más allá de quién haya estado detrás de su perpetración, aún no dilucidada? Era un dato de la realidad la crisis japonesa durante los 90, la lenta evolución de la economía europea en los últimos años, y la actual

desaceleración de EE.UU., a punto de considerársele, técnicamente, como una recesión. Parece que se detuvo la locomotora que lubricó los dos períodos exitosos en lo económico de la administración demócrata. La tendencia recesiva de las economías capitalistas más desarrolladas es previa a los acontecimientos y éstos permitieron ponerla en evidencia y justificar las cesantías masivas resueltas en los sectores directamente afectados por el accionar del terrorismo, tales como las empresas aéreas, las de seguros, el turismo y las finanzas.

La decisión de reducir personal era previa y la oportunidad fue aprovechada a favor del ciclo de valorización del capital. Al mismo tiempo, se legitiman los argumentos para sostener presupuestos de «defensa» y alentar al lobby económico vinculado al complejo militar industrial; y tal como en muchas otras ocasiones, al petróleo, sector donde, casualmente, define su fortuna el presidente norteamericano. La dinámica guerrerista estimula la circulación mercantil de armamentos, incluido el contrabando y los negocios financieros a ella vinculada, tal como el lavado de dinero y el delito económico global en toda su magnitud. Pero también al sector de tecnología avanzada, que en el último año venía en baja y se expresaba en la caída del índice NASDAQ. Es sabido que la invasión terrestre se posterga para después de las actuales acciones bélicas teledirigidas, y el accionar de la guerra convencional incluye tecnología de avanzada.

Son varios los frentes de actividad en la reestructuración global y entre ellos vale destacar el objetivo continental. Inmediatamente después de los atentados, la OEA avanzó en su mandato por acelerar los acuerdos que hagan cumplir el calendario del ALCA. Es sabido que la cumbre presidencial de Quebec celebrada en abril pasado

había encontrado el obstáculo de Venezuela para suscribir un acuerdo legitimador de las «democracias representativas» existentes en América Latina. Tras varios intentos frustrados desde entonces, el organismo que excluye a Cuba obtuvo las condiciones necesarias para la suscripción de una de las cláusulas para avanzar en el acuerdo comercial demandado por EE.UU., al que se asocian la mayoría de los gobiernos en la región y los capitales más concentrados.

En el Parlamento norteamericano también se aprovecha la ocasión política para aprobar la capacidad negociadora del Ejecutivo de EE.UU. con los países del continente. Tema necesario para materializar en el 2005 los inicios del acuerdo arancelario que define el ALCA. Mención especial merece el accionar del gobierno y la sociedad argentina. Del gobierno no se podía esperar otra posición. Sean relaciones carnales o como se las denomine, en los últimos años se ha ratificado la subordinación de la política exterior local a las necesidades del país del norte. La pérdida de soberanía consecuente termina en la eternamente sugerida dolarización de la economía local. Tema en el que se avanza progresivamente y donde los depósitos bancarios confirman la tendencia de los actores económicos a privilegiar el dólar sobre el peso argentino.

Cada vez más se depende del humor y las decisiones de los funcionarios estatales y de las empresas transnacionales de origen estadounidense. Antes del 11 de septiembre, los gobernantes de la Argentina habían acordado una asistencia financiera con el Tesoro norteamericano, canalizada vía FMI, tanto para la recomposición de las reservas internacionales como para la refinanciación de la impagable y eterna deuda externa. La crisis local aparecía afectando el ciclo de negocios globales y era de interés global la reso-

lución de una hecatombe, el **default** argentino, que podía afectar una economía que se presentaba recesiva. El escenario ahora cambió y las prioridades pasan por otro lado.

Ello no es óbice para darle continuidad a los acuerdos previos, pero al mismo tiempo convoca a transitar los caminos autosostenidos de la reestructuración local del capitalismo. En buen romance, significa que no puede esperarse mucho más del exterior para sostener la convertibilidad y la política económica de Cavallo, y por lo tanto se impone desde el bloque social en el poder, la perspectiva de profundizar el ajuste que demora medidas devaluatorias o la dolarización de oficio. Es fácil imaginar que el recurrente ajuste persistirá en su descarga sobre los presupuestos de gastos de las provincias, los jubilados y pensionistas y los trabajadores estatales, aunque también sobre el conjunto del gasto social, tal como en estos días se materializó en el achicamiento de las partidas culturales que llevó a la coordinadora de ámbitos de la cultura a denunciar esta restricción de recursos como un genocidio cultural.

La política de guerra y la asociación con el comando de la misma, es la posición del oficialismo y de la oposición complaciente asociada a la estrategia de subordinación. Del otro lado emerge una propuesta militante de aquéllos que demandan la paz. Es una posición que emerge a nivel mundial, incluso dentro de EE.UU., y que no reconoce fronteras, incluyendo los países árabes. ¿Qué pasa, sin embargo, con la sociedad argentina? Parece que la guerra es lejana y sólo da para reflexiones intimistas en el ámbito familiar frente al televisor o en la esporádica conversación de oficina o lugar de encuentro social.

¿Acaso la guerra no afecta nuestra cotidianidad? ¿El ajuste mencionado no se renueva, acaso, en el marco de un relanzamiento de la estrategia de recon-

versión reaccionaria? La respuesta a las interrogantes puede asociarse a lo que acontece estructuralmente con la sociedad argentina. Una sociedad afectada esencialmente por el accionar del terrorismo de Estado, el terror a la hiperinflación y desocupación, pero que extiende en el tiempo los orígenes de una falta de proyecto para constituir un país soberano. Quizá todo el siglo XX se consumió en la búsqueda de una identidad escamoteada por múltiples razones, que hoy se hacen evidentes en la coyuntura política con descrédito para los representantes electos, y al mismo tiempo, en la tozudez en reiterar nuevamente representaciones claramente alejadas de las demandas sociales.

En todo caso, la cruda realidad puede alentar un debate sobre el presente y el futuro de la Argentina, sobre su lugar en el mundo e incluso sobre cómo incidir en las transformaciones globales que habían empezado a insinuarse en el movimiento de resistencia a la globalización neoliberal, con fuerte y masiva resistencia en Génova y un intento que próximamente se renovará en Porto Alegre, con ocasión del Foro Social Mundial.

A propósito de esto nos surge otra interrogante: ¿cómo afectaron los actuales acontecimientos al movimiento de resistencia global? En su seno, luego del asesinato del joven Carlo Giuliani durante las movilizaciones y protestas de Génova en julio pasado, se abrió una discusión en torno a la violencia. Hoy se reabre en la discusión sobre el terrorismo. El miedo, tema del que la sociedad argentina está presa desde hace años, puede habilitarnos para una reflexión de superación. Lo peor que puede ocurrir es que el asesinato o la represión, o el terrorismo, provenga de donde provenga, frene la constitución de sujetos que construyan la sociedad de la libertad contra la explotación. ■



El paisaje de Manhattan cambió para siempre. Sólo nos queda recordar la simetría de las Torres Gemelas en fotos y películas. En la ciudad que nunca duerme, nadie duerme tranquilo. (Foto: Caretas).

Los miedos, y cómo vencerlos

EDUARDO TOCHE*

Luego del 11 de setiembre el mundo nunca será el de antes para los norteamericanos. El mito de su «invulnerabilidad» se vino abajo en cuestión de horas, algo que no pudo ni siquiera la derrota que sufrieron en Vietnam. Por supuesto, aquella vez los Estados Unidos tuvieron a su favor el hecho de que el frente de batalla estuvo a miles de kilómetros de su territorio y, además, que el fracaso de la intervención fuera

finalmente internalizado como una consecuencia de la acción llevada a cabo por las corrientes democráticas que fluían en la sociedad americana. Sólo en segunda instancia se consideró que este resultado fue producto de la resistencia armada del pueblo vietnamita.

Asimismo, aunque muchos han querido ver el ataque a las Torres Gemelas como algo equiparable al perpetrado en 1941 contra la base naval de Pearl Harbor, esta comparación no parece

guardar exacta correspondencia. Es cierto que en ambos casos se pudo notar la formación de una rápida y casi espontánea oleada de patriotismo, pero allí terminan las similitudes. En 1941 tuvimos a unos Estados Unidos sorprendido, indignado y con muchos deseos de devolver el golpe con igual o mayor intensidad al recibido. Cincuenta años después, detrás del puño y las amenazas agitados por el presidente Bush inmediatamente después del atentado, se traslució miedo, mucho miedo.

No pasó mucho tiempo para saber que el multimillonario miembro de la casa real saudí, Osama Bin Laden, era quien estaba detrás del horroroso hecho. Por otro lado, el *modus operandi* usado por los kamikases fundamentalistas fue rápidamente descifrado por las autoridades. Incluso la identidad de los comandos suicidas así como sus actividades previas fueron revelados casi sin problemas. Es decir, no se trataba de un temor frente a una situación totalmente desconocida. Tampoco era una simple reacción ante lo inusual y repentino. Supimos entonces que algo muy siniestro, que aún no terminamos de entender, se escondía detrás del atentado.

LA CRUZADA

Urgido por las demandas de información y una reacción rápida, la primera interpretación del presidente Bush fue entender el atentado como el hecho que daría inicio a una guerra contra el Islam. Es decir, la tarea ahora era catalizar nuestras fuerzas, «los occidentales», para enfrentar con nues-

tro fundamentalismo el fundamentalismo de los otros. «Los que no están con nosotros, están contra nosotros», advirtió el mandatario estadounidense.

Para algunos, eso era efectivamente lo que acontecía. Un buen ejemplo de ello es Oriana Fallacci. Violando un profundo silencio que ya había cumplido diez años, la gran periodista italiana accedió al pedido del director del *Corriere della Sera*, Ferruccio de Bortoli, y expresó sus impresiones sobre el atentado. No era para menos: fue testigo del mismo, desde su piso en Manhattan.

¿Qué le fastidiaba a Fallacci hasta hacerla entrar en una cólera extrema? Que le pidieran hablar del contraste entre dos culturas. No son de igual peso, ni están en el mismo plano, arguye. «Porque detrás de nuestra cultura están Homero, Sócrates, Platón. Están Aristóteles y Fidias. Está la antigua Roma con su grandeza... Está un revolucionario, ese Cristo muerto en la cruz... está el Renacimiento... está la música de Bach y de Mozart y de Beethoven... Y, por fin, está la ciencia. Una ciencia que ha comprendido a muchas enfermedades y las cura. Yo estoy todavía viva gracias a nuestra ciencia, no a la de Mahoma.

«Y ahora la pregunta fatal: ¿qué hay detrás de la otra cultura? Busca, busca... Yo no encuentro más que a Mahoma con su Corán y a Averroes con sus méritos de estudioso...»

Pero Fallacci no se detiene allí. Ese mismo islamismo disminuido ante Occidente representa también un peligro extremo, puesto que el terrorismo que genera ataca de manera especial un modo de vida basado en la confianza. «Porque Estados Unidos es el país más fuerte del mundo, el más rico, el

* UNMSM, Escuela de Post-Grado.

más potente, el más moderno; hemos caído todos en esa trampa, los mismos norteamericanos, a veces. Pero la vulnerabilidad de Estados Unidos nace de su propia fuerza, de su riqueza, de su potencia, de su modernidad. Nace de su esencia multiétnica, de su liberalidad, del respeto por los ciudadanos y por los huéspedes.»

Otro sentido del «choque civilizatorio» fue el reflexionado por el cientista político francés Jean Baudrillard. Según él, lo que vemos después del 11 de setiembre es una lucha de «terror contra terror», pero entre partes asimétricas. «Hay un poderío pero no hay un enemigo. Esta asimetría es la que deja a la potencia mundial totalmente desarmada en términos de relación de fuerzas porque, por una parte, es su propio poderío el que vuelve y sólo puede hundirse en su propia lógica, que siempre es de guerra, sin poder en absoluto permanecer en el territorio del desafío simbólico y de la muerte.»

Hay incluso una variante de lo mismo: no sería el inicio sino la continuación de un conflicto que ya tendría décadas de duración. Dice James Petras que «la guerra del Golfo continúa. Cada año caen miles de bombas sobre Irak y casi dos tercios del país está controlado, por lo menos desde el aire, por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos e Inglaterra. Estados Unidos sigue respaldando la ocupación de Israel y la violencia contra los palestinos. Han cometido actos de guerra contra Somalia, Libia y Afganistán en diferentes ocasiones. Creo que el conjunto de estas actividades forma parte de actos de guerra.»

Para todas estas versiones no hay mejor manera de legitimar sus aseveraciones que apelar a la capacidad profética de Samuel Huntington, cuyo **El choque de las civilizaciones**, ahora citado por tirios y troyanos, lo ha convertido rápidamente en un moderno Nostradamus. Por supuesto, todo esto sin dañar un ápice la sólida influencia del verdadero, cuya fama se vio acre-

centada igualmente a tenor de las «interpretaciones» sobre el fin del mundo que pululan ahora por miles en todos los rincones del planeta.

Pero seríamos injustos si dijéramos que el éxito del denominado «enfrentamiento entre civilizaciones» se debe únicamente al hecho de que la tenebrosa aventura de Bin Laden encontrara rápida explicación en el libro de Huntington. «El musulmán» no es una invención del analista norteamericano sino una figura, entre otras, que Occidente usó –y usa– para referirse a «lo otro», a aquello que le es extraño.

La «amenaza musulmana» es sin duda un ingrediente siempre presente en el imaginario de esta parte del mundo y, dependiendo de la época, ha sido usada una y otra vez como sinónimo del «mal» o como el objetivo satánico a ser derrotado por el cristianismo. Si Bush hubiera leído el simple y, por lo mismo, estupendo relato histórico que compone Amin Maalouf sobre la visión de las cruzadas desde el lado árabe, seguramente hubiera sabido que sus arengas no eran para nada originales.

También habría sabido del terror que es capaz de generar Occidente: «En efecto –dice Maalouf– el viernes 22 del **shabán** del año 492 de la hégira (15 de julio de 1099), los **frany** (los cruzados) se han apoderado de la ciudad santa (Jerusalén) tras un asedio de cuarenta días. Los exiliados aún tiemblan cada vez que lo refieren...»

Siglos después, en pleno Renacimiento, el miedo a los «árabes» fue eficazmente manejado por la Iglesia para contrarrestar los efectos de los cismas y, en general, las inseguridades engendradas por la nueva situación mundial que se vislumbraba por entonces.

EL TERRORISTA

Para otros no existe ni por asomo la escenificación de un choque civiliza-

torio. El problema, por el contrario, es cómo manejar la desarticulación y posterior derrota de los grupos fundamentalistas islámicos que usan el terrorismo como arma principal. De esta manera, advierten que no hay que confundir la totalidad del mundo musulmán con la acción de estos grupos.

No fue el Apocalipsis, dice Rossana Rossanda. En los últimos años hubo devastaciones peores, y algunas de ellas fueron resultado de lo que sucede dentro del propio mundo árabe: ¿alguien duda de la atroz importancia de los 150 mil degollados en Argelia que arrojaron las contradicciones entre musulmanes o de las centenas de miles de víctimas que dejó la guerra entre Irak e Irán? También, claro, tenemos los 700 mil tutsis asesinados por los hutus y los 300 mil muertos que quedaron como saldo de la operación «Tormenta del Desierto».

Ahora bien, volviendo al Islam, es tan vano pretender que éste es un mun-

do homogéneo como lo sería intentar demostrarlo en el caso del cristianismo o del judaísmo. Ariel Sharon no es «los judíos», Pío XII no era «los católicos», y tampoco el imbécil de Bush es «los norteamericanos», sentencia con dureza Rossanda.

Por otro lado –continúa– tampoco fue una venganza de los pobres, pues «no es de los pobres ni para los pobres la dirigencia de la Jihad, que atraviesa todo el Islam sin tener (todavía) un Estado propio y juega también con la desesperación, ignorancia y opresión de las masas cuyo consenso le es necesario a las dictaduras árabes, obligando a estas últimas a tirar la piedra y esconder la mano».

Y no le falta razón. La Jihad es liderada por potentados y financistas que conocen muy bien el funcionamiento, los medios y los recursos de los Estados Unidos. Un modelo casi paradigmático es Osama Bin Laden, árabe saudita y ex agente de la CIA. A los Estados Unidos no les preocupó las

Los dramáticos cambios en la vida cotidiana de los norteamericanos se demuestran en la inseguridad ante el uso de armas bacteriológicas. El terror causado por la bacteria del Antrax, hace que los carteros llamen más de dos veces (Foto: Micha Bar-Am).



masacres que generaban estos fundamentalismos –sólo los negocios eran importantes– hasta que les llegó el turno. «No se preocupó cuando ante los ojos de todos en Afganistán se entrenaban fundamentalistas de todos los orígenes», agrega Rossanda.

ban necesitando de un detonador para expresarse en toda su dimensión.

La economía mundial se sacudió y la parte más afectada –cuándo no– fue el empleo. Por otro lado, algunos indicadores estratégicos saltaban casi sin control. Las compañías reaseguradoras, por



«Para unos, no existe la escenificación de un choque de civilizaciones. El problema es cómo manejar la desarticulación y posterior derrota de los grupos fundamentalistas islámicos que usan el terrorismo como arma principal. No hay que confundir la totalidad del mundo musulmán con la acción de estos grupos.» (Foto: Merillon Georges).

TIEMPOS INSEGUROS

En fin, más allá de las interpretaciones lo cierto es que el acontecimiento del 11 de setiembre fue una usina de temor en Occidente. Durante los días posteriores se multiplicaron los miedos, de manera tal que pareciera que éstos hubieran venido acumulándose durante mucho tiempo y que sólo esta-

ejemplo, multiplicaron varias veces sus pronósticos de pérdidas, afirmando que alcanzarían un récord histórico.

Tenemos también los dramáticos cambios que alterarán la vida cotidiana de los americanos, con la vigencia de políticas de seguridad que afectarán las libertades civiles. La censura y autocensura ya es una práctica que vienen aplicando los medios de comu-

nicación y, sin duda alguna, Hollywood será tan restrictivo que ya casi debemos estar olvidando que alguna vez produjo una película como Rambo III.

Pero es la inseguridad generada por el uso de armas bacteriológicas la que se encuentra sobre todas las otras variables. Como se recordará, esta probabilidad estuvo siempre presente e incluso en la tarde misma del 11 de setiembre vimos desplazarse hacia Manhattan un contingente de soldados pertenecientes a los servicios especiales con la finalidad de tomar muestras del aire. Otro indicador de esta situación es el agotamiento de los stocks de máscaras antiguas en los Estados Unidos y la abrupta elevación del precio de estos artefactos, que en pocos días pasó de 15 dólares a 150.

Sin embargo, los occidentales no somos los únicos asustados. Un rápido y panorámico vistazo al espacio musulmán nos advertirá rápidamente que allí también el miedo prima sobre otros sentimientos. Los chiítas iraníes, y en general todos aquellos que no son sunitas en su versión extrema, están espantados por la posibilidad de que los talibán acrecienten su influencia.

Otro de los miedos es el de los países limítrofes de Afganistán, que deben estar soportando un ingreso masivo de refugiados. O el de los propios refugiados afganos, cuya vida –sin patria y, en muchos casos, sin familia– debe desenvolverse en las peores condiciones. Está el miedo a la convocatoria que tiene el fundamentalismo en otros países, como Pakistán. Unos 60,000 estudiantes religiosos paquistaníes –estiman los expertos– han combatido en algún momento de los pasados años junto a los talibán, y entre 3,000 y 4,000 lo siguen haciendo en estas mismas horas. Esto alimentará inevitablemente el fuego de la oposición doméstica cuyas raíces son increíblemente fuertes.

¿Acaso podríamos negar que el árabe en Occidente, o lo que se parezca a él, o lo que nos remita aunque sea remotamente a su cultura, es materia de discri-

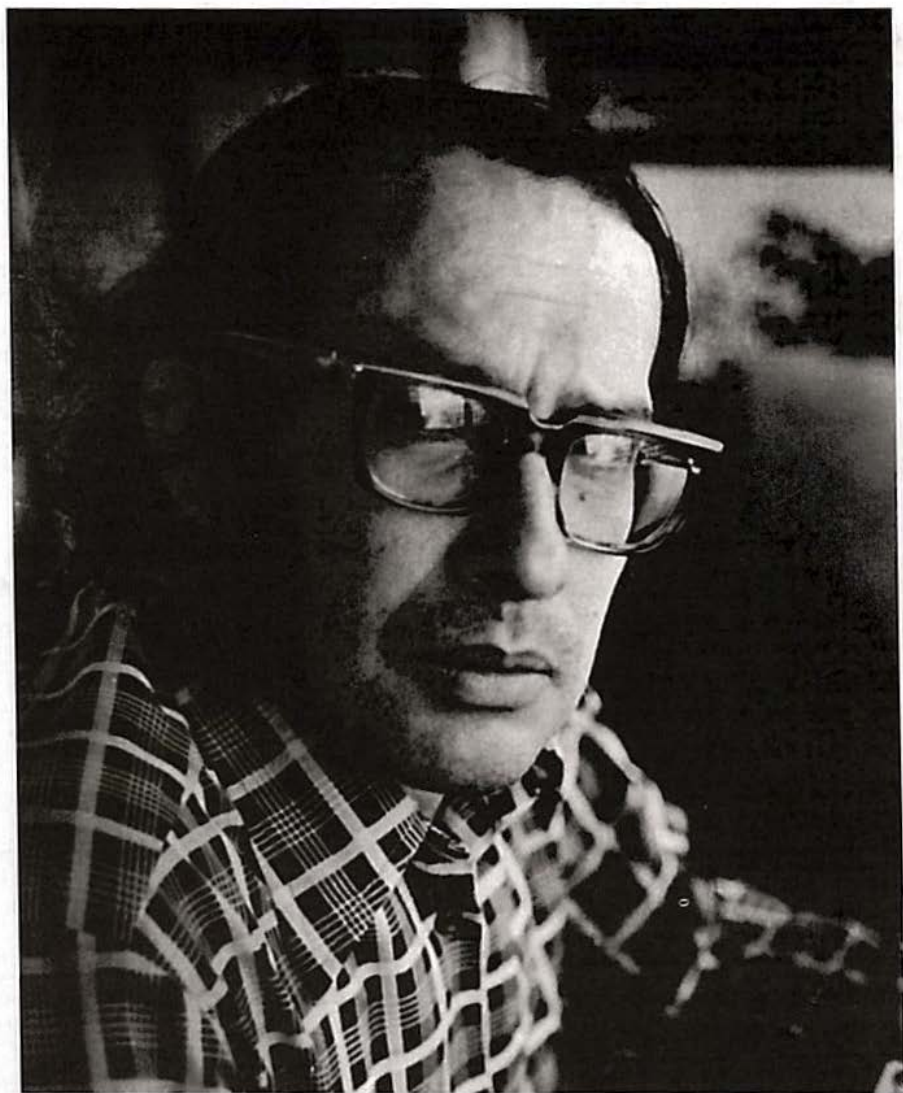
minación? Basta que use turbante para que la persona referida sea sacada en vilo de los aviones, se le exija abrir las valijas o se le someta a interrogatorios inamistosos. Y esto incluso es válido para aquéllos que, sin ser árabes ni musulmanes, coinciden con el perfil creado en la mentalidad colectiva.

Hay, entonces, un elemento histórico-estructural que nos permite comprender nuestro miedo frente al musulmán. Por otro lado, también tenemos factores que actúan en estos momentos que nos ayudan a entender la fisonomía que ha adquirido este miedo fundamental. Pero, volvemos a la interrogante inicial: hay algo que estando presente no se manifiesta sin dificultad.

Si interpretamos las reflexiones de Alain Touraine sobre el atentado, podemos entender que aquí no hay un conflicto de culturas sino una violencia proveniente de lo que viene quedando fuera del sistema, de lo marginal o lo informal. En otras palabras, el ámbito de lo que está resultando excluido de la globalización es cada vez mayor, así como también es mayor su capacidad de crear respuestas virulentas. Hay una brecha inmensa que separa a los **have** de los **have not**, sostiene Touraine.

Esto supone graves defectos en el liderazgo mundial estadounidense y se reclama, por tanto, una política mundial que tienda a inhibir esta violencia y canalizarla en una especie de institucionalización del conflicto. Es lo que algunos organismos multilaterales, como UNESCO, han venido impulsando bajo el lema «aprendamos a vivir juntos».

Efectivamente, sabemos que respetar las diferencias, aceptar el conflicto y, por supuesto, ponernos de acuerdo son finalmente los retos del presente. Sin embargo, estos logros también necesitan, a su vez, que se cumplan algunas premisas, entre ellas la fundamental: mejorar la distribución del ingreso mundial. ■



Miguel Gutiérrez tiene como preocupación vital y literaria escribir una novela en torno a la guerra interna que vivió el Perú por más de doce años. (Foto tomada en 1985.)

Épica y terror: un argumento de novela

MIGUEL GUTIÉRREZ

1

Durante todos estos años he imaginado diversas posibles novelas en torno a la guerra interna que vivió el país por más de doce años. Una de éstas, la de argumento más simple, la he titulado de manera provisional **Se busca a Kymper**, y es la historia de un sujeto que es perseguido para darle muerte por Sendero, por un grupo paramilitar y por su mujer. Aunque he escrito ya varios capítulos, no sé si podré concluirla o si de lograrlo alcance el suficiente nivel artístico como para justificar su publicación, más allá de la visión que la novela proponga sobre este suceso histórico que ensangrentó el país y estremeció la conciencia de los peruanos.

Esta guerra casi civil que por reacción generó en los años 90 una cierta narrativa del olvido, no exclusivamente ligera ni banal, sirvió también de materia para cuentos y relatos de ejecución muy solvente y aun notable por escritores como Roberto Reyes, Dante Castro, Enrique Rosas Paravicino, Julián Pérez, Pilar Dughi o José de Piérola, autor este último de una eficaz novela corta recién publicada, **Un beso de invierno**, en que tras la modalidad de una novela de aventura y suspenso, el lector queda atrapado en el universo violento y desquiciado de las postrimerías de la guerra antisubversiva.

Si todos estos textos se limitan a contar historias de violencia y terror, y de represiones y torturas, ficciones como **Lituma en los Andes (LA)** de Mario Vargas Llosa y **Rosa Cuchillo (RC)** de Oscar Colchado, con diversa calidad artística es verdad y teniendo como trasfondo el clima creado por la guerra senderista, además y sobre todo

contienen propuestas, a veces demasiado explícitas, sobre el Perú como formación social y sobre las raíces mismas de una violencia que incendió praderas y ciudades con sus secuelas de horror y de incertidumbre acerca del porvenir no sólo del país sino de la vida misma. Para Colchado, en el espacio que llamamos Perú existen dos mundos opuestos: el oprimido mundo indígena de carácter mágico-religioso y el opresor mundo criollo-mestizo que participa de la racionalidad del pensamiento occidental. Lo singular de RC es que las fuerzas senderistas son presentadas como una concreción más del «pensamiento misti occidental», incapaces, por tanto, de comprender el mundo de los indios, con los cuales, sin embargo, los **runas** pueden establecer alianzas tácticas, pero sólo para aprender los usos de la guerra popular, pues sus objetivos son esencialmente distintos. El pueblo de Rosa Cuchillo –encarnación en la novela de la diosa Cavi-llaca– no aspira a un cambio revolucionario según el modelo marxista-leninista-maoísta, sino a la restauración del antiguo orden andino con sus dioses tutelares. Curiosamente, como una premonición de Eliane Karp y algo distante del discurso arguediano, RC anuncia el advenimiento de un nuevo **pachacuti** en que los indios, los **runas** establecerán su hegemonía con exclusión de las restantes sangres.

Lituma en los Andes conforma con **La guerra del fin del mundo** e **Historia de Mayta** una trilogía sobre la violencia en la Historia y las revoluciones socialistas de las cuales VLI se declara enemigo desde su ruptura con el marxismo. No tiene sentido que insista en este tema que ha dado lugar a numerosos estudios y suscitado tan-

tas polémicas, muchas veces encarnizadas. Lo que quiero destacar es que en este período la creación novelística vargasllosiana se convierte no en una indagación y una reflexión poéticas sobre los temas arriba señalados, sino en buena medida en una ilustración de su pensamiento político filosófico expuesto, por lo demás, con lucidez en sus brillantes ensayos. **La guerra del fin del mundo** es una de las grandes novelas latinoamericanas, pero hubiera sido nuestra **Guerra y paz** si, en primer lugar, el autor no hubiera visto en los seguidores de Antonio Consejero una masa harapienta, oscura y fanática, sino que los hubiera considerado como otra manifestación de la sempiterna rebelión popular contra la opresión, aunque ésta se realice bajo banderas milenaristas; y en segundo lugar, si hubiera ahorrado al lector los discursos filisteos del barón de Cañabrava, que se erige en el «portador del mensaje de la novela» y cuyas digresiones, en flagrante anacronismo, constituyen un desleal plagio de las ideas de MVLL a propósito de escritores como Albert Camus, Isaiah Berlin o Karl Popper.

Como en la novela de Oscar Colchado, **LA** plantea una tesis sobre el Perú en las condiciones de la guerra senderista. También para VLI el Perú es una sociedad dual, dos mundos en pugna y antagónicos, sólo que a diferencia de Colchado el mundo indígena es presentado aquí con características negativas, pues constituye el lugar del atraso y la barbarie, hermético e impermeable al rol civilizador del mundo criollo-costeño. Y así esta novela publicada a finales del siglo XX vuelve a plantear la dicotomía y conflicto entre civilización y barbarie según la famosa propuesta que predicó Faustino Sarmiento en la segunda mitad del siglo anterior. Porque las raíces profundas de la violencia que conmocionaba al país había que buscarlas, según VLI, no en el maoísmo de SL sino en el enigma de la propia rea-

lidad andina, que con su demonología y barbarie constituye la verdadera causante, por ejemplo, de los sacrificios humanos que culminan en la novela con atroces actos de un ritual canibalesco. Sin embargo, mientras en RC las deidades protectoras pertenecen supuestamente al imaginario andino, VLI, que también parte de la persistencia del pensamiento mítico en la región de los Andes, se vale del mito griego de Dionisos para revelar ese trasfondo de irracionalidad y desenfreno que subyace en el alma de los habitantes de los Andes. Por cierto, el distinto bagaje mítico de que hacen gala VLI y Colchado, son construcciones intelectuales basadas mayormente en interpretaciones personales de la antropología andina para acceder y comprender la violencia que estremecía los Andes y la sociedad peruana en su conjunto.

El libro **La utopía arcaica**, tan apasionante como controversial, fue publicado con posteridad a **LA**, pero su gestación, según testimonio del propio VLI, data de fines de los 70 y su elaboración coincide en gran parte con la escritura de esta novela. No es de extrañar, entonces, que las propuestas de aquel libro —que en suma constituye un arreglo de cuentas con el indigenismo— funcionen como subtextos de la ficción novelesca. Así, en otro plano, en más de un sentido **LA** puede leerse como una respuesta a la arcadia arguediana.

Tres de mis novelas escritas en la década del 80 y principios de los 90 tienen como secreto referente el clima cruento de guerra que vivía el país en esos años y la crisis del socialismo en el mundo que terminó con su hundimiento. Concebida como una especie de «western social» en que traté de fusionar la tradición latinoamericana de la narrativa de bandoleros con «los western italianos» de Sergio Leone, **Hombres de caminos** (1988) cuenta una historia que por su tratamiento (sin forzar las cosas, creo yo, con alusiones demasiado obvias) puede remi-

tir al lector del pasado de los acontecimientos narrados al presente de violencia que estaba viviendo el país. (Años después, un comentarista encontró «premonitorio» el episodio en que se narra la caída con vida del jefe

de los bandoleros, pues como ocurriría con el líder máximo de Sendero Luminoso, Isidoro Villar, el bandolero, luego de ser capturado es colocado en una jaula donde será exhibido como una fiera.)



La de Sendero Luminoso fue una guerra brutal. En la foto una de las 400 viviendas destruidas por un coche bomba en la calle Tarata, Miraflores, en julio de 1992. (Foto de Ernesto Jiménez).

Como he contado en mi libro **Celebración de la novela**, por su temática y las condiciones de su escritura, **La violencia del tiempo** (LVT, 1991) no sería, para bien o para mal, la novela que es, sin ese mundo de sensaciones, desgarramientos, exultaciones y terrores que me acometían, penetraban mi escritura y condicionaban mi imaginación mientras se desarrollaba con todo su furor la sangrienta guerra interna. Es verdad: por su argumento y el tiempo de los acontecimientos, LVT no trata sobre la violenta década de los 80, pero la contundencia de los sucesos me llevaban a convertir mi ficción en un campo de exploraciones, por ejemplo, sobre las oscuras formas de ser de los hombres peruanos nacidos de una violación perpetrada en el principio de la Historia y cuyo blasón, como el de los Villar, es el agravio, esta herida original, fuente de desdicha, de rebelión y cólera y que eventualmente (más allá de las ideologías y los objetivos políticos) te pueden llevar a la dinamita y a la inmólación. Por otro lado, los grados de violencia que alcanzó la guerra senderista, que la diferenciaban de otras guerras y revoluciones populares, me hizo sentir la necesidad de contar otro levantamiento revolucionario y popular en que lo épico se manifestase en su sencilla grandeza. Y fue así que escribí el episodio relativo a la Comuna de París de 1871.

Por último, **Babel, el paraíso** (1993) puede ser considerada como una parábola burlesca sobre el socialismo, el poder y la convivencia humana. Aunque ya había imaginado la fábula durante mi estancia de tres años en China Popular, tuvieron que pasar más de diez años para que yo, asombrado por la descomposición y colapso del socialismo en Europa Oriental y la URSS, y por la derrota de Sendero Luminoso en nuestro país, pudiera plasmarla con todas sus connotaciones simbólicas.

No es ahora ocasión de extenderme en consideraciones sobre la novela. Me limitaré a decir que con ella también he

querido rendir homenaje a aquellos militantes de la revolución –no fanáticos, ni jefes, ni burócratas– que por el giro que ha tomado el mundo han sido expulsados de la novela y la vida.

No soy yo el más indicado para decir cuál sea el nivel artístico y humano de estas tres novelas que, como la de los autores arriba mencionados, se gestaron y escribieron durante la etapa más violenta de nuestra historia republicana. Sin embargo, en relación a mi propia obra, siento que apenas me he desplazado por los bordes de esa realidad y que me sentiré creativamente incompleto mientras no logre traspasar los campos minados de mis prejuicios, pasiones, oscuros miedos y las ataduras de mis propias convicciones ideológicas, y alcance así la perspectiva justa y estricta que me permita componer una ficción que no sea ni apolo-gía ni condena ni gratuito entretenimiento, sino una exploración honrada sobre un proceso tan complejo e intimidante, que dista de haberse cerrado, como nos los recordaron cruelmente las pavorosas imágenes de los atentados de Nueva York y Washington, como nos lo recuerda en este momento la despiadada vindicta del imperio contra el pueblo afgano. Como Miguel Gutiérrez me hallo frente a algo desmesurado que con su carga de aporías morales y políticas excede mis posibilidades de comprensión, de modo que debo construir un yo distinto, el del novelista que explora, sin otra concesión que a los imperativos de la ficción misma, en busca de una particular verdad que sólo la novela puede alcanzar.

2

Las ficciones novelescas –necesarias a las personas y los pueblos como el agua y el pan y los sueños– no son mentiras que encierran una verdad. Son más bien cierto tipo particular de hipótesis que los novelistas formulan sobre la vida, el mundo y los seres

humanos, con las que obtienen verdades conjeturales, aproximativas y sospechosas. Para el efecto, el novelista se vale de esos sujetos experimentales por excelencia que son los personajes, a los que mediante tramas, escenarios y contextos arroja a un campo de posibilida-

ron las novelas de espías, de acción y suspenso (soy lector de Graham Greene desde los 20 años), por eso me seduce la idea de componer un **thriller** político, pero me asalta el temor de que esta forma no sea la más adecuada por la materia narrativa, más densa que leve,



Días antes de la tragedia de Tarata, ocurrió el atentado contra el canal 2. Esta guerra todavía espera quien la escriba. (Foto de Ernesto Jiménez).

des donde se definirán como seres humanos.

En el argumento que he imaginado o, más precisamente, que estoy imaginando, este sujeto se llama Kymper, quien por un oscuro trabajo del azar se convierte en blanco de tres fuerzas que lo quieren aniquilar. Aunque el contexto es real, la historia y la intriga son inventadas en su totalidad y no pocos hechos históricos serán alterados y adecuados por los requerimientos internos de la ficción. Siempre me gusta-

y por la problemática que quisiera abordar.

Las acciones se desarrollan en 1992, año del golpe del 5 de abril, de la matanza de senderistas en el penal de Cantogrande, de Tarata, de la captura de Abimael Guzmán, de la pelea entre Julio César Chávez y el Macho Camacho, pelea, recuerdo, que yo estaba viendo cuando un flash que el canal propaló en plena beligerancia boxística anunció la captura «del Presidente Gonzalo». Con todo, 1992 tendrá más

bien el carácter de un año simbólico ya que albergará sucesos ocurridos antes o después; por ejemplo, en la gran noche de la última huida de Kymper, se alude a la ejecución con disparo de balas y dinamitazos del Búfalo Pacheco, suceso que ocurrió según consta en mi libreta de notas dos años antes.

Hasta el momento me inclino por una organización tripartita del material narrativo. En la primera parte, Kymper se afana por descubrir quiénes y por qué lo buscan para matarlo; curiosamente, sólo al final descubrirá que la tercera fuerza que quiere asesinarlo es un sicario contratado por su ex mujer, cosa que una vez revelada la encuentra lógica, previsible y tal vez legítima. En la segunda parte, Kymper encuentra refugio en una casa de reposo para ancianos. Triste madriguera para un animal que ya no es joven. Se me ocurre que también la novela podría empezar con la llegada sigilosa del fugitivo a esta suerte de asilo para ancianos no indigentes. Allí, Kymper, bajo una falsa identidad, se siente seguro y se entrega a cierta actividad que no sólo le hace olvidar su condición de perseguido, sino que le restituye la esperanza de sobrevivir a la persecución. Pero no hay escondite inexpugnable. En la última parte el grupo paramilitar con su red de agentes logra descubrir su escondite y Kymper tiene que volver a huir. Esta vez, sin embargo, ningún amigo ni conocido querrá albergarlo por miedo a ser también asesinado o porque en la disputa conyugal tomaron el partido de la ex mujer, a quien consideran la víctima inocente de una relación infernal. He imaginado varios desenlaces posibles. En uno de ellos Kymper cree haber encontrado al término de la noche la persona humanitaria que le ofrece asilo, para comprender después que en realidad ha sido conducido a una trampa donde lo espera el sicario para asesinarlo. Pero no, no sería éste un desenlace memorable. ¿Y si Kymper lograra sobrevivir? Consideraré esta alternativa.

Por el momento dejaré de lado al grupo paramilitar y a la ex mujer, dos de las fuerzas que persiguen a muerte a Kymper, para centrarme en la tercera fuerza, Sendero Luminoso, ya que al fin y al cabo sin la guerra senderista no hubieran surgido los escuadrones de la muerte y la ex mujer no hubiera hallado la cobertura para ordenar el asesinato de su ex marido y padre de sus hijos, pues, según lo ha planeado ella, el homicidio deberá parecer una ejecución por motivos de venganza política a manos de cualquiera de los grupos subversivos que operan en el país.

Al empezar el relato, Kymper es un hombre de cincuentitantos años cuya vida en su dimensión política pasó por dos etapas. De estudiante militó en la Juventud Comunista y lideró la facción que luchaba contra los burócratas que convirtieron el Partido en una organización reformista. Por esa época, Kymper es un joven brillante, de sólida formación marxista y muy carismático, y hay camaradas que piensan que está llamado a convertirse en el ideólogo que conducirá al Partido por la senda de la revolución. De pronto, por un asunto privado que aún no he llegado a dilucidar, Kymper renuncia para siempre a la militancia. Es el año 1964; es el año en que el Partido se divide en dos: uno que sigue la línea de Moscú y el otro la de Pekín. Kymper retoma los estudios, viaja a París y vuelve con no sé qué título de la Sorbona, que hace de él un especialista en poblaciones nativas. En los siguientes treinta años Kymper llevará una vida completamente ordinaria, haciendo trabajos de campo con el patrocinio de fundaciones extranjeras. Entonces, mientras se interna por las selvas del Huallaga por razones de trabajo, tiene lugar el encuentro con un campamento de milicias populares de Sendero que dará un vuelco a su vida.

Mejor es que todavía no revele la ubicación del campamento senderista. Tengo que examinar con más aten-

ción mapas de la zona y no descarto la posibilidad de que yo mismo viaje por el Huallaga para dar con el sitio donde Kymper tuvo su encuentro con el destino. Sé que el campamento fue aniquilado y la floresta devorada por las llamas del napalm, en un operativo combinado con fuerzas de aire y tierra. Un destacamento subversivo guiado por nativos de la zona captura a Kymper, pero no lo ejecuta y es conducido al campamento para ser interrogado por el comisario político. Todavía tengo una idea muy vaga sobre los interrogatorios. Presumo que ante el peligro de ser ejecutado, Kymper vuelve a ser el muchacho carismático y persuasivo que conoce los libros canónicos del marxismo. Pronuncia el nombre de Mao y recita de memoria un pasaje del Foro de Yenan, mientras conversa en su lengua con los nativos que son cashibo-cacataibo del grupo Pano. Después de tres días de permanencia en el campamento logra vencer la desconfianza de los senderistas y lo dejan partir no sin antes advertirle que de retornar no tendrá una segunda oportunidad de salir con vida. También le dicen que el Partido tiene ojos y oídos en todas partes y le recuerdan el castigo que merecen los perros solpones.

Después de pasar los rápidos de Shapaja, el Huallaga se ensancha y discurre sereno. Kymper, que surca el río en una lancha motorizada repleta de lugareños, es interceptado por el deslizador de una patrulla del ejército. Es obligado a abordar el deslizador que lo transporta al pueblo de Navarro bajo un cielo poblado de signos de guerra. En el pueblo lo espera ya un helicóptero militar, y minutos después, cuando el aparato ha ganado altura, tiene la certeza de que será arrojado al vacío como ha escuchado que hacen con los sospechosos de terrorismo. No he pensado en los sentimientos que lo invadieron en estos instantes que consideraba los últimos de su vida. Descarto el miedo y más aún el miedo pánico. La

suya ha sido una vida con mucho sexo y sin amor, y sus hijos, ganados por su madre, lo detestan. Tampoco lo entristecen los centenares de páginas desordenadas que contienen sus trabajos e informes sobre las poblaciones nativas, pues secretamente sabe que no valen gran cosa científicamente y son inútiles. Entonces repara en que el helicóptero se acerca a una población y que un minuto después empieza el descenso. En tierra ya lo espera un jeep que lo conduce al cuartel de Yurimaguas donde el comando político militar tiene su sede. En un hediondo cobertizo Kymper, incomunicado, vive la rutina de los acusados de terrorismo, escuchando los murmullos de la selva y el río y música tropical de la ribera del Huallaga que desde la lejanía propala un altoparlante. Al quinto día, con la barba crecida, semihambriento y con infinita sed, lo llevan al despacho del general jefe. La pared está cubierta con grandes mapas de la región, hay dos ventiladores de pie y uno de aspas colgado del techo y en la mesa se ve el expediente de Kymper proporcionado por los servicios de inteligencia. El general ordena que los dejen solos y cierra la puerta. «¿Tiene usted –le pregunta el general– algún parentesco con el comandante Kymper?» «Sí, le responde Kymper. Es mi padre.» Al día siguiente, afeitado y limpio en el aeropuerto de Yurimaguas Kymper aborda un avión comercial que lo transporta a Lima.

Se reincorpora sin problemas a su trabajo, pero no cuenta a nadie lo que él denomina «mi pequeña aventura». Por un convenio de la fundación que patrocina sus investigaciones con el Estado mantiene una oficina en el ministerio que tiene a su cargo los asuntos indígenas. Sigue viviendo en el solar paterno, donde cuida a su padre, el anciano comandante Kymper, sumido desde hace años en la tiniebla de la locura senil. Transcurre una semana. Muy temprano, mientras se afeita, escucha en el noticiero matinal una noti-

cia que lo paraliza: el comando político militar de Yurimaguas informa a la ciudadanía del exitoso operativo llevado a cabo cinco días atrás por fuerzas conjuntas de tierra y aire contra un campamento senderista ubicado en un lugar casi inaccesible de la selva del río

campamento. ¿Por qué, entonces, ese malestar, esa desazón que le sube de adentro y se transforma en un absurdo sentimiento de culpa? Puedo entender este inquietante y cenagoso sentimiento que invadió al pobre Kymper. Hace años, cuando mi hijo cayó detenido fui



De Doctor a Doctor: Guzmán le escribe su carta de rendición a Montesinos, quien se jactaba de haberlo desmoronado anímicamente.

Huallaga. El noticiero, que muestra imágenes inéditas de la acción contrainsurgente, asevera que el campamento fue completamente arrasado y se presume que «todos los delincuentes terroristas» fueron aniquilados. Kymper consulta con lupa los mapas que posee de esa zona del Huallaga y mientras lo hace un ominoso sentimiento de vergüenza y asco lo invade. Después de hacer un recuento minucioso de los diversos interrogatorios a que fue sometido mientras estuvo preso en el cuartel militar, Kymper se dice y se repite que es absolutamente inocente. Su coartada fue perfecta y de su boca no salió nada que pudiera ser tomado como una pista para llegar a aquel

a la Dircote a interceder por él. Me hicieron esperar en un pasillo largas horas. Después de medianoche el entonces jefe de la dependencia y un mayor adjunto me hicieron pasar al despacho. Escucharon mi pedido y me sometieron a una suerte de simulacro de interrogatorio que tuvo por objeto (lo entendí después) crear las condiciones para formularme la propuesta que ya tenían preparada. «Sí -dijo el coronel-. Su hijo podría salir. Pero tendríamos que hacer un canje». «¿Un canje, coronel?» «Llámeme 'mi coronel' -replicó-... Pero sí. Le propongo un canje. Entrégueme dos dirigentes de alto rango del Partido y dejaré en libertad a su hijo. Y no tema. Esto

quedará entre nosotros.» Sentí un bochorno como nunca antes había sentido, pero me controlé y respondí lo justo y con algo de humor. A las dos de la mañana me dejaron marchar. Recuerdo que de camino a casa me sentía vejado y no podía evitar sentirme culpable por algo que ni remotamente puse en consideración. Pero basta con que te hagan una propuesta de esta naturaleza para que te sientas degradado, pues a sus ojos eres alguien, un pobre sujeto capaz de delatar. Sí, puedo imaginar el magma de sentimientos que ahora avasalla a Kymper.

No fue a la oficina en los dos días siguientes. En su Volvo enrumbó a una playa del sur donde tiene una pequeña casa de verano. Fueron noches de apagones, de dinamitazos y de ejecución de un almirante jefe de los servicios de inteligencia de la Marina. De retorno a Lima, inesperadamente, desde un puente peatonal del zanjón disparan contra él con un fusil FAL. Falla por unos milímetros el francotirador, pero los vidrios quedan pulverizados y Kymper tiene que maniobrar para impedir la colisión del vehículo. Sin embargo, al día siguiente acude a su oficina. Ha tomado la decisión de continuar con su vida como si nada extraño hubiera ocurrido. En el ascensor, un sujeto que acaba de ser nombrado vice ministro, exclama: «¡Kymper! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Qué? ¡No me dirás que no te acuerdas de mí! En cambio yo en todos estos años no he hecho más que pensar en ti.» Kymper entra enseguida a su oficina pero no puede concentrarse en el informe que tiene que redactar. Le molesta la escena que acaba de vivir; le molesta el gesto entre insolente y burlón del sujeto que lo saludó en el ascensor. No, no lo conocía, nunca lo había visto. Sin embargo había algo familiar en él, algo que venía de un pasado muy remoto. Abrió una de las gavetas de su escritorio y encontró un cartelito en el que con letras recortadas se podía leer lo siguiente: «1963. Facultad de Química.

San Marcos». Pero de primera intención no le dijo nada la inscripción.

Al volver a su casa de Orrantía creyó ver un auto extraño con lunas polarizadas. Kymper, que no era cobarde, mantuvo la calma. En el hall la empleada le entregó una citación judicial para dirimir un engorroso juicio que le seguía su mujer. Como todas las noches entró al dormitorio a saludar a su padre. Él había heredado la hermosa cabellera de color acero que desde joven tuvo el viejo. Hizo salir a la mujer que lo cuidaba y se puso a conversar con él. Cuando Kymper llegara a anciano tal vez también heredaría las profundas ojeras que ahora tenía su padre. Se puso a contarle todo lo que le estaba ocurriendo desde su incidente en el Huallaga. Su padre era la única persona en el mundo con la que él podía sincerarse. Cuando se despidió con un beso en la frente el antiguo comandante del ejército peruano arrancó a llorar como un niño. Aquella noche Kymper no pudo dormir hasta que, desde detrás de las cortinas, vio que el auto de lunas polarizadas partió y desapareció en la noche. ¿Fueron ellos los que le dispararon con el FAL desde el puente?

Despertó sudando. ¡1963 fue la fecha de unas elecciones estudiantiles que los apristas quisieron anular robando las ánforas! Por treinta años los sucesos quedaron sepultados con no se sabe cuántas llaves en su memoria. Pero ahora lo recordaba con toda nitidez, como si ayer no más hubieran ocurrido los hechos. Él, como responsable de la Juventud Comunista, dirigió la defensa del local de Química, pues los apristas conducidos por el Búfalo Pacheco con sus perros asesinos armados de manoplas y piedras irrumpirían en cualquier momento. Kymper, que había propiciado la formación de fuerzas de choque y auto-defensa, llegó de su casa preparado para repeler el ataque. Los búfalos apristas eran expertos en asaltar locales. Empezaban con sostenidas pedreas

y gases lagrimógenos que se agenciaban de los compañeros que tenían en la policía. Después de vencer la primera barrera, el Búfalo Pacheco entró con su jauría de perros preparados para el combate. Empezaron los enfrentamientos cuerpo a cuerpo y los apristas iban ganando cada vez más terreno. Kymper, que predicó muchas veces

acerca del derecho que tenía el proletariado a defenderse, se dijo que ahora era el momento de predicar con el ejemplo. Entonces, con una Colt que tomó de la armería de su padre pensó apuntar sobre los perros, pero vio que un camarada suyo iba a ser agredido por un fornido estudiante aprista armado de una manopla. Sin dudarlo, Kymper



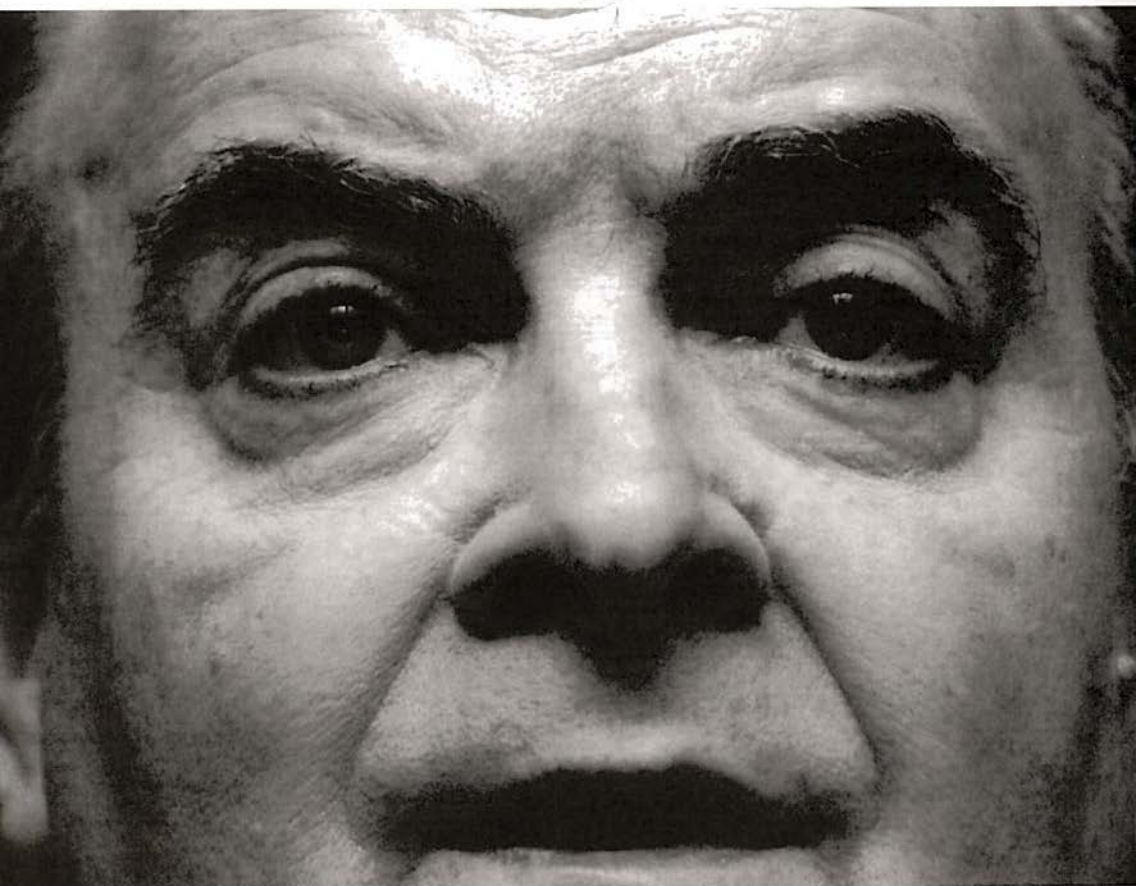
Kymper, su personaje, tendrá como telón de fondo al marxismo leninismo, al maoísmo y al pensamiento Gonzalo. (Chupaca, Huancayo, elecciones municipales 1989. Foto de Jaime Rázuri).

cambió de blanco y disparó a boca de jarro contra el estudiante de la manopla, que cayó fulminado con un balazo que le destrozó el cráneo, y fue entonces que reconoció en el joven que auxilió al compañero caído al hombre macizo, ya entrado en años, que lo había saludado la mañana anterior en el ascensor.

Kymper ahora se levanta, llena la tina con agua muy caliente, se sumerge luego y permanece por un tiempo dilatado con los ojos cerrados. Después se ducha con agua fría y decide que esa misma mañana pediría una cita con el viceministro y le hablaría con franqueza. Era necesario olvidar el pasado. Le diría que fue la única vez que disparó un revólver; le diría que esa terrible noche descubrió que no era apto para matar a nadie. Y que por eso renunció a toda militancia partidaria. Subió por la escalera pues no quería tener otra escena como la del día anterior y esperaría para hablar con él a solas. De modo que Kymper entra a su oficina donde la secretaria le sirve una taza de café sin azúcar, como acostumbra tomarlo. Bebiendo el café a sorbos se promete no dejarse perturbar por nada, ni por la citación judicial de su ex mujer, ni por la cita que pide a su secretaria le arregle con el nuevo vice ministro. Ahora es momento de sumergirse entre sus papeles. Abre la gaveta del escritorio, coge la carpeta con el informe que está redactando, pero al abrirla se encuentra con una hoja escrita a plumón que dice: «Soplón. Morirás como un perro.» Debajo de la inscripción, dibujados con plumón rojo, se ven una hoz y un martillo.

Tengo que confesar que durante mucho tiempo me atraqué en esta parte de la historia. Todavía sigo atracado; sólo algunas líneas confusas empiezan a insinuarse. Kymper, en momentos de abandono, se dice que a fin de cuentas ser asesinado por un grupo paramilitar (aún no ha descubierto el plan homicida de su ex mujer) no sería irremediabilmente deshonoroso; en

cambio (con lógica autopunitiva) piensa que de ser ejecutado por Sendero la vergüenza lo sobrevivirá. De modo que Kymper usará todos los medios para contactar con la agrupación senderista y demostrar su inocencia. Es preciso, para los fines de mi ficción, que el contacto se produzca. Lo que no sé es si el Partido creará su versión. Tal vez este sea un asunto secundario. ¿Quién es después de todo inocente? ¿Acaso él, Kymper, no es culpable por haber capitulado ante la burguesía al renunciar a la militancia partidaria? Mi hipótesis es que Sendero lo someterá a prueba encomendándole alguna tarea. ¿Llevar a cabo un acto terrorista? Sería poco verosímil. No, tendría que encomendarle una tarea de acuerdo a sus cualidades. De joven, cuando militaba, Kymper escribió semblanzas muy persuasivas de los fundadores del marxismo y otros grandes revolucionarios. Pues bien: ¿Y si se le encomendara escribir una biografía apologética del «Presidente Gonzalo»? Por increíble que parezca, a Kymper le seduce la idea. Sería un desafío digno de aceptar. Echando a volar su imaginación, Kymper piensa en una entrevista en la que expondrá al líder todas sus dudas, reparos y objeciones sobre la manera en que SL entiende el maoísmo, y sobre el predominio del terror sobre la épica. Esto se me ocurrió hace un rato y mientras examinaba los diferentes problemas que tendría que afrontar en el relato; otra idea aun más desatinada empezó a cautivarme: SL, acusado de impulsar una línea demasiado dura, necesita contar con una imagen femenina que sea como el rostro romántico de la organización senderista. Y este no puede ser otro que la esposa de Gonzalo, cuyo nombre de combate, como ya lo ha revelado la prensa, es el de «camarada Nora». El problema es que, según diversas fuentes, la camarada Nora se suicidó. Y hasta donde yo tengo entendido las heroínas no se suicidan. Pero sospecho que Kymper piensa de otra manera. (Lima, 8/10/2001) ■



Argentina, campeón. Cavallo, déficit cero.

Argentina: un país emergente en estado de emergencia

ARIELA RUIZ-CARO

Hasta antes del 11 de septiembre, la crisis económica argentina constituía uno de los focos más importantes de la atención internacional. Los atentados en Estados Unidos pusieron una especie de velo sobre esta crisis, no sólo a nivel internacional sino también al interior del país, dando una suerte de respiro a las autoridades del gobierno: marchas de «piqueteros», huelgas anteriormente programadas e inclusive la campaña para las elecciones legislativas del pasado 14 de octubre, pasaron prácticamente desapercibidas ante las impactantes y lamentables imágenes de los atentados, y semanas después de la respuesta militar que está costando centenares de víctimas inocentes también en Afganistán.

Lo cierto es que la economía argentina atraviesa uno de los periodos más críticos de su historia. La actividad económica registra cifras sólo comparables con las alcanzadas en la hiperinflación y la parálisis económica que sufrió durante la guerra de Las Malvinas. El 36% de la capacidad industrial no se utiliza, y el índice de la Bolsa local (MERVAL) registra los niveles más bajos de los últimos diez años. Las inversiones no sólo no llegan sino que además empiezan a irse; muchas se mudan a Brasil por el mayor mercado y los menores costos; otras simplemente cierran o reducen personal como las automotrices, cuyo nivel de ventas entre enero y septiembre del presente año, comparado con igual periodo del año 2000, ha caído en 42%. El riesgo país, aún después del acuerdo firmado en agosto con el FMI, no ha podido descender por debajo de los 1400 puntos y, por el contrario, Argentina se ha convertido en el país emergente con mayor riesgo financiero y más probabilidad de incumplimiento del pago de su deuda en el mundo, al haberse aproximado a los 1900 puntos y quitarle el primer lugar a Nigeria.

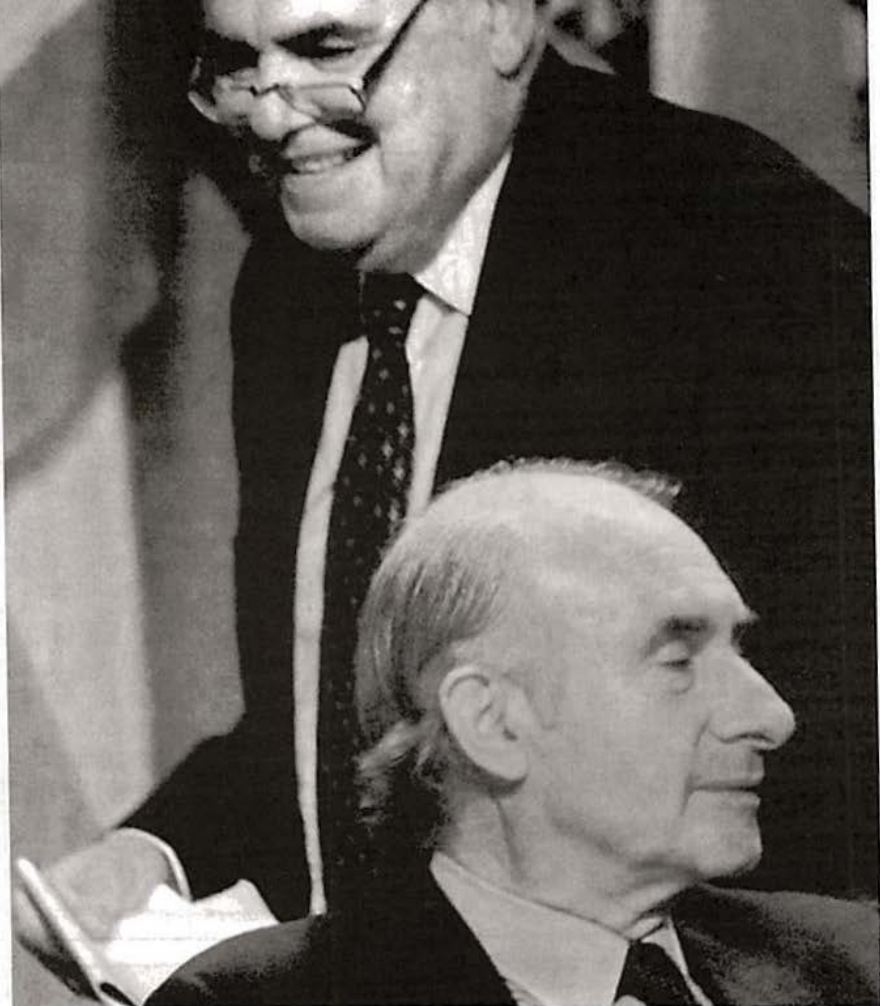
CÓMO LLEGÓ ARGENTINA A ESTA SITUACIÓN

En abril de 1991 se puso en vigencia

un Plan de Convertibilidad que estableció por ley un tipo de cambio fijo —eliminando la posibilidad de que las autoridades intervinieran en la determinación de la paridad cambiaria— y prohibió el uso de las reservas del Banco Central para financiar el Tesoro. Este plan se instrumentó en el marco de un conjunto de políticas establecidas en el denominado Consenso de Washington, que entre otras cosas establecía la privatización de servicios públicos, la libertad en el ingreso y egreso de capitales y la apertura de las importaciones. Desde entonces, y a lo largo de diez años, este modelo económico recibió el respaldo del FMI y Argentina fue presentada ante el mundo como el ejemplo de país emergente.

Durante los primeros años de la convertibilidad el crecimiento económico fue muy significativo, ya que se financió con capitales externos a las bajas tasas de interés vigentes entonces, y con los recursos provenientes de las privatizaciones. El tipo de cambio fijo y la prohibición de emitir dinero erradicaron por completo la hiperinflación y le dieron un margen de estabilidad al país.

Sin embargo, el Plan de Convertibilidad conllevó un modelo de acumulación y de crecimiento cuyo gran impulsor fue el ingreso de capitales externos, especialmente bajo la forma de endeudamiento, que hizo a la economía extremadamente vulnerable al movimiento de los mercados financieros, altamente especulativos y volátiles. En efecto, como este Plan prohíbe al Banco Central la emisión de dinero para financiar el Tesoro, cualquier gasto por encima de los ingresos debe cubrirse con endeudamiento. Al no haberse mantenido una austeridad fiscal entre 1991 y el 2000, el gasto público se financió básicamente con créditos externos, que estuvieron desvinculados de una expansión productiva o de un fortalecimiento de la capacidad exportadora. Este hecho ha determinado que Argentina registre actualmente el mayor coeficiente entre la deuda externa y las exportaciones en el mundo, puesto que



BID boy, bad boys. (Foto: Caretas).

la primera variable es ocho veces superior a la segunda.

A esta dependencia extrema del endeudamiento se añadió una estrategia «antiexportadora» inducida por una reducción indiscriminada de aranceles a la importación, y sobre todo por un tipo de cambio sobrevaluado que no sólo restó competitividad a las exportaciones favoreciendo las importaciones, sino que produjo una distorsión de precios relativos que desfavoreció la producción de bienes transables (los que se comercian internacionalmente) y privilegió la de los bienes no transables (servicios, por ejemplo). Esto dio lugar a que hubiera

escasa rentabilidad en el sector agropecuario o industrial, los dos grandes productores de bienes transables (es decir, los que pueden exportarse). Como lógica consecuencia de este esquema, hubo poca inversión en estos sectores y, por ende, una inconveniente asignación de recursos que dio lugar a una desintegración de la industria nacional, creando un aparato productivo ineficiente.

Por otro lado, la política para atraer inversión extranjera dista mucho de haber sido adecuada. Durante la década de los noventa, el 60% de la inversión extranjera se destinó a adquirir empresas públicas privatizadas o empresas priva-

das ya existentes. A las primeras se les permitió indexar las tarifas de acuerdo a la inflación de Estados Unidos, elemento que ha representado un alto costo en los bienes exportables, disminuyendo aún más su competitividad. (En los últimos tres años Estados Unidos tuvo una inflación de 11% mientras que Argentina tuvo una deflación de -3%.)

La mayoría de las empresas extranjeras orientaron su producción hacia el mercado interno y no a la exportación, y sin embargo incrementaron el componente importado de sus gastos al adquirir del exterior insumos o bienes de capital, originando una fractura de eslabonamientos preexistentes en el sistema económico argentino. Estas empresas han remitido también utilidades y dividendos, lo cual originó un déficit permanente en la cuenta corriente de la Balanza de Pagos que tuvo que ser cubierto con créditos externos.

La vulnerabilidad de este modelo empezó ya a evidenciarse con la crisis del Tequila en 1995, etapa en la que el facilismo para la obtención del crédito se redujo (los países industrializados empezaron a salir de la recesión e incrementaron sus tasas de interés, con lo cual los capitales financieros empezaron a desplazarse nuevamente hacia estos mercados, más seguros). A partir de 1998, en plena crisis asiática y la que se produce como resultado del **default** (cesación de pagos) de Rusia, los mercados prácticamente se cerraron a los países emergentes. Al no poder acceder a los créditos externos, el gobierno argentino recurrió al mercado local de capitales para financiar sus déficits, dejando al sector privado sin acceso al financiamiento, al haberse incrementado significativamente el costo ante el aumento de la demanda. Desde entonces, la economía argentina no ha vuelto a crecer.

EL NUEVO GOBIERNO Y EL PLAN DE CONVERTIBILIDAD

A pesar de los evidentes signos de

agotamiento del Plan de Convertibilidad y del modelo económico cuando el actual gobierno de la Alianza (Partido Radical y Frepaso) asumió el poder en diciembre de 1999, éste se comprometió a garantizar su continuidad. El pánico al recuerdo de tiempos de hiperinflación y a los efectos de una devaluación sobre deudas contraídas en dólares, da lugar a que el plan sea respaldado por el 70% de la población, y por lo tanto su flexibilización no sea tema de debate en tiempos de campañas electorales.

Pero la retracción de los flujos de capitales, la creciente sobrevaluación de la moneda argentina y la presión del servicio de la deuda, que equivale a la mitad de las exportaciones, han acentuado la recesión, el riesgo país y el costo del financiamiento a límites que resultan imposibles de concertar.

En estas circunstancias, en marzo de este año Domingo Cavallo asumió nuevamente la cartera de Economía anunciando que sin dejar de lado la convertibilidad mantendría el déficit fiscal para reactivar la economía, lo que dio lugar a que la oposición peronista acompañara las iniciativas del gobierno.

Cavallo asumió el cargo después de la renuncia de dos ministros en dos semanas, llegando como una especie de «salvador de la patria» con el apoyo de los mercados financieros y de la clase política local. Contrariamente a lo que propuso su fugaz antecesor López Murphy, sostuvo entonces que «no se hablaría más de ajustes y que esa palabra quedaría desterrada como alternativa de la política económica...» Pero ni los programas sectoriales de competitividad que impulsó, ni el «megacanje» de la deuda externa por 29 000 millones de dólares con el que intentó acceder al crédito externo a tasas de interés menos onerosas al postergar parte de los vencimientos correspondientes a este año y a los próximos –pero a un costo financiero enorme que está siendo investigado por la justicia–, dieron los resultados esperados. La creciente desconfianza se tradujo en una vertiginosa fuga de depósitos

de los bancos que puso en riesgo la estabilidad del sistema financiero y originó el temor a que se produjera el **default**.

Estos fueron los aspectos que el FMI intentó evitar al firmar en agosto un nuevo acuerdo con Argentina, en el que se estableció como objetivo **garantizar un desarrollo sostenible de la economía**. Para lograrlo, debían cumplirse dos elementos centrales: a) la ley del déficit cero —el gobierno sólo podría gastar el dinero que recaudara para evitar el financiamiento externo—; y b) reducir el servicio de la deuda mediante la adquisición —con préstamo del FMI— de colaterales o mecanismos de garantía que permitieran reestructurarlo de **forma amigable, amistosa, voluntaria y consensuada**.

Sin embargo, la caída de la recaudación fiscal en 14% en el mes de septiembre como resultado de la retracción de la producción y el consumo, han puesto en evidencia el fracaso de la forma de aplicación de la ley de déficit cero como mecanismo de reactivación económica. En una economía donde el mercado interno representa el 90% del PBI, la ley del déficit cero, al haber dado lugar a un drástico recorte en salarios y jubilaciones, tiene un efecto multiplicador negativo sobre el Producto, lo que provoca, a su vez, una mayor caída de la recaudación impositiva, una nueva reducción de los salarios y un incremento de la desocupación, cosa que está ocurriendo.

A pesar de estos resultados alarmantes, las autoridades locales son apoyadas por funcionarios del gobierno norteamericano y de los organismos internacionales, al sostener que lo mejor que puede hacer el país es continuar con la política del déficit cero. Tenaz en cumplir con las metas del acuerdo, el ministro Cavallo insiste además en colocar la recaudación de impuestos como garantía de pago del servicio de la deuda que resulte de la operación de reestructuración de la deuda pública externa que se realizará con apoyo del FMI y del Depar-

tamento del Tesoro de los Estados Unidos, propuesta que produce un rechazo generalizado.

En estas circunstancias, el nuevo crédito desembolsado en el marco del acuerdo con el FMI podría nuevamente «financiar» en el corto plazo una pérdida de reservas si se vuelve a producir una fuga de depósitos. Así sucedió con los préstamos otorgados a Rusia en 1998, luego a Brasil que finalmente tuvo que devaluar el real en enero de 1999, y recientemente con el préstamo otorgado a Turquía.

PERSPECTIVAS

Este conjunto de circunstancias sumadas a la falta de conducción política y la presencia, por primera vez, de una mayoría de la oposición en las dos Cámaras del Congreso como resultado de las elecciones legislativas de octubre, generan una gran incertidumbre sobre el nuevo rumbo económico por el que transitará el país, si se toma en cuenta las críticas vertidas tanto por los candidatos de la Alianza oficial como de los partidos de oposición al modelo económico durante la campaña electoral.

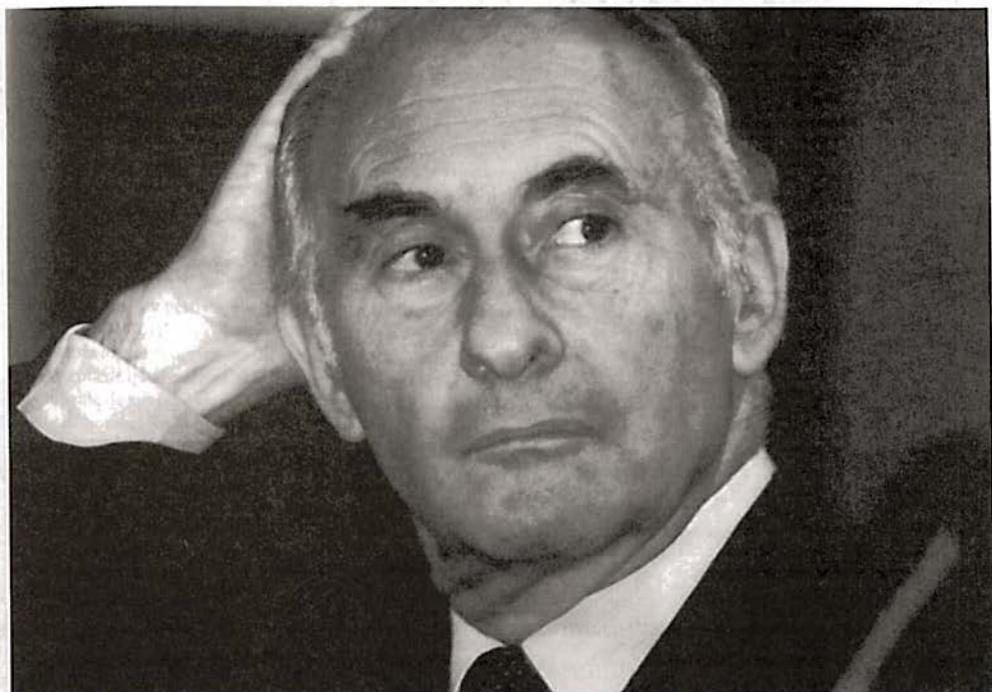
Una de las interrogantes que subyacen es el tema de la devaluación, ante lo cual el gobierno ha anunciado que en caso extremo, antes de adoptar esa medida dolarizaría la economía. Esto, desde luego, eliminaría el riesgo de una devaluación pero no resolvería el grave problema de la distorsión de precios relativos y se perdería definitivamente el instrumental de política cambiaria como mecanismo para incentivar las exportaciones.

Pero mantener el Plan de Convertibilidad y la paridad 1 peso = 1 dólar, imprime una tendencia deflacionaria a la economía. Para muchos, los problemas de sobreendeudamiento, baja competitividad y exclusión social constituyen el «reverso» de este Plan, y proponen una «salida ordenada» de éste mediante el establecimiento de un tipo

de cambio flotante que permitiría, entre otras cosas, impulsar las exportaciones y solucionar los problemas comerciales vigentes con el MERCOSUR, mercado al cual Argentina destina el 31% de sus exportaciones.

Otro de los temas centrales que debe-

blema de la deuda. Pero «como diría cualquier especialista en finanzas, la estructura de capital del país garantiza que el crecimiento sea prácticamente imposible. Argentina no crecerá hasta que no se reduzca significativamente la carga de la deuda y toda la cháchara



Fernando de la Rúa. Si fracasa, todos los caminos conducen al retorno de Carlos Menem.

rá abordarse es cómo reestructurar la deuda en este nuevo entorno mundial. Es creciente el número de economistas que consideran la necesidad de una moratoria programada, y la mayoría de los principales acreedores creen que el perdón de parte de la deuda es inevitable. Según el especialista financiero Michael Pettis, las autoridades argentinas continúan creyendo que con sólo armar el conjunto «correcto» de políticas fiscales y de desarrollo, pueden hacer que el país se sobreponga al pro-

del mundo sobre la confianza de los inversores, disciplina fiscal, el canje de la deuda y el FMI no modificará este hecho».¹

Culminadas las elecciones legislativas, la clase política tendrá que enfrentar estos temas, que por sensibles no han sido debatidos abiertamente, y definir un nuevo rumbo económico. Como toda transformación —que podría ser drástica—, no será fácil, y cualquiera que sea el camino elegido tendrá un costo enorme, pero sin duda menor al que ocasiona la parálisis y el continuismo. La fórmula para resolver el tema de la deuda sentará un precedente para América Latina, que observa atentamente al no sentirse del todo ajena al problema. ■

¹ Michael Pettis es autor de *The Volatility Machine: Emerging Economies and the Threat of Financial Collapse*, Oxford University Press, 2001.

A limpiar la casa

El gobierno de Alejandro Toledo tiene entre manos tres tareas que arden como brasas inclementes: la primera es dar claras muestras de que el proceso contra los principales responsables de la red de corrupción se orienta a buen puerto; la segunda es que la Comisión de la Verdad y Reconciliación se va a jugar el todo por el todo, y que no será una mera formalidad para quedar bien ante la Historia; el tercero, que la lucha por el empleo no fue tan solo una promesa electoral. Toledo debe tener insomnio ante estas presiones verdaderas y sentidas por la población. Él mismo dijo que no podía fracasar. Se trata de ahora o nunca.

A veces da bronca ver en las pantallas de la televisión a tanta gente comprometida con el anterior régimen; a Jaime Bayly entrevistando de lo más complaciente a Nicolás Lúcar o a Laura Bozzo, por ejemplo, como si fuesen personas capaces de decir cosas interesantes y sinceras. Alberto Venero se paseaba, hasta hace poco, como una súper estrella. Este «cantante de ópera» es un verdadero ídolo entre los informales de Gamarra, su paradigma. El mismo Montesinos (y sus numerosos abogados) son los más solicitados para expresar sus ideas sobre la justicia, el Estado y la política en el país. Son los **gurús** en los temas del liderazgo. La población, sin duda, espera una mano más firme en aquéllos que tienen la responsabilidad de acelerar los juicios contra esta enorme red de corrupción, y que ya deben dar señales de que se avanza hacia el tramo de las sentencias.

Los peruanos debemos saber que no se nos está «meciendo». A los peruanos les resulta insoportable recibir noticias desde



(Stanislao Lepri, *Vivalo*, 1967).

el Japón que dan cuenta de la excelente vida de que goza Fujimori; de que Montesinos vive a cuerpo de rey en la Base Naval del Callao, en la misma prisión donde antes los senderistas y emerretistas no tenían televisión, ni radio, ni diarios y sólo disponían de una media hora para su vuelta diaria al patio.

El Perú debe limpiarse, devolver la mala comida, mirarse al espejo con dignidad y empezar a andar. Es una tarea de todos, pero que es necesario llevar a cabo bajo la coordinación de nuestra actual clase política. Los corruptos no han muerto ni desaparecido. Para quienes han muerto y desaparecido está la Comisión de la Verdad y Reconciliación, cuya memoria no puede defraudar. Y los jóvenes desempleados quieren harta chamba, en lugar de harta bala, trago y pasta.



Verde que te quiero verde. La corrupción en la década pasada fue ejercida desde el núcleo central del gobierno. Se ha logrado repatriar 50 millones de dólares, se ha congelado 211 millones de dólares en bancos y hay 1170 investigaciones en curso por parte de la Procuraduría. (Foto: Al Satterwhite).

PERFILES DE UNA CORRUPCIÓN

Los monederos falsos

SANTIAGO PEDRAGLIO

1. MODALIDADES DE LA CORRUPCIÓN 1995-2000

La corrupción que se vivió en el país durante el lustro 1995-2000 fue de carácter eminentemente político. Anidó, creció y se echó a volar –con el perdón de las aves– desde el mero centro del poder del Estado. Desde allí

se corrompió a los privados (propietarios de medios de comunicación, empresarios, banqueros, etcétera) y a representantes del propio Estado (parlamentarios, magistrados, funcionarios del poder electoral, militares, etcétera). El Estado sirvió, pues, de asiento a la mafia y fue desde el Estado que se organizó un sistema a escala nacional.

Es importante poner énfasis en este rasgo principal de la corrupción en el Perú durante el segundo período del gobierno de Alberto Fujimori –que sin duda tiene antecedentes en el primero– porque usualmente los procesos de corrupción se originan en sentido inverso: son agentes del sector privado –empresas que quieren vender al Estado, por ejemplo, o grupos mafiosos externos al aparato gubernamental– los que sobornan o compran favores a los funcionarios públicos.

No fue aquélla la única forma de corrupción vigente durante ese período; sin embargo, fue de lejos la más significativa. La corrupción de los privados sobre los funcionarios públicos se mantuvo más o menos como siempre; pero la que orquestó, marcó el ritmo e impuso las condiciones generales de articulación y organización de la gran mafia fue la corrupción de origen político.

2. POR QUÉ SE ORIGINA ESTA MODALIDAD DE CORRUPCIÓN

Es posible encontrar hasta tres fuentes principales de este proceso de corrupción política mafiosa que subordinó el aparato estatal a sus fines y que condicionó la actividad de sectores muy importantes del ámbito privado.

Un primer rasgo –y quizá el de mayor relevancia– es que durante la década de los noventa, contrariamente a lo que afirmaban las tesis entonces tan en boga, el Estado se fortaleció. Es verdad que a través de una modalidad autoritaria (aumentaron las facultades discrecionales del presidente y de los servicios de inteligencia), pero se fortaleció; o, si se quiere, se reconstruyó. El Estado peruano recaudó más, gracias a

una agresiva política de captación de ingresos por parte de la Sunat; engrosó sus arcas con varios miles de millones de dólares como producto de la privatización; y el aparato gubernamental –particularmente el militar– se extendió en todo el país para enfrentar a la guerra subversiva.

Este fortalecimiento *sui generis* del reconstruido aparato del Estado, después de su crisis de la década de los ochenta, se produjo de manera paralela a un debilitamiento generalizado de la sociedad. Y he ahí la mejor fórmula para alentar una corrupción política como la que se vivió en el Perú: fortalecimiento autoritario del Estado y debilitamiento extremo de la sociedad.

Basta recordar cómo se debilitaron los sindicatos, casi hasta desaparecer, y cómo las organizaciones barriales sufrieron un proceso semejante. Incluso a partir de 1995, y más específicamente desde 1997, los empresarios entraron en una grave falencia económica por causa de la recesión, lo que los hizo más dependientes aún del poderío estatal. Un dirigente empresarial de los últimos años de la década pasada decía que a fines de los ochenta el país estaba en crisis y quebrado, pero que los empresarios sobrevivían; por el contrario, a finales de la década de los noventa el Estado tenía recursos y estaba lejos de estar en crisis, pero los empresarios –o sectores muy importantes de los mismos– verdaderamente habían colapsado.

Un segundo factor que alienta la corrupción desde el poder es que, a la par del fortalecimiento del Estado y el debilitamiento de la sociedad, se generaliza una «cultura del secreto». No sólo el de aquel funcionario que no difunde ni permite el acceso a información referida a su trabajo –que debería

Costo económico de la corrupción sistémica

Variable	Cifra
PBI	US\$ 1 800 millones
Empleo	163 706 puestos de trabajo que no se generan.
Pobreza	155 400 personas que no dejan la pobreza.

Fuente: Documentos de trabajo. Un Perú sin corrupción. 2001, INA - Ministerio de Justicia, pág. 18

ser pública-, sino el secreto que se origina en la guerra antisubversiva, en el conflicto militar interno que sufrió el país. La urgencia de derrotar a la subversión llevó a los gobernantes a esgrimir la necesidad de un secreto mayúsculo que condujo, además, a justificar medidas y decisiones arbitrarias del poder central y de las diversas instancias jurídicas, incluida la justicia militar.

Los operadores centrales del Estado -Fujimori y Montesinos- capturaron esta necesidad del secreto. Lo monopolizaron, lo instrumentalizaron a su favor al disponer, por ejemplo, la compra de armamento sin tener la necesidad ni el mandato de informar a instancia o persona alguna de qué manera se utilizaban más de mil millones de dólares. Este es quizá el ejemplo más extremo y espectacular.

Quebrada la sociedad, fortalecido el Estado y -nuevo ingrediente- la cultura del secreto creciendo exponencialmente en el contexto del conflicto militar interno, la fórmula «mejorada» permitió a los corruptos trabajar con manos y pies libres.

Un tercer factor es que el Estado, como se ha dicho, se fortaleció, pero como producto de una reorganización autoritaria. El Estado, en particular el poder Ejecutivo, obtuvo más recursos -provenientes de la privatización, la mejor recaudación y los créditos de las multilaterales-, pero al mismo tiempo -vencedor de la subversión- resquebrajó y debilitó ya no sólo a la sociedad (que estaba en crisis desde finales de la década de los ochenta) sino a las propias instituciones estatales, sobre todo

a los otros poderes del Estado. Las subordinó y sometió. El núcleo central del poder se hizo inmune a cualquier fiscalización. El autogolpe de 1992 fue, en este contexto, un viraje decisivo: el Parlamento pasó a convertirse en un apéndice del Ejecutivo y de la alianza Fujimori-Montesinos-cúpula militar. El poder judicial y el Ministerio Público no sólo fueron apéndices sino directos instrumentos de acoso contra adversarios políticos, así como fuentes de legalización de las tropelías cometidas por los operadores principales de la corrupción desde el centro del poder político.

A lo dicho se debe agregar que las normas y los valores de la moral pública dejaron de servir, colapsaron, entre muchos sectores de la población en el contexto de la crisis económica e institucional. El «sálvense quien pueda y como pueda» fue (¿es?) la consigna. La corrupción, o el comportamiento corrupto, obtuvo así una fuerte dosis de legitimidad social. La condescendencia o permisividad de los peruanos ante la corrupción tiene larga data en el país; sin embargo, en la última década adquirió una dimensión superior, se hizo «normal, nomás».

3. LA FORMA TRADICIONAL DE CORRUPCIÓN

Hay sin duda en el país una corrupción institucional de antigua data, un sistema implícitamente aceptado -y alimentado cotidianamente- por amplios sectores de la población. Quizá las instituciones que más la han sufrido sean



En su casa de playa de Lurín, Vladimiro Montesinos se la daba de galán tropical.
(Diego Rivera, *Orgía de Ricos*).

la policía y el poder judicial: un poco más, y su producto es considerado parte constitutiva del ingreso de muchos de sus integrantes. La población termina por aceptar como normal que se ejercite el acto de corrupción entre

arreglarse con un «cuánto hay»; la otra —el reverso de la misma medalla—, que el Estado es de quien lo posee en ese momento y tiene, por lo tanto, derecho a hacer lo que quiera con su porción de poder «privatizado».



Rafael Merino Bartet, el agente sin secretos 002, en versión masculina de la cantadora Pinchi Pinchi, revela las tripas del SIN. (Foto: Caretas).

un policía y el chofer de un microbús, por ejemplo, o entre un litigante y algún funcionario del juzgado correspondiente, si de esa forma uno evita una papeleta y el otro se salva de un engorroso proceso u obtiene la copia de un documento más o menos importante.

Detrás de este tipo de conducta, que implica a buena parte de la población, hay dos ideas sobrentendidas: una primera, que el Estado no pertenece a nadie y, por lo tanto, a nadie afecta el

Desde el punto de vista de los ciudadanos, la participación en el acto corrupto tiene implícito un cálculo de costo-beneficio que a veces resulta de una lógica implacable. Se dirá, por ejemplo, que es menos costoso pagar una coima que hacer una larga cola para obtener un documento. O, yendo a casos más extremos, que es altamente más beneficioso arreglar rápidamente en una comisaría o un juzgado, con unos cuantos «verdes», y conseguir con esto una opinión a favor, antes

que demostrar la inocencia luego de largos meses de carcelería y buena conciencia.

La corrupción tiene, pues, como fuente histórica principal, una determinada forma de ejercer el poder y relaciones de poder establecidas de un modo particular. Desde el punto de vista del que accedió a éste -y de tantos que quieren llegar allí cueste lo que cueste-, hay la tristemente generalizada idea de que una posición de fuerza dentro del Estado es una oportunidad en la vida que no se puede desperdiciar sin «ganarse algo». Hay, también, una estructura de compadrazgo: si alguien tiene un puesto de poder, más importantes que las reglas del Estado son muchas veces los parientes, los amigos, los paisanos y el círculo de conocidos. Por último, el sistema de corrupción también obedece a una forma de «toma y daca», de «hoy por ti mañana por mí» (o por mi primo).

La ineficiencia y la burocratización del Estado no son sino un ingrediente más. Los trámites interminables, la regulación excesiva y absurda, la falta de definición de las competencias de los organismos estatales, todo ello sirve para que los funcionarios públicos atesoren poder y lo administren de manera arbitraria, y para que los ciudadanos -cansados de batallar o desprotegidos ante ese poder- acepten las reglas de la coima.

4. QUÉ HACER PARA EVITAR QUE SE REPRODUZCA O PARA EVITAR LA CORRUPCIÓN

Lo fundamental para (tratar de) evitar que la corrupción exista y se propague es la voluntad política de los gobernantes y de la población. Es una verdad de Perogrullo, pero hay que decirla e insistir en ello. Los gobernantes deben liderar un proceso férreo, firme, ejemplificador, para convencer a la población de que es posible modi-

ficar este estado de cosas, y romper con el escepticismo, el círculo vicioso (élites corruptas-Estado botín) o la impunidad que se esconde tras la sonrisa *cachosa* del que está seguro de que nada cambiará.

A la voluntad política hay que agregar, sin duda, la decisión de organizar una amplia coalición social y aplicar una estricta política anticorrupción. Si esta amplia coalición social y política no se funda, será muy difícil llevar adelante de manera duradera políticas de transformación de pautas de conducta de la población y del Estado o de los funcionarios públicos.

El recorte de la discrecionalidad del funcionario es un tercer factor decisivo. El funcionario debe tener la menor cantidad de poder particularizado, privatizado. Y la mejor manera de modificar radicalmente esta apropiación privatizada de la información y los recursos del Estado es emprender un camino de transparencia. La transparencia estatal y la vigilancia ciudadana son dos aspectos indisolubles. Es imprescindible una oferta de información transparente y, al mismo tiempo, una exigencia de dicha transparencia. Es necesario organizar intereses de diferentes sectores ciudadanos en la lucha contra la corrupción. Empresarios, organizaciones no gubernamentales, Iglesias, colegios profesionales, entre otros, tienen que participar activamente en este proceso demandando información y ejerciendo un derecho capital: la vigilancia.

Se trata, pues, de modificar la forma de ejercer el poder y la manera en que los ciudadanos se relacionan con el poder. Es difícil pensar en grandes avances en esta lucha si la sociedad no se fortalece, si el Estado no se consolida democráticamente, si no existe una mística de Estado, es decir, la idea de que es posible organizar un Estado nacional en función del desarrollo del país y de que la función pública se ejerce al servicio de la población y no de intereses particulares. ■

¿Fue el fujimorismo un intento de modernización autoritaria?

EDUARDO DARGENT BOCANEGRA*

Desde hace algún tiempo personas vinculadas al fujimorismo vienen defendiendo al pasado régimen señalando que, más allá de sus errores, fue un proyecto que tuvo por objetivo desarrollar el país. El argumento sirve para justificar los excesos cometidos y, a la vez, sostener la vigencia de la necesidad de un proyecto de modernización autoritaria en el Perú que tome las medidas que la democracia de los «cívicos» no está en capacidad de adoptar.

El tema no es nuevo. Hay quienes consideran que el desarrollo sólo puede lograrse por medio de un gobierno que subordine los derechos humanos y la democracia al objetivo de desarrollar el país. Esta creencia no sólo existe entre autoritarios o conservadores. Una persona tan poco sospechosa de esos adjetivos como John Stuart Mill señala que «Las primeras dificultades en el progreso espontáneo son tan grandes que es difícil poder escoger los medios para vencerlas; y un gobernante lleno de espíritu de mejoramiento está autorizado para emplear todos los recursos mediante los cuales pueda alcanzarse un fin, quizá inaccesible

de otra manera. El despotismo es un modo legítimo de gobierno tratándose de bárbaros, siempre que su fin sea el mejoramiento, y que los medios se justifiquen por estar actualmente encaminados a ese fin».¹ Para Mill este «mejoramiento» es el desarrollo de una sociedad libre e ilustrada, pero para otros puede significar crecimiento económico y pleno empleo.

El problema merece una reflexión más amplia de la que puedo desarrollar en este artículo. Pretendo, más bien, discutir cuánto de cierto hay en señalar al fujimorismo como un proyecto modernizador serio y consistente. Creo que responder a esta pregunta resulta esencial para reconocer y reflexionar sobre la cuota de culpa colectiva de quienes le dieron legitimidad popular al régimen.

I. LA MODERNIZACIÓN AUTORITARIA

La tentación de la modernización autoritaria está muy vigente en países agobiados por problemas frente a los que no parecieran existir soluciones en el corto plazo. Es por ello que muchos

apuestan por entregar la conducción de los asuntos públicos a quien pueda adoptar las medidas adecuadas para superarlos, sin tener que perder tiempo en discusiones en el Congreso o debiendo atemperarlas para evitar protestas.

mía, la industrialización y mejoras en las condiciones de vida. Los principales argumentos esgrimidos en contra son que estos mismos resultados podrían haberse logrado en democracia, como ha sucedido en muchos otros



El más pedido. Abandonó la presidencia y se refugió en Japón donde la derecha de ese país lo protege a pesar de tener una orden de captura internacional. Mientras, se vacila en su página web y aquí no nos hemos vacunado contra el autoritarismo. (Foto: Ernesto Jiménez).

Por lo general se señala como ejemplos exitosos de procesos de este tipo a los desarrollados en España, Chile y algunos países del sudeste asiático. En ellos el proyecto autoritario habría permitido un crecimiento de la econo-

países, y que estos procesos conllevan un alto costo en otros ámbitos. Por ejemplo, las violaciones masivas de derechos humanos, la fuga de personas valiosas por miedo a la persecución, los altos niveles de corrupción, entre otros.

La idea de que un presidente fuerte que concentre todos los poderes y tome medidas «eficientes» es la solución para superar el subdesarrollo, es una creencia compartida por muchos peruanos,

* Abogado. Co-autor de *La batalla de los días primeros*. Actualmente estudia una maestría en filosofía política en la Universidad de York.

1 Mill, John Stuart: *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza Editorial, 1997. p. 69.

como bien ha señalado Hugo Neira en su reciente libro *El mal peruano*.² Ese «modelo protectoral» instaurado por San Martín en los primeros años de la independencia del que nos habla Carmen McEvoy, caracterizado por el «autoritarismo político, la creación de riqueza nacional y la elaboración de un proyecto educativo capaz de elevar la cultura de las masas» pareciera haberse mantenido en el imaginario nacional hasta nuestros días.³ Hemos tenido en nuestra historia republicana diversos intentos de modernización autoritaria, generalmente conducidos por un caudillo militar con un cariz conservador que prometía «orden y progreso». Pero tal vez el proyecto más articulado y radical haya sido el que se dio desde una vertiente de izquierda durante la dictadura militar del general Velasco Alvarado.

Tengo la intuición de que en nuestro país este espíritu autoritario no sólo está presente en sectores conservadores o populares, sino también entre los supuestos progresistas, no siendo el pluralismo y la tolerancia valores aún asentados en el Perú.

II. EL PROYECTO FUJIMORISTA

Pienso que en los primeros años del fujimorismo sí existió un nuevo intento de las Fuerzas Armadas por lograr la modernización del país, esta vez aplicando un modelo neoliberal al estilo «chileno». El plan, según se indica, tenía una duración de 20 años y consistía en un profundo programa de reforma de la economía y del Estado. Al parecer, en un principio tenía un claro sentido autoritario, pero la situación internacional obligó al régimen a construirse una fachada civil con personajes que aparecían como las autoridades democráticas.

Sin embargo, es hipócrita señalar que este plan fue continuo a través de

todo el período fujimorista. Me parece, más bien, que es rápidamente dejado de lado y, alrededor de 1995, pasa a establecerse como único objetivo común de quienes manejaban el poder la segunda reelección de Fujimori y, como objetivos particulares, el robo a través del Estado. Mientras crece el autoritarismo, se reducen los rasgos modernizadores del régimen, siendo al final ya un despotismo abierto sin políticas de Estado. El golpe del 5 de abril de 1992 queda en la memoria de muchos peruanos como un momento de quiebre en el que se puso orden en un país en caos. A partir de ese momento se habrían tomado medidas adecuadas para la recuperación de la economía y acabar con el terrorismo. Estos logros explican la alta votación de Fujimori en el año 1995, aunque queda la duda del valor de dichas cifras. En todo caso, en mayor o menor medida, creo que sí existía en 1995 un ánimo a favor de Fujimori compartido por diversos grupos ciudadanos que aceptaron los rasgos autoritarios del régimen sin cuestionarlos.

Se puede argumentar de diversas formas contra este vínculo entre el quiebre constitucional y el fin de la crisis. Decir, por ejemplo, que la inflación no se controla por el golpe sino por un programa de ajuste que ya se venía aplicando. Del mismo modo, se puede señalar, con razón creo, que la lucha contra Sendero no se ganó por la «mano dura» contra la subversión sino todo lo contrario: el cambio de una ineficaz estrategia represiva por alianzas convenientes con las rondas, acercamiento a las comunidades campesinas

2 Neira, Hugo: *El mal peruano*. Lima: Sidea, 2001.

3 McEvoy, Carmen: «El motín de las palabras» en: *Forjando la Nación*. Lima: PUCP, 1999. p. 25.

4 Al respecto, puede consultarse el ensayo «Balas al alba» de Alberto Vergara. En: *La batalla de los días primeros*. Lima: El Virrey, 2000.

nas, cambio en la estrategia militar y haber privilegiado el trabajo de Inteligencia. La respuesta de los fujimoristas, sin embargo, me parece válida: si todo ello era tan fácil, ¿por qué no se hizo antes? Los gobiernos democráticos de los ochenta, los partidos políticos de derecha –con un absurdo discurso vio-

lento– y los de izquierda –demorando en comprender en qué se diferenciaba esa revolución de la revolución de sus libros–, una clase intelectual perdida en la búsqueda de «causas estructurales» para la violencia y no en brindar soluciones al incendio, tienen mucho que decir al respecto.⁴ Creo que la in-



A lo largo de la historia republicana hubo varios intentos de modernización autoritaria conducidos por caudillos militares que prometían orden y progreso. El proyecto más articulado y radical fue el del general Juan Velasco Alvarado desde una vertiente de izquierda. (Foto: Archivo Quehacer).

capacidad de estos actores explica la legitimidad social que obtuvo el autoritarismo de los noventa.

En este primer período se tomaron medidas que eran las recomendadas por el Banco Mundial para lograr el crecimiento económico, modelo en boga en ese momento. Se liberalizó la economía, se reinsertó al país en el sistema financiero internacional y se impulsó un proceso de reforma del Estado, que consistió en privatizar diversas empresas públicas y reformar los procedimientos administrativos para hacer más eficientes las instituciones estatales. Más allá de lo adecuado o no de estas medidas, las encuestas de esos años muestran el optimismo de un sector mayoritario de la ciudadanía en la forma en que percibían su futuro. Este apoyo popular se consolida mediante alianzas con las clases altas, normales en los autoritarismos, y con las bajas, centralizando en el gobierno millonarios programas de apoyo social y la construcción de obras públicas. Es tal vez este optimismo, mezclado con una débil cultura democrática, el que explica el nuevo cheque en blanco que se dio al gobierno en 1995.

Sin embargo, a partir de dicho año este proyecto va difuminándose y toda política de Estado se subordina al objetivo de la reelección del año 2000. La corrupción, presente desde el inicio del régimen, crece de manera incontrolada al ya no existir organismos de control y contar con la sumisión de la mayoría oficialista en el Congreso. Por esos años, mientras crecía la fuerza de Montesinos, se establece una cleptocracia donde unos pocos controlan el poder y se reparten sus beneficios. El propio Ejército, del cual surge el plan modernizador, es subordinado al asesor y muchos de sus mejores oficiales son retirados para dar paso a otros que le eran fieles. La economía sufre severos golpes, muchos debidos a causas externas o naturales, pero también a la forma inadecuada en que

ésta se manejaba. Los recursos se repartían entre los beneficiarios de los programas de apoyo social de acuerdo a criterios electorales y fomentando redes de clientelaje, no en atención a su impacto social. El costo de la corrupción, es importante repetirlo, no está sólo en las fortunas personales de sus beneficiarios, sino en cada una de las obras mal realizadas, el despilfarro de recursos de la privatización, en la compra de productos defectuosos y en todas las medidas tomadas por intereses particulares y no en atención del desarrollo del país. Se falsean cifras para presentar una situación económica favorable y no reconocer los problemas que en ese momento existían. Tal vez el mejor ejemplo para mostrar la inexistencia de un proyecto a partir del 95 es la forma en que se condujo el proceso de reforma del Poder Judicial, institución cuya autonomía resulta esencial en el modelo de desarrollo recomendado por el Banco Mundial. Éste se inicia en 1996 con el objetivo declarado de establecer una justicia más moderna y autónoma. Sin embargo, el proceso es rápidamente instrumentalizado para asegurar el control de los magistrados y así poder extorsionar a los enemigos políticos del régimen, garantizar la impunidad y controlar a otras instituciones públicas, como el Jurado Nacional de Elecciones o el Consejo Nacional de la Magistratura.

En el 2000, del proyecto modernizador inicial ya no queda nada. Uno percibe que en algún momento Montesinos y sus socios dejaron de entender lo que pasaba en el país para escuchar sólo lo que ellos mismos y su prensa comprada les decían. El discurso de felicitación del asesor frente a los altos mandos militares, luego de las elecciones del 2000, muestra el grado de irrealidad al que se había llegado: presenta a la mitad del país como «extremistas» y «enemigos» radicales del proyecto fujimorista, al más puro estilo Schmittiano. Otra muestra del autoritarismo desbocado fue el

evidente operativo psicosocial protagonizado por el SIN durante la Marcha de los Cuatro Suyos para hacer aparecer a la oposición como terrorista. La «nueva Tarata», como la llamaron sus voceros, fue preparada en el SIN.

Si bien sectores oficialistas señalaban constantemente que las reformas continuaban, creo que la realidad muestra todo lo contrario. Tal vez un último intento de darle dirección al régimen se frustró en el 2000, cuando el gobierno se aproximó a intelectuales autoritarios de diversas canteras para que justificaran su continuidad. Se señaló que ahora que el país estaba «pacificado» sí podrían realizarse las reformas democráticas y económicas necesarias, y se defendió en abstracto el «modelo» político peruano, alejado de la democracia occidental «impuesta» por los países desarrollados. Sin embargo, lo que pudo apreciarse en los meses posteriores a su «triumfo» electoral, cuando estos rostros «ilustrados» ya no eran útiles a Montesinos y sus socios militares, muestra que tendrían poco que decir en el nuevo gobierno. Sus argumentos sirvieron a una banda de ladrones para lavarse la cara.

La caída del régimen evitará que sepamos cuál hubiese sido la viabilidad de este fujimorismo del 2000. Un quiebre en sus alianzas externas con agencias de los EE.UU. (al parecer a raíz del tráfico de armas con las FARC), el video y un creciente descontento popular precipitaron el fin. Sin embargo, más allá de estos hechos, creo que su suerte ya estaba echada dada su orfandad de propuestas y la ambición de sus líderes, perdidos en una lectura conservadora irreal de lo que sucedía. Es iluso pensar que sería tan sencillo cambiar a Fujimori por otro líder para continuar manejando el país si las cosas empeoraban, como hoy se sabe planeó Montesinos. Igualmente iluso es creer que se hubiese puesto fin al manejo mafioso del poder y al saqueo del Estado.

III. CONCLUSIÓN

Es hipócrita, entonces, pretender justificar al régimen apelando a la modernización autoritaria o llevando el debate al campo de las ideas, como si se tratase de una confrontación entre demócratas y conservadores. Lo que aquí hubo fue un proyecto inicial de reforma, pero sin dirección y subordinado a intereses particulares, que luego dio paso a un proyecto más mafioso que político.

Personalmente, no creo en los proyectos de modernización autoritaria, pues considero que la gobernabilidad tiene bases más sólidas cuando se basa en el diálogo y en la racionalización del conflicto político. Por lo demás, el autoritarismo en el Perú ha demostrado morderse la cola, perdiendo el supuesto objetivo trascendente con el que ha intentado legitimarse, para dar paso a abusos y corrupción. Sin embargo, creo que gran parte de la población no asocia la carta blanca que ella misma le dio a Fujimori en 1992 y 1995 con la posterior corrupción y envejecimiento del régimen. Y, lo que es peor, pienso que el 5 de abril puede servir de antecedente para que en una situación de crisis se legitime una nueva opción autoritaria.

Si bien en el actual intento de transición hay más ciudadanos conscientes de sus derechos, esto no quiere decir que nos hayamos vacunado contra nuestro apego al autoritarismo y que de la ineficiencia de los actuales gobernantes civiles no pueda surgir un nuevo proyecto de modernización autoritaria, ya sea desde la izquierda o la derecha, conservador o revolucionario. El secreto para evitarlo está en demostrar que la democracia no se opone a la gobernabilidad y al desarrollo sino que, por el contrario, es un medio más seguro para alcanzar estos objetivos que seguir esperando por caudillos iluminados. ■



Los muertos regresan porque nunca estuvieron totalmente enterrados (Foto: Joe McNally).

La literatura, la Comisión de la Verdad y el Museo de la Memoria

VÍCTOR VICH'

Hace algunos años en la facultad de literatura algunos de nosotros comenzábamos a preguntarnos por qué en **Pedro Páramo** los muertos no estaban muertos y por qué regresaban

a Comala para apropiarse de sus calles y de su memoria. Unos y otros ensayábamos un conjunto de respuestas a las que sin duda todavía les faltaba una mayor reflexión. Decíamos entre todos algo tímidamente: «el problema es la

nación: la falsa promesa de una colectividad integrada.» «Lo que el Estado ha reprimido—las identidades subalternas—tiene luego que surgir con una fuerza arrolladora.» «Exacto: en esa novela los muertos regresan porque nunca estuvieron totalmente enterrados.»

Fue John Kraniauskas, ahora profesor en la Universidad de Londres, quien mejor sistematizó el problema a partir de una muy conocida idea de Benedict Anderson. Recuerdo así la construcción de su argumento: si el proyecto nacional del siglo XIX consistía en establecer un pacto entre el Estado y el pueblo por el cual el pueblo daría la vida a cambio de recibir un «significado trascendental» que lo representara dentro de la nación, en Pedro Páramo los muertos regresan porque el Estado nunca cumplió esa promesa, vale decir porque fue incapaz de construir una especie de «representatividad total» donde las distancias entre el Estado y el pueblo hubieran sido mínimas.

A mi modo de ver, esta idea es exacta y precisa: en Comala, en el Perú y en el mundo entero, los muertos «regresan» porque los han engañado una vez más; porque como sujetos nacionales siguen siendo anónimos incluso en la muerte; porque el proyecto nacional los ha enterrado muy mal y así se están convirtiendo en el síntoma de algo, igual de terrible, que no se encuentra bien simbolizado. En conclusión: los muertos del mundo regresan a sus pueblos porque ellos sí recuerdan y porque, de esa manera, quieren obligarnos a que nosotros también recordemos. Y el recuerdo es ciertamente un acto de memoria, pero la memoria—como bien ha señalado Elizabeth Jelin—no es nunca una cuestión del pasado.

La memoria es un durísimo problema del presente, es decir, del sentido y del significado que hoy—sí, hoy—queremos construir sobre nuestra historia.

En un país heterogéneo, jerarquizado y fuertemente excluyente como el Perú, estas imágenes se me vinieron a la cabeza hace unos pocos meses en la Universidad Católica cuando la **Comisión de la Verdad** recibió a los campesinos sobrevivientes de Cayara: aquella comunidad brutalmente asesinada durante la guerra sucia en el Perú. Era una típica mañana de invierno y, frente a frente, campesinos y **Comisión** se miraban unos a otros y reconocían entre ellos sus distancias y su «otredad». Al parecer, una diferencia, una «imposibilidad de decir nosotros», se hacía muy presente ese día. Los campesinos miraban ansiosamente a la **Comisión** y de pronto me pareció que los papeles podían invertirse al más puro estilo del carnaval bajtiniano. Por un momento estuve imaginando que la **Comisión de la Verdad** se volvería el «objeto investigado» y que sólo era cuestión de que pasara algo más de tiempo. En todo caso, lo cierto es que ese día, para los campesinos de Cayara, la **Comisión de la Verdad** fue un signo de poder a quien ellos también podían interpelar. Por ello, sus miradas eran muy exigentes, y la música y los bailes con los que se inició la reunión nos desafiaban a todos porque fusionaban, de manera radical, su identidad como cultura y su crítica al Estado. «Hemos cantado y bailado así—dijo uno de ellos— porque ésta es nuestra forma de comenzar a dialogar.»

En el Perú ha existido siempre una lucha por quién asume el control sobre la interpretación del país, y sabemos bien que hemos sido los «letrados» quienes por lo general nos hemos situado en el centro del poder, y por lo tanto en el corazón mismo de la voluntad de representar a los «otros». Histó-

* Investigador del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ricamente el grupo letrado se ha auto-asignado la responsabilidad de «hablar por ellos» y de intentar representarlos a través de una voz que se autonombra como más racional y «evolucionada». Por desgracia, la trágica historia del Perú (Uchuraccay, dixit) ha

cional Toledo) que consiste en que en su composición no encontramos un representante directo de las víctimas, vale decir del lado más golpeado de la brutal violencia que ocurrió en el país durante las dos últimas décadas. Justamente por ello, la responsabilidad de esta Comi-



Al igual que la comisión investigadora de Uchuraccay, la Comisión de la Verdad no ha incorporado en su composición a un representante directo de las víctimas (Foto de Carlos Domínguez, 1983).

demostrado que esos gestos no sólo han sido intentos fallidos sino, a la vez, prácticas dominantes y excluyentes: al hablar por el «otro», en realidad los letrados hemos silenciado la voz del «otro», que bien podría haber hablado por sí mismo. En este punto, la **Comisión de la Verdad** comienza con un problema central (no tomado en cuenta por Paniagua y, menos aún, por el tradi-

ción de la Verdad es mucho mayor y más exigente. Por ello también, todos debemos participar activamente.

En ese sentido –como hace poco lo señalaba Marita Hamman– la palabra «verdad» requeriría, en primer término, de una reflexión filosófica –quizá hermenéutica– acerca de las condiciones sobre las que se produce su enunciación. ¿Quién enuncia la verdad y de

quién es esa verdad? Es decir, esta **Comisión** con la que, sin duda, todos debemos sentirnos profundamente comprometidos, necesita aspirar a construir **una verdad, o un conjunto de verdades** que tengan un carácter fundacional por su fuerza dialógica y sus afirmaciones sin titubeos. Si quiere sobrevivir dignamente, esta **Comisión** tiene que distanciarse del Estado, pues su enunciación requiere no reproducir el típico gesto republicano con el que un grupo de criollos fundaron el país en el siglo XIX, es decir el del habla monológica que excluyó la participación de grupos subalternos tales como los indígenas, los negros y, sin duda, las mujeres.

Hasta el momento varias preguntas no enteramente discutidas a nivel público deben proponerse activamente: ¿cuáles serán los mecanismos activados por la **Comisión** para que sus resultados se difundan en ámbitos rurales y urbanos, escolares y universitarios, letrados y orales, masculinos y femeninos, bilingües y multilingües? ¿Cuál será su iniciativa al respecto? ¿Es esto parte de su trabajo? Algunos de nosotros creemos que sí. La propuesta de construir un **Museo de la Memoria** en las ruinas del Banco de la Nación es muy buena, aunque tampoco es completamente suficiente. Es buena porque de concretarse nos permitiría, en tanto sociedad civil –aunque a Toledo no le guste esta última categoría–, simbolizar nuestra propia historia en la lucha por la ciudadanía y la igualdad de derechos. Un **Museo de la Memoria** es muy necesario porque resulta urgente simbolizar contundentemente la historia de los golpes de Estado en el país para que nunca más se vuelvan a repetir, y para que los que creen (o creyeron) en ellos consigan desanimarse de una vez por todas. Un **Museo de la Memoria** resultaría fundamental porque dicho lugar bien podría convertirse en un buen centro cultural para desarrollar ahí obras de teatro, conciertos de música, conversatorios políticos, performances orales,

mesas redondas y muchas otras actividades, que organizadas –otra vez– por la sociedad civil promuevan el sentido crítico y la reflexión sobre el país.

Pero el Perú no es sólo un país de «letrados» y los resultados de la **Comisión de la Verdad** también deberán difundirse por otros medios. El informe final no puede quedar circunscrito a la publicación de un volumen cuya circulación, en este país, siempre será reducida. Si de lo que se trata es de intentar simbolizar bien las dos últimas décadas –una de la violencia, otra de la corrupción– para generar efectos contundentes, entonces es necesario comenzar a pensar en toda una política de difusión de sus resultados. Si al Estado actual no le interesa reflexionar sobre ello, es porque en realidad el trabajo de la **Comisión** le parece poco importante y, en el fondo, pretende neutralizarlo. Evitar dicha pulsión es nuestra responsabilidad como sociedad civil (tercera vez).

Entonces, nuevas relaciones con los muertos, participación activa –muy activa– de las víctimas, neutralización de la manipulación estatal y estrategia que asuma la amplia difusión de sus conclusiones, son algunos de los retos centrales de la actual **Comisión de la Verdad**. Como puede notarse, el trabajo es inmenso y de una magnitud tal que no puede titubear demasiado. Y es compromiso de todos –y no sólo de la **Comisión**– involucrarnos radicalmente con lo que ha pasado. De no hacerlo, el Perú correrá el riesgo de continuar «comalizado», vale decir de que sus muertos sigan regresando y regresando infinitamente con el objeto de intentar sellar un conjunto de heridas que hoy están muy abiertas y que no sólo se encuentran inscritas en las conocidas «causas sociales de la violencia» sino, sobre todo, en la posibilidad de generar acciones concretas que todos, como comunidad nacional, como promesa, podamos emprender juntos para que ya no sean ellos, los muertos, los que continúen peregrinando en este Perú violento, eterna e incansablemente. ■



Albert Camus publicó en 1951 *El hombre rebelde*. Tan extendida es la injusticia que cada individuo siente el imperativo de la rebelión. (Foto Harlingue-Viollet).

ELOGIO DE LA MESURA

El hombre rebelde cumple cincuenta años

ALBERTO VERGARA PANIAGUA



ctubre de 1951: dieciseis mil ejemplares del más reciente libro de Albert Camus inundan las librerías parisinas. Algunos años después de publicar **El mito de Sísifo** y de haber repartido su obra entre la narrativa, el teatro y el periodismo, vuelve a cargar las tintas desde el ensayo. Su nuevo libro, **El hombre rebelde**, no es ya una reflexión enteramente subjetiva, casi autista de la relación del sujeto moderno con la sensación de absurdo,¹ sino una exploración social del absurdo y de la rebeldía que desencadena. El libro es un éxito de ventas (se editan casi sesenta mil ejemplares en los primeros meses) y genera prolongados y candentes debates.

Si en **El mito de Sísifo** Camus se preocupó por el suicidio, en **El hombre rebelde** explora el asesinato racional que en nombre de la Historia se comete por doquier. Tan extendida es la injusticia que cada individuo siente el imperativo de la rebelión, opone un sentimiento que le es inherente, una idea propia de justicia en busca de libertad. Pero no la quiere sólo para él, la desea para todas las personas, desarrollando una solidaridad metafísica con la humanidad. De esta manera, la rebelión es una acción que se inicia con la sensación individual del absurdo y que toma su dimensión colectiva al rebelarse frente a la injusticia. *Yo me rebelo, luego nosotros somos.*

Esta rebelión metafísica es exclusiva de la modernidad; el hombre rebelde es el hombre moderno alzado contra los absolutos, la rebelión es blasfema ante todo. A la rebelión metafísica sigue la rebelión histórica; a la idea, la acción. Una vez denunciada la injusticia, surge

1 Lo absurdo es, en **El mito de Sísifo**, la sensación del individuo tras preguntar desgarradoramente acerca de la irracionalidad del mundo y el mundo que se mantiene en silencio, obviando respuesta alguna.

la informe rebelión que no compromete sistemas ni razones. Es únicamente una acción explosiva capaz de matar hombres, pero nunca los imperativos morales que la impulsan. Camus quiere oponer rebelión y revolución; esta última no es espontánea, es la dimensión violenta de una idea elaborada. ¿Cuál es esta idea? La Razón moderna que se opone a Dios. Sin embargo, el deicidio no puede ser puramente teórico, la Razón les exige a sus plenipotenciarios representantes la cabeza de Dios en la tierra, Luis XVI es la ofrenda. *Ciertamente es un escándalo repugnante haber presentado como un gran momento de nuestra historia el asesinato público de un hombre débil y bueno.*

La Revolución francesa no es percibida por Camus como la glorificación del individuo, es la epopeya del pueblo, de la voluntad general que es la voz de la Razón. A partir de ese momento quien critique los designios de la nación será sospechoso; *¿quién no ve que quiero cortar un pequeño número de cabezas para salvar a muchas más?*, se pregunta Marat. Tras el auge de esta Razón universal y unitaria, la filosofía alemana, Hegel, opondrá lo universal concreto. La Razón única y armoniosa de la Revolución es seguida de la universal pero siempre inacabada dialéctica, adicionando la historia como factor determinante del hecho social. Es el fin de la trascendencia; todo valor moral es sustituido por el devenir histórico, *los movimientos políticos inspirados por Hegel coinciden todos en el abandono de la virtud.*

Por su parte, el ímpetu revolucionario va hallando el medio para instaurar el reino final de los hombres: el Estado. Se anuncian las teocracias totalitarias del siglo XX y una nueva raza de mártires aparece en la historia, su *martirio consiste en que aceptan la tarea de infligir el sufrimiento a los demás* en nombre de un futuro idílico, el del mundo sin clases. *¿Qué*

importa que ello se logre con la dictadura y la violencia? En esa Jerusalem ruidosa de máquinas maravillosas, ¿quién se acordará del grito del degollado? Entonces la nueva ortodoxia, el nuevo *ancien régime* marxista tiene que hacer frente a Galileo, para conservar su fe va a negar el sol y a humillar

siglo XX ha sido la acción cínica y realista. La indignación es generada por el abandono de toda moral en la ética revolucionaria ya que el historicismo político implantó dictaduras supuestamente pasajeras, preocupadas por una dicha lejana y no por el horror presente. La locura



Jean Paul Sartre, su entrañable amigo por muchos años, lo excomulga de la izquierda a partir de la aparición del libro. En la foto, vendiendo el periódico radical *La causa del pueblo* al lado de Simone de Beauvoir.

al hombre libre. Y, entonces, este hombre condenado a la esclavitud siente renacer la rebelión dentro de sí; es el advenimiento de la rebelión metafísica y original, que implora justicia y humanidad. *Más allá del nihilismo todos nosotros, entre las ruinas, preparamos un renacimiento. Pero muy pocos lo saben.* Acaso, Lech Walesa, Vaclav Havel y millones de anónimos rebeldes entiendan bien el sentido de tal renacimiento.

El libro de Albert Camus es una adolorida comprensión del siglo XX. Es el diario confidencial y atormentado de una centuria desalmada. La política del

del comunismo consistió en ampliar su desprecio por la moralidad formal burguesa a toda reivindicación moral. Sus medios, idénticos a los del fascismo, jamás reparaban en el ser humano real. De hecho la desolación del siglo XX la produce esa desalmada lógica según la cual cada persona no es más que un bien fungible en el inevitable tránsito hacia la sociedad final y felizmente acabada. Pero mientras esto llegaba (nunca nadie dio una pista de cuánto tardaría), el gulag y Aushwitz eran una buena sala de espera para el hombre de a pie.

Pero el libro es también una larga

elipsis sobre la rebelión moderna, de su inicio liberador a su tiránico fin. Y frente al nuevo imperio criminal, la humanidad debe reencontrarse con la rebelión primigenia que puede asesinar al momento de su explosión, pero que inmediatamente después exige instituciones en favor de la vida de cada ser humano. Camus no desprecia el proceso de secularización moderno que es el primer grito del rebelde reclamando libertad para él y la humanidad. El hombre rebelde debe ser el hombre moderno; la rebelión y lo sagrado no pueden convivir. Por tanto no hay aquí una crítica de la modernidad *per se*, son sus vástagos corruptores a quienes Camus fustiga.

Sin embargo, ¿cómo fundamentar una ética política si los absolutos no forman parte de la rebeldía?, ¿cómo encontrar una regla de conducta lejos de lo sagrado? Tal es la interrogante central del libro. Aunque Camus no desarrolla un sistema filosófico que responda a cada una de las interrogantes políticas, alumbrando a través de una ética de mínimos. Una vez que se respetan ciertos pisos de dignidad y libertad, el resto es posible. Paul Ricoeur encuentra que estos mínimos están identificados: el rechazo de toda filosofía de la historia, la modestia en los límites y la intransigencia en los medios (**Lectures 2, La contrée des philosophes**). Ensaya una moral laica evidentemente kantiana, universal y autónoma y hasta de reminiscencias al derecho natural (es un concepto de justicia propio el que el rebelde opone a la servidumbre, un concepto naturalmente dado, que habita en él pero en el marco de la modernidad; un iusnaturalismo laico). Exige una vuelta de la virtud; pero no debe confundirse tal proposición. La virtud que reclama no es la que en nuestros días busca Alasdair MacIntyre, filósofo de la nostalgia preindustrial; es la virtud de Némesis, diosa de la medida. Es una moral incompleta y abierta si se la compara con una ideológica o religiosa, pero es la única que el hombre puede poseer siendo él también imperfecto, abierto e inacabado. Su crítica de la modernidad no es pues un acer-

camiento conservador, ni un capítulo de las retóricas de la intransigencia que Hirschman ha estudiado, es la exigencia de retomar el camino traicionado de la modernidad, el de atreverse a pensar por uno mismo y en libertad.

El ataque que recibe **El hombre rebelde** es comprensible. Comienzan los años cincuenta, París bulle en discusiones académicas y políticas; la izquierda, académica y activista, es hegemónica. Sartre es la autoridad más citada, ha virado su existencialismo hasta cruzarlo con la avenida principal del pensamiento, la del marxismo. Camus proviene de la izquierda y ha sido miembro del Partido Comunista aunque se ha alejado de la ortodoxia. La aparición de **El hombre rebelde** tuvo connotaciones de cisma. Era un feroz ataque a la filosofía de la historia marxista y al socialismo real. El libro fue pionero al deslindar con las cárceles nación socialistas y, aunque sus ataques al historicismo y a los regímenes totalitarios pueden encontrarse formulados en forma muy parecida en los años cuarenta por Friederich Von Hayek o Karl Popper, ninguno de estos pensadores provenía de la izquierda. Era más fácil despreciar el contenido de sus críticas pues eran transparentemente partidarios de la sociedad abierta y del individualismo económico. Camus, al igual que la izquierda, no tiene en buena estima al capitalismo, admira la socialdemocracia escandinava y el laborismo inglés. De esta manera, sus críticas remecan a la izquierda parisina porque iguala comunismo y fascismo, y obliga a asumir posturas frente al totalitarismo. Es, en suma, un incómodo disidente. Sartre lo excomulga de la izquierda, Camus es un moralista burgués haciéndole el juego a la derecha.

Debemos ser conscientes de que cuando Camus critica la desmesura de los procesos revolucionarios (en especial el francés) se enfrenta a dos ortodoxias, una universal y la otra nacional. A aquella porque la Revolución francesa, desde una perspectiva marxista, es un hito en el movimiento revolucionario de la historia, un eslabón predecesor de la Revolu-



En los últimos años, la obra rebelde de Camus ha sido revalorada. Retrata con lucidez el deshumanizado siglo XX. (Lynn Chadwick, 1987).

ción bolchevique y de todos los futuros alzamientos del proletariado mundial. Camus está, entonces, denunciando a la inexorable historia, desafiando sus leyes. Pero el autor de *El extranjero* también es herético en lo particular. La Revolución es el emblema de la nación francesa. Sin embargo Camus percibe, para utilizar una fórmula de François Furet, que ésta inventó más que una sociedad fundada sobre la igualdad civil y el gobierno representativo, una modalidad privilegiada de cambio, una idea de la voluntad humana, una concepción mesiánica de la política (*El pasado de una ilusión*). En las universidades y colegios hay una lectura única de la Revolución francesa, los héroes de 1789 son justicieros puros y duros; en cambio, afirma Olivier Todd, *Camus descubre en Saint Just sobre todo a un fanático, y en la revolución jacobina, que intenta establecer una religión de la virtud, el cinismo... Camus, sin ser más historiador que filósofo universitario, se rebela contra una versión oficial y expurgada mucho antes de que una escuela de nuevos historiadores franceses, salidos en su mayor parte de los Annales, ofrezca nuevas perspectivas sobre las revoluciones de 1789 y 1917. (Albert Camus. Una vida).*

Albert Camus es el hombre rebelde. Acaso su revisión en extremo libresca de la historia revolucionaria y su teorización libertaria no sean más que la coartada para atar su conducta a una obra. Obra y Camus son uno mismo, el político no es distinto al dramaturgo. Nunca deja de ser un artista, eso lo aleja de la tentación totalitaria; la rebeldía está en estado puro en el arte, afirma. No es de extrañarse, pues, que desde *La República* de Platón, cada proyecto idealizado de sociedad, racionalizado desde las cumbres de algún intelecto que personal administrativo transforma en escolásticas reglamentaciones, haya sentido repulsión por el hombre que garabatea sobre los lienzos y haya deseado desterrar al original poeta. El artista es, pues, enemigo de la clausrofóbica cerrazón de las pretendidas sociedades armónicas y orgánicas. Y Camus no fue la excepción.

Después de cincuenta años de su publicación, *El hombre rebelde* es uno de los libros fundamentales para entender el siglo XX. El grado de deshumanización alcanzado, sin precedente en la historia, está retratado con angustia comprometida e indignada que aún emociona. No será, de seguro, un libro de teoría política que extienda su fuego más allá de su centuria, pero en tanto el XX no nos abandone, mientras su más perversa creación, el Estado policiaco, insista en hacer de los seres humanos esas tristes mancupias que Cortázar fabuló, las páginas de *El hombre rebelde* serán las más vigentes.

Mal podríamos buscar entre sus páginas pistas para abordar los problemas políticos contemporáneos. La cotidiana percepción de lo diferente que vara las discusiones políticas en aguas del multiculturalismo, la mundialización de la economía y el debilitamiento del Estado-Nación, incapaz ya de reconocer sus límites, no pueden ser intuitivos por este hombre del veinte. Pero no es arriesgado decir que a cada uno de los problemas del nuevo siglo se acercaría con su moral anárquica y helénica, blandiendo la prudencia rebelde del igual respeto a cada uno de los seres humanos. Señalando la existencia del hecho moral.

De otro lado, aún cuando la palabra Revolución ya no está de moda, nadie puede apostar que no habrá de desempolvarse en los próximos años. Toda realidad injusta y desigual exige una rebelión y en el mundo presente no faltan ejemplos de esto. Cargada de nuevos contenidos y fines (tal vez más justos) estará siempre latente el hechizo revolucionario, la acción voluntariosa de cambiar las cosas abruptamente. En ese momento, la figura de Camus debería reaparecer de entre las desatadas tinieblas de la insurrección, a caballo sobre sus principios, exigiendo mesura, que no conformismo, y sentido de los límites. Denunciando, con Isaiah Berlin, toda doctrina en la que el camino hacia las puertas del paraíso esté inevitablemente sembrado de cadáveres. ■



El llamado de la selva

Desde la costa hemos mirado ese territorio inmenso, remoto, extremadamente fecundo, verde y azul, y a sus habitantes como si de extraños se tratara. Exóticos. Distintos a nosotros. Nos

separa de ellos una cordillera, pero sobre todo siglos de ceguera hacia la región amazónica, desmesurada y sensual. Los «civilizados» trataron a los amazónicos como los buenos salvajes de Rousseau o los «primitivos» de Spencer: tribus, poblaciones inferiores, aislados, dominados por el instinto. El Estado tampoco ayudó a cambiar esta situación de desventaja social, legal y política.

En este tercer especial que publicamos bajo el auspicio de Oxfam-América, queremos acercarnos a ese vasto mundo aún desconocido en su totalidad que es la Amazonía. Un territorio en permanente cambio, con recursos incalculables.

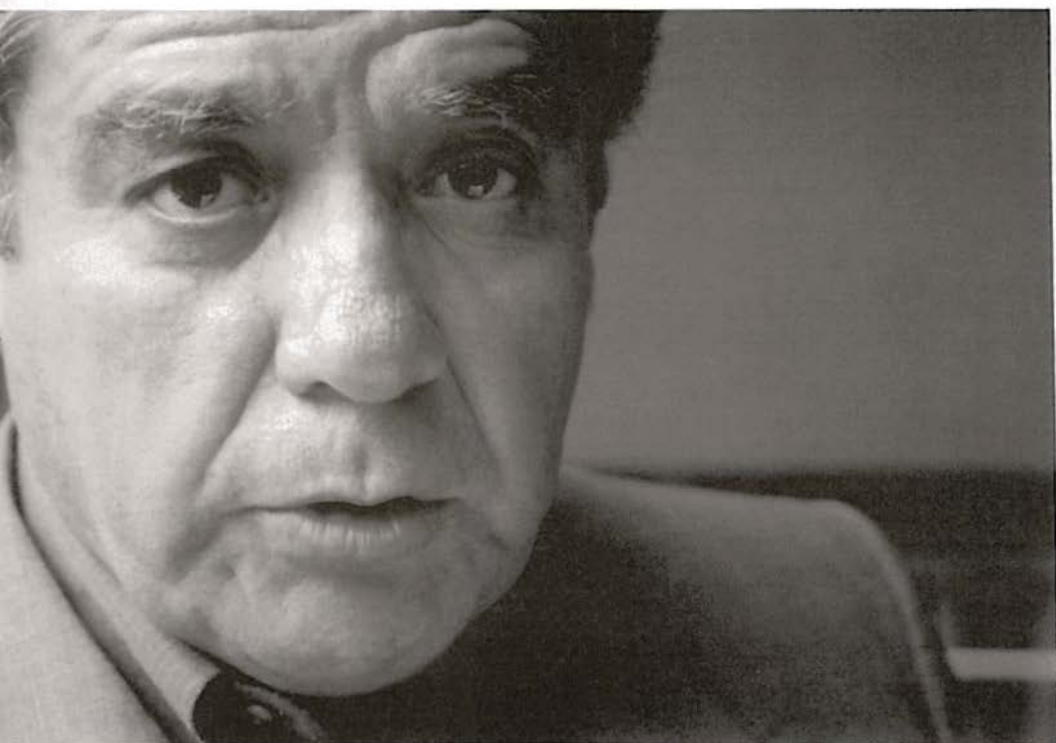
En las siguientes páginas, entrevistamos extensamente al reconocido antropólogo Rodrigo Montoya, quien actualiza un antiguo concepto como el de indigenismo y lo sitúa en las discusiones académicas y políticas actuales. A la vez, toca temas álgidos de la Amazonía: la tierra, las nacionalidades, los recursos naturales, las organizaciones indígenas.

Guillermo Ñaco es otro de nuestros entrevistados. Él es un representativo dirigente indígena amazónico que participó en la instalación de la Comisión Especial Multisectorial para las Comunidades Nativas, en el Gobierno de Transición pasado. Nos cuenta la visión que tienen las comunidades amazónicas del país, sus peligros culturales y lo que esperan de este gobierno.

Carlos Mora, antropólogo especializado en amazonía, escribe acerca de las posibilidades de desarrollo económico de la región sin poner en peligro la conservación del medio ambiente. En la entrevista que sostuvimos con Margarita Benavides, quien también participó en la Comisión Multisectorial, muestra su preocupación por el futuro de la Mesa de Concertación con este gobierno. Y Carlos Soria, experto en el tema forestal, toca el grave problema de la explotación de la madera y sus peligros ambientales y culturales para las comunidades.

Con estas páginas queremos contribuir en algo a la discusión sobre la realidad de la Amazonía y recordar que los hombres y mujeres que la habitan también pertenecen al Perú.

(Página opuesta. *El encantador de serpientes*, de Henri Rousseau.)



«El indigenismo ya pasó, fue un momento en la historia. Lo que hay ahora es la emergencia de movimientos indígenas políticamente autónomos», declara Rodrigo Montoya. (Foto: Wilyam Estelo).

«Todos tenemos derecho a ser peruanos»

UNA ENTREVISTA CON RODRIGO MONTOYA ROJAS*
POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN



Cuál sería la nueva perspectiva para abordar el tema del indigenismo, un tema antiguo en el Perú que sin embargo ahora tiene un renacimiento?

—Hay dos temas muy distintos en la pregunta. ¿A qué llamamos indigenismo? y ¿qué es lo que está pasando en este momento con los movimientos indígenas? El indigenismo comenzó en el Perú en una conferencia de Manuel González Prada en el teatro Politeama de Lima, en 1888. Había terminado la guerra con Chile, el Perú estaba hecho un desastre y él se preguntó: ¿qué pasó?, ¿por qué estamos así? La respuesta fue: porque el Perú no es un país, no tenemos ninguna unidad, y porque nos dividimos entre falsos y verdaderos peruanos. Ese fue un llamado de González Prada a la conciencia de la época para pensar en qué demonio de país vivíamos. Él abrió el camino para dos corrientes indigenistas. La primera, aparentemente radical, encarnada en don Luis E. Valcárcel, el moqueguano profesor universitario en el Cusco que anunció la **Tempestad en los Andes** y decía que los indios estaban listos para ocupar Lima. Esa posición indigenista cusqueña sostenía: «Lima no es el Perú, el Perú es Cusco». La segunda corriente indigenista, de derecha, fue encabezada por Víctor Andrés Belaúnde. Para él la patria peruana era el fruto de dos vertientes, una española y otra de los llamados indios. El aporte español era doble: la religión católica y la lengua castellana, mientras la contribución americana habría sido sólo el paisaje. Los hombres y mujeres de estas tierras, sus lenguas y culturas no contaban.

El indigenismo es una actitud y un estado de ánimo de personas no indí-

genas, de intelectuales, de artistas —limeños sobre todo, urbanos en general—, también en capitales de provincia que frente a la tragedia de la guerra con Chile reaccionan, piensan en el país y reconocen que los indios existen y que su contribución puede ser tomada en cuenta para la formación del país. Los indigenistas no hablan quechua, no son indios, no son indígenas, simplemente tienen una actitud a favor y defienden a los indios. El indigenismo como tal comenzó, me atrevo a sostenerlo, en 1888, y terminó con un decreto del general Velasco que cerró el Instituto Indigenista Peruano en 1969.

El estado de ánimo indigenista que floreció en los años veinte se convirtió en un proyecto institucional y estatal cuando en 1946 se formó el Instituto Indigenista Peruano, como filial del Instituto Interamericano Indigenista con sede en México. Desde entonces hasta 1969 tuvimos en el Perú la Antropología Aplicada como corriente norteamericana para «integrar» a los llamados indios a lo que entonces como ahora se llama aún la «Sociedad Nacional». Conviene recordar que en el inconsciente colectivo de cada antropólogo y antropóloga anida un indigenista. El reto de nuestro tiempo es qué tenemos que hacer para arreglar cuentas con ese indigenismo. Es pertinente advertir que Mariátegui y Arguedas fueron considerados como indigenistas, pero ambos negaron explícitamente esa filiación: el primero por socialista y el segundo por hablar el quechua por y escribir desde dentro de la cultura quechua.

A partir de 1969 comienza la etapa de los movimientos indígenas que poco o nada tenían y tienen que ver con el indigenismo. Los dirigentes, los jóvenes indígenas amazónicos que habían pasado por las escuelas bilingües aprendieron a leer y a escribir y se dieron cuenta de que lo aprendido en las escuelas bilingües no correspondía a lo que ellos esperaban. Surgió un fenómeno nuevo: no necesitan que otros

* Rodrigo Montoya Rojas es antropólogo y escritor, profesor emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su último libro de Antropología es **Multiculturalidad y política** (Sur, 1997). Ha publicado también su primera novela **El tiempo del descenso** (Sur, 1997) traducida al portugués (Editora Marco Zero, Sao Paulo 1998).

hablen por ellos y crean un liderazgo propio, que es la novedad política de nuestro tiempo.

El indigenismo pasó, fue un momento en la historia. Lo que hay ahora es la emergencia de movimientos indígenas políticamente autónomos, de-

aguarunas dicen: «somos peruanos, pero déjennos ser aguarunas; somos parte de los indígenas de América y somos un pueblo indígena», están asumiendo una autodefinición y una identidad étnica que en el Perú no existía. El argumento central está en lo que



Está en camino un proceso de urbanización y un cambio en el modo de vida y de producción amazónicos. La pobreza para ellos significa no tener carne ni peces para comer y volverse forzosamente agricultores. (Foto: Archivo Quehacer).

seosos de encontrar en el Perú un lugar adecuado, respetable, para sus pueblos.

—Ya en el siglo XXI, ¿cuáles son los rasgos fundamentales que definen a una persona como indígena y no como peruano, ecuatoriano o arequipeño? ¿Quiénes serían los indígenas en el Perú?

—El elemento decisivo es la autoidentificación de las personas. Cuando los

cada uno piensa de sí mismo. Evaristo Nungkuwag fue el primer dirigente amazónico del país. El decía «yo soy aguaruna, déjenme ser aguaruna; no quiero dejar de ser peruano, pero también quiero seguir siendo aguaruna». Esta voluntad de seguir siendo o de no dejar de ser, es el rasgo decisivo de un comportamiento político nuevo. En 1963 llegó al Perú Richard Smith como voluntario del Cuerpo de Paz destaca-

do a la selva central. Los indígenas amueshas creían que él era un «peruano». Él hizo la precisión: «no soy peruano, yo soy de los Estados Unidos». Para los amueshas no había sino dos posibilidades: ser peruanos o ser amueshas. Los peruanos eran los de afuera, los extranjeros abusivos. 30 años después, las elites indígenas han llegado a la conclusión de que son parte del Perú. Ocorre lo mismo en Ecuador, Bolivia, y México, pero asumir esta identidad no los convierte en ex-indígenas como querían y siguen queriendo los defensores de un Estado, una nación, una cultura, una lengua y un dios único y verdadero. Su lucha es por conseguir una doble ciudadanía. Así como Vargas Llosa, con todo derecho, tiene las nacionalidades española y peruana, la gente amazónica se pregunta, ¿por qué no podríamos ser peruanos y seguir siendo aguarunas, wambisas, asháninkas o piros? En esta perspectiva, los indígenas definen un horizonte, tienen un proyecto político, defienden sus lenguas y reclaman una educación bilingüe intercultural que garantice la reproducción y la expansión de sus culturas. La enseñanza bilingüe comenzó en 1946 con una propuesta de los evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano para traducir en lenguas indígenas el Nuevo Testamento y para decirles a los llamados indios que hay un nuevo modo de vida civilizado y moderno que deben adoptar. Con esta lógica civilizatoria les propusieron abandonar el mundo de la brujería y de los demonios, porque eso de creer en «dioses falsos», sería obra de Satanás. La defensa de su territorio, de su lengua, de su identidad y de su biodiversidad; es decir, la gran riqueza de la naturaleza, son las cinco grandes reivindicaciones que desde Canadá hasta el sur de Chile son defendidas por el conjunto de movimientos indígenas.

—Has hablado de González Prada, de Valcárcel. Vargas Llosa se lo ha planteado en *El hablador*, en *La uto-*

pía arcaica, pero no sé si hay una discusión, un debate intelectual hoy sobre el tema de la reivindicación de los pueblos indígenas. Y si fuese así, ¿quién es el enemigo? ¿El Estado? ¿Las clases criollas, ciudadinas, insensibles, alejadas?

—Hay una propuesta asumida de modo coherente, sistemático, valiente, por parte de Vargas Llosa para considerar que todas las reivindicaciones indígenas forman parte de una «utopía arcaica». El escritor se sirve de un argumento infeliz: como algunos de los personajes de la obra de Arguedas son enemigos de lo moderno, por lo tanto Arguedas es enemigo de lo moderno. Este es un grave error; no se puede condenar a un autor por las ideas que sus personajes expresan. Un autor que presenta muy bien un personaje fascista no tiene por qué ser fascista.

—Eso lo sabe Vargas Llosa.

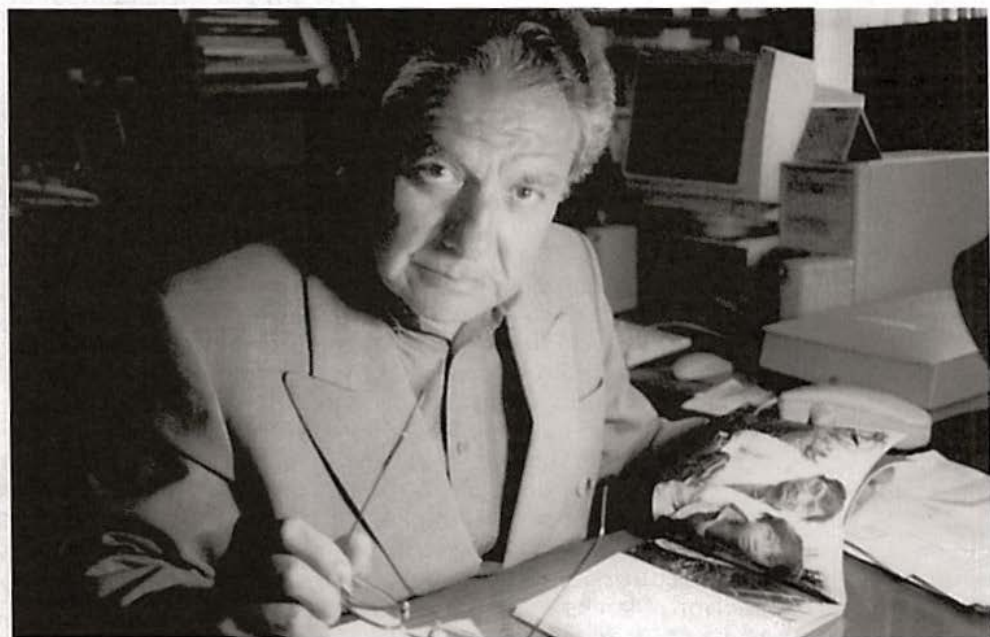
—Vargas Llosa es una persona sumamente inteligente, pero no por inteligente puede dejar de tener vacíos extraordinarios y contradicciones profundas en su razonamiento. Su propuesta es muy sencilla: la defensa del nacionalismo, de lo étnico, de estas grandes reivindicaciones indígenas es parte de una utopía arcaica, parte de lo pre-moderno, de lo medieval, de lo antiguo que no tiene ningún sentido. Los tiempos pasaron. Ahora tenemos que asumir la modernidad y, aunque nos duela, sacrifiquemos toda forma de nacionalismo. Toda forma de identidad étnica es un sacrificio de la modernidad. La clase política que puede no haber leído a Vargas Llosa comparte con él la tesis clásica de que los indios no son parte del país, y de que hay que tratarlos con afecto y proponer su integración a la sociedad nacional. Este es el clásico pater-nalismo.

—¿Cómo sería esa integración? ¿Viendo los rasgos?

—La educación propuesta por el Instituto Indigenista Interamericano servía para que los llamados indios apren-

dieran el castellano, se vistieran «como nosotros», produjeran para el mercado, se beneficiaran con carreteras, postas, y fueran atendidos por médicos. Esa era la propuesta indigenista institucionalizada desde 1946 hasta 1969. Se trata de un espíritu integrador

transición. Guillermo Ñaco, a la cabeza de un movimiento indígena amazónico y con un conjunto de personas que trabajan apoyando a los movimientos indígenas, llegaron hasta el ex-presidente Valentín Paniagua para decirle: necesitamos hablar con usted. Como



«La clase política tiene que aceptar, aunque le duela, que se acabó esa vieja forma de considerar que el Perú es Lima. Las voces interiores tienen que ser oídas, para que cada pueblo indígena conquiste su espacio.» (Foto: Wilyam Estelo).

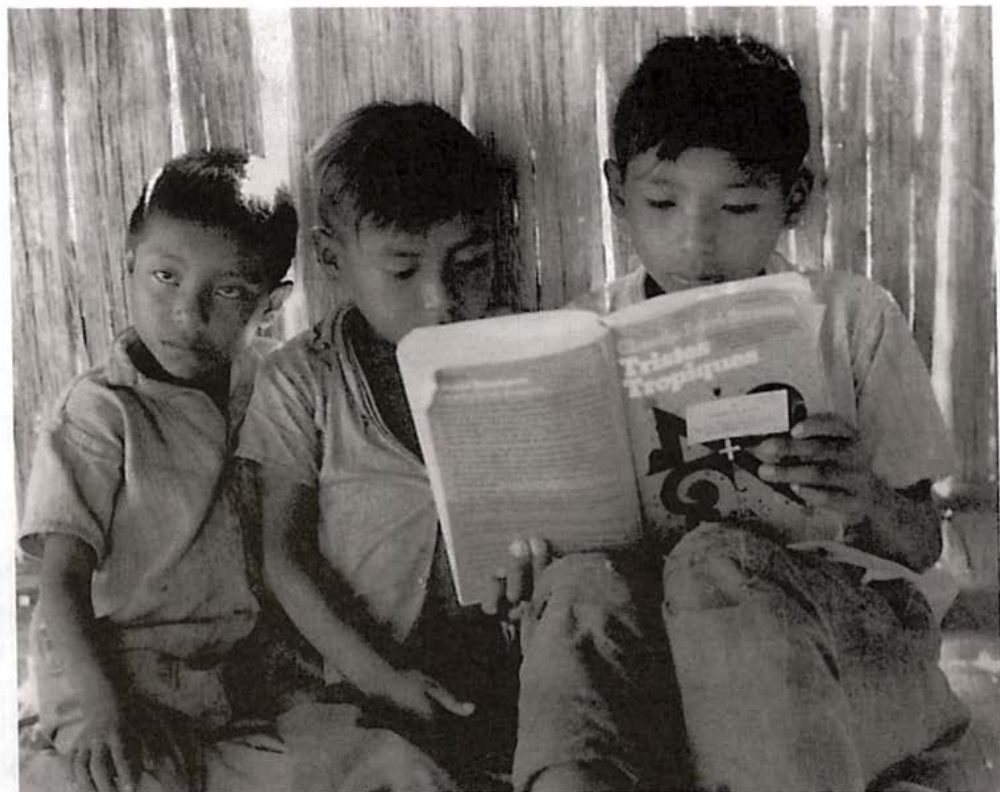
y desindianizante sostenido por intelectuales y académicos, que han formado un estado de ánimo y ofrecen las ideas con las que se piensa el llamado desarrollo de los pueblos amazónicos o andinos. Para los movimientos indígenas, el adversario principal no es Vargas Llosa, obviamente; es el Estado, la clase política que los margina, que no les da el sitio que ellos reclaman con todo derecho. Estos movimientos desarrollan una relación contradictoria con el Estado: de un lado necesitan del Estado, negocian con él; de otro lado, se oponen al Estado pero no pueden desprenderse de él. Son muy finos en sus negociaciones y consiguieron algo fundamental con el gobierno de

fruto del diálogo se formó una mesa de trabajo y hay una propuesta para la Amazonía, algo que nunca había ocurrido en la historia del Perú. La pregunta es: ¿qué hará el señor Toledo? Antes, el Estado reprimía, golpeaba, tiraba las puertas. De esa práctica brotó la metáfora de los «indios invisibles». Aparecen, van a tocar la puerta de los ministerios y nadie los ve. Hoy, con su organización, los grupos indígenas se vuelven visibles. Esa visibilidad se consigue por dos caminos: por la presión interna de los interesados en ser vistos y por la contribución de personas del Estado, del mundo académico, y de algunos excepcionales medios de comunicación.

- ¿Y el debate, ¿en qué puntos se sustenta, cuáles son los puntos a debatir?

- Los debates son numerosos. La realidad presenta tal contradicción que cuando las bases económicas se están transformando rotundamente, de

de sedentarización es muy fuerte. Los nuevos poblados se forman alrededor de una escuela y un campo de fútbol. Con el cemento, los ladrillos y la calamina llega también la pobreza, que en la Amazonía quiere decir no tener carne ni peces para comer y volverse agri-



El debate alrededor de los límites de la educación bilingüe intercultural es hasta qué punto esta educación es también una forma de desarraigar a los indios, aunque los propios amazónicos la reivindiquen como suya. (Foto: David Allison).

modo paralelo en la esfera política se está produciendo la afirmación de una identidad indígena. Está en marcha un proceso de urbanización extraordinario en la Amazonía. El modo de vida y el modo de producción amazónico fueron siempre trashumantes: un pequeño segmento de linaje de 50 u 80 personas vivía temporalmente en un lugar y se iba a otro buscando animales en el monte y más peces en los ríos y quebradas. En los últimos 30 años el proceso

cultores, comer muchos carbohidratos y perder la adecuada nutrición que tenían antes.

Hay un debate alrededor de los límites de la educación bilingüe intercultural: hasta qué punto esta educación es también una forma de desarraigar a los indios, aunque los propios amazónicos la estén defendiendo como su reivindicación propia. Otro debate que me parece central para el futuro del país gira en torno a la noción de

propiedad. Para la legislación peruana los indígenas son dueños de la tierra pero no del subsuelo ni de los aires. Se trata de una tontería. Una legislación coherente, en defensa real de los movimientos indígenas y de las condiciones de vida de los indígenas, debe reconocer el derecho de participación de los pueblos indígenas en la propiedad del subsuelo y de los aires. Hablo de una participación en la explotación de los recursos de tres socios: la empresa privada, el Estado y los indígenas. Es fundamental que la propiedad de los recursos sea compartida. El canon minero o petrolero es enteramente insuficiente.

—Un Estado tal como lo hemos tenido, criollo, centralista, básicamente costeño y limeño, tratando de administrar un territorio desconocido y hostil es lo que perduró hasta el gobierno de Fujimori. ¿Con qué fuerza puedes tú cambiar ese tipo de Estado? En esta época de globalización, donde el Estado comienza a perder fuerza, estos movimientos nacionales, de nacionalidades sociales, ¿pueden acabar con el desmembramiento del Perú?

—Eso ha sido y todavía sigue siendo un temor entre muchos militares y diplomáticos. Recuerdo como una anécdota que hace unos diez años atrás, en un seminario, yo defendía estas ideas y un diplomático me dijo: usted está proponiendo la desaparición del Perú. Suponer que el Estado peruano se desintegre, se desmorone, y que aparezcan nuevos y pequeños Estados es la confesión de una gran ignorancia. Los pueblos amazónicos tienen 350 mil personas con 42 lenguas y etnias. Ninguno de ellos está en condiciones de reclamar y menos de ser un Estado independiente. Los indígenas sostienen explícitamente «somos peruanos, defendemos nuestra condición de peruanos, hemos estado en la guerra del Cenepa, hemos estado en primera línea. No nos digan a nosotros que no somos peruanos y que no defendemos al país. Nosotros, además de eso, queremos se-

guir siendo aguarunas, asháninkas, huambisas».

Se requiere de una transformación profunda de la clase política y de las estructuras del Estado. La clase política tiene que aceptar, aunque le duela y le salga luces de la tripas, que el Perú no es Lima, que se acabó esa vieja forma de considerar que el Perú era solamente Lima. Las voces interiores tienen que ser oídas, recogidas. Que cada pueblo indígena conquiste el espacio que le corresponde. Los amazónicos lo están logrando. También en el mundo académico hay una transformación.

—Me decías que había los verdaderos y los falsos peruanos. Me arriesgo a decir que la peruanidad está en todas las sangres. ¿Qué piensas tú de esta frase de Arguedas? Hoy que va desde criollo, mestizo, cholo, indígena, gringo, afroperuano, nisei. En ese mosaico, ¿dónde entra lo indígena con una voz fuerte, importante entre todas?

—«Todas las sangres» es una metáfora en la que Arguedas trató de sintetizar la imagen que tenía del Perú como una gran diversidad, como una gran riqueza y como un gran conjunto de patrias. En el lenguaje literario de Arguedas, patria quiere decir pueblo, lengua, cultura, y que en este país los hombres podemos vivir muchas patrias siempre y cuando no estemos «engrillatados». Todas las sangres es el reconocimiento de que tenemos derecho a ser peruanos, de que no hay exclusión para nadie. Todos nacimos en este lugar y todos tenemos derecho a ser peruanos. Se trata de una tesis viejísima. Ese es el contenido de la metáfora. La congresista Anel Townsend dice que el actual gabinete ministerial es de todas las sangres. Lo que está pasando en el Perú es un proceso dramático de devaluar las palabras, devaluar las metáforas, quitarles el contenido que tienen para que al final no sirvan para nada. La metáfora preciosa de Arguedas ahora está, en mi opinión, a punto de ser devaluada. Todas las

sangres quiere decir pueblos indígenas, pueblos distintos, riqueza del país para que todos tengan su sitio, su poder. Gobernar quiere decir ejercer el poder. Un gobierno de todas las sangres significaría que los pueblos diferentes que hay en el país tengan una

donde todo lo cultural, la música, la mitificación del cholo, del indio terco, son elementos fantásticos para ganar las elecciones. Obtenida la victoria, nada de lo anterior cuenta y simplemente se vuelve a las fórmulas clásicas de la economía liberal, porque no ha



*«La enseñanza bilingüe comenzó en 1946 con una propuesta de los evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano para traducir el **Nuevo Testamento** y decirles a los llamados indios que hay un nuevo modo de vida civilizado y moderno que deben adoptar» (Foto: Archivo Quehacer).*

cuota de poder. Sustener que el actual gabinete es de todas las sangres significa no haber entendido nada de la metáfora arguediana e ignorar la cuestión del poder. Lo que abunda es el uso de lo étnico, de todos los símbolos, para obtener una victoria electoral y una inconsecuencia monumental para olvidarlos después de la victoria.

Hay una especie de esquizofrenia,

cambiado nada. En 90 días de gobierno no hay una sola medida de transformación profunda de la sociedad. Creo que Toledo es un prisionero. Para decirlo de otra forma, Paniagua le ha construido una cárcel extraordinaria y no sabe cómo salir de ella.

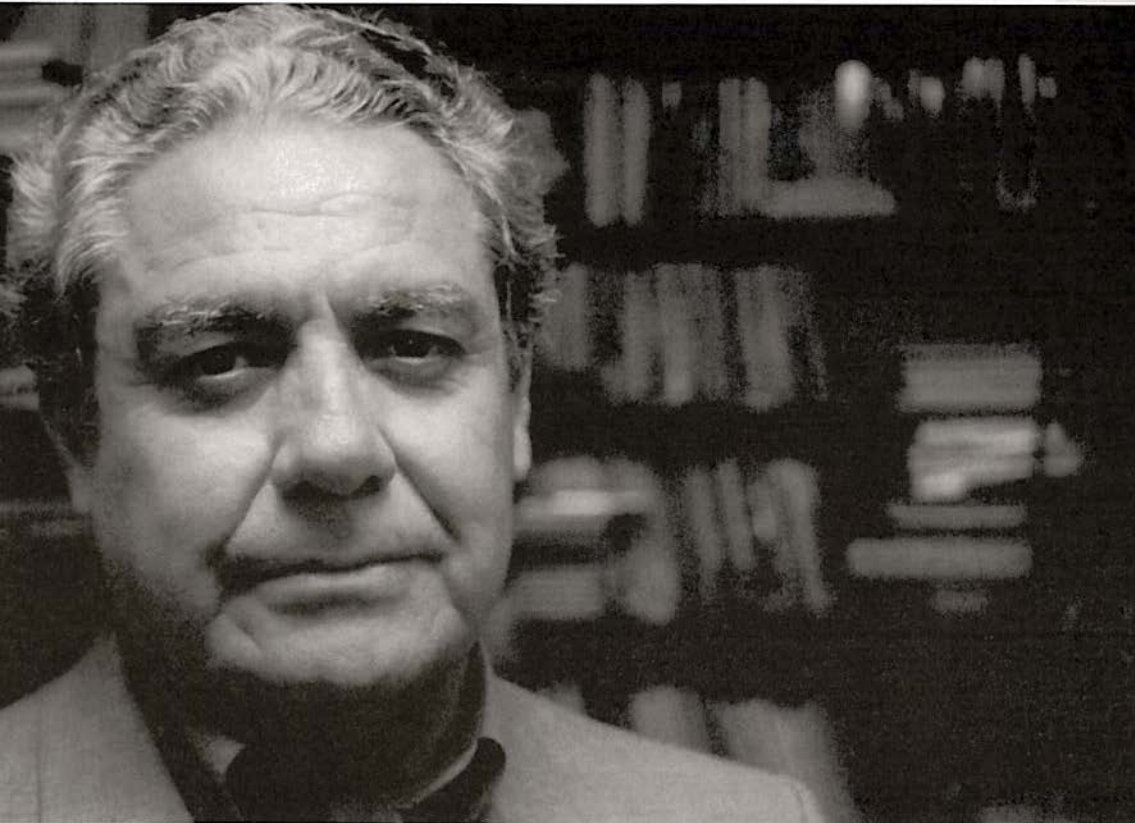
—¿En qué sentido?

—Sabido Paniagua que tenía ocho meses reunió un equipo de gente capaz

y juntos tomaron medidas importantes para un gobierno de transición con nuevos horizontes. Hasta hoy, Toledo no ha abierto ninguno.

—¿Cuál sería la diferencia entre Paniagua y Toledo? Uno es cusqueño y el otro ancashino; pero uno no hace

nario del banco no tiene nada que hacer con el Toledo lustrabotas, y el Toledo cantor de huaynos no tiene nada que hacer a la hora de tomar decisiones que sólo favorecen al sistema capitalista. Toledo es las dos cosas, y lo que no tiene es un mínimo de coherencia.



«Los intelectuales indígenas están elaborando una propuesta distinta sobre su espiritualidad. Agradecer a la madre tierra porque nos da de comer» (Foto: Wilyam Estelo).

mención de ello y el otro vive mencionándolo siempre.

—Para ganar las elecciones Toledo ha tenido la astucia de recurrir a sus rasgos biológicos, a su condición de cholo y de «indio terco». Toledo es una mezcla de funcionario internacional de un banco con un cholo nacido en un pueblo de los Andes peruanos. Ha combinado las dos cosas y se sirve de una u otra parte de su ser en cada uno de los mundos en los que vive, sin que esos mundos se mezclen. El Toledo funcio-

—¿Cuál sería la diferencia hoy entre el mundo andino y el mundo amazónico?

—En el caso andino, los problemas son múltiples por muchas razones. Voy a intentar ofrecer un panorama rápido. Primero, el mundo quechua es complejo, diverso, incomparable con los pequeños grupos amazónicos. La lengua quechua se habla en siete países, tiene 18 variaciones dialectales —8 de las cuales están en el Perú—, abarca un espacio geográfico de más de 4 mil

kilómetros. Los quechuas de los extremos no se entienden entre sí porque las variaciones dialectales son suficientemente grandes, además de las distancias. Entre los quichuas del Ecuador y los quechuas del norte argentino no queda vínculo alguno luego de la destrucción del Estado Inca. Segundo, la lengua quechua es hablada por pueblos distintos con rivalidades étnicas que se expresan también en términos míticos. Chankas contra cusqueños, Kollas contra cusqueños, Kolla Ri contra Inka Ri, por ejemplo. Tercero, el Perú fue la capital del virreinato y, como tal, el peso de la opresión fue muchísimo más grande aquí que en los extremos. Ese peso fue tan fuerte que no permitió que surgiese un sentimiento de independencia, de autonomía. Lima se fundó como capital del virreinato y como capital del Perú, en contra de todas las provincias. Criollos contra indios. Esta rivalidad es, pues, histórica, profunda y más importante de lo que parece. Cuando se camina por las calles de La Paz, de Quito, es fácil observar cuán andinos son esos países y, en contraste, cuán lejos está Lima del resto del país.

-¿Tú dirías, así, que son los criollos los malos de la película?

-Esa es una división anterior. Cuidado con el grave riesgo de creer que el tiempo no pasó y que estamos como en la época de las dos repúblicas. No, las cosas son mucho más complicadas. La naturaleza del conflicto es tan profunda que en los niveles de conciencia que tenemos de la realidad nos guiamos con imágenes que pertenecen a un tiempo ya pasado, y tardamos mucho en asumir los términos más o menos adecuados a la etapa que estamos viviendo. Seguimos influidos por esta herencia colonial de reducir todo a: Lima es el Perú, Lima no es el Perú. Sin matices. Este espíritu persiste aún entre mucha gente que no se adecúa a los tiempos.

Volviendo a las complejidad del mundo quechua, es preciso señalar que en Quito el movimiento indígena es

amazónico y andino, y que los andinos tienen ahora la dirección del movimiento. Ha habido otro elemento importante: la izquierda marxista leninista en el Perú fue muy fuerte y en el Ecuador muy débil. Uno de mis amigos indígenas del Ecuador me decía: «aquí felizmente no tuvimos esos izquierdistas tan radicales y ciegos que ustedes tuvieron». Se refiere a una izquierda que no quiso mirar ni entender el componente indígena y que se limitaba a ver en la realidad una simple confrontación entre explotados y explotadores.

-Una defensa de lo específico, de la territorialidad, de lo étnico, ¿podría derivar en algún tipo de peligro como los talibanes, por ejemplo, que es una especie de especificidad dentro del mundo islámico?

-Felizmente no, porque estos movimientos indígenas no tienen un componente religioso, no están hablando en nombre de Dios, no se están armando para defender la palabra de ningún Dios. Al contrario, es el movimiento anti-indígena el que está armado del factor Dios. Militares, diplomáticos, empresarios y el 99 por ciento de la clase política son católicos, apostólicos, romanos, limeños, arequipeños y etc. etc. Algunos de ellos y ellas dicen que ven y hablan con sus vírgenes favoritas. En momentos de grave tensión, recurren a una urgente ayudita del Señor de los Milagros con una procesión extra, fuera del calendario habitual, y a la vieja opción totalitaria y colonial: con Dios o con el diablo. Los intelectuales indígenas están elaborando una propuesta distinta sobre su espiritualidad. Se trata de su relación con la naturaleza pensada en términos sencillos y prácticos. Agradecen a la madre tierra porque nos da de comer. Es indiscutible que sin la tierra no comeríamos y no existiríamos. Por el contrario, es enteramente discutible que comamos gracias a la bondad de uno de los tantos dioses, de un santo o de una santa. ■



Originario del pueblo Asháninka-nomatsiguenga, Guillermo Ñaco declara que hay un sentimiento de exclusión hacia los pueblos amazónicos: «nos ven como bichos raros, exóticos». (Foto: Carla Levi).

«Hay una fuerte agresión a los pueblos amazónicos»

ENTREVISTA CON GUILLERMO ÑACO POR MARTÍN PAREDES

Usted participó en la Comisión Especial Multisectorial durante el Gobierno de Transición. ¿Qué balance podría hacer de su participación?

—Actualmente hay un clima favorable, una coyuntura política positiva para los pueblos indígenas amazónicos. Para nosotros, el D.S. 015 que abre el diálogo entre Estado y pueblos indígenas amazónicos, posteriormente la institucionalización de la Mesa de Diálogo y la creación de la Comisión Nacional de Pueblos Andinos y Amazónicos (D.S. 111) son tres instrumentos jurídicos de reconocimiento de los pueblos indígenas, aparte de tres declaraciones suscritas por el presidente Toledo: la Declaración de Machu Picchu, la de Santiago de Chile en la reunión del Grupo de Río, y en la OEA la suscripción de la Carta Democrática.

—¿Cómo toman los pueblos amazónicos este tipo de declaraciones? ¿Tienen expectativas en relación a la creación de estas comisiones?

—Hay una esperanza de poder plantear de una manera abierta y directa nuestras demandas que no han sido atendidas y encontrar puntos comunes entre el Estado y los representantes amazónicos en la solución de los problemas. Después de cinco meses de trabajo intenso logramos producir el Plan de Acción de Asuntos Prioritarios y se identificó ocho temas. Algunos de ellos son: concluir la titulación de los territorios de las comunidades indígenas; las reservas comunales en la amazonía; lograr la pacificación total en la selva central; la educación intercultural bilingüe, toda vez que hay una colonización educativa para los pueblos indígenas. Para ello venimos exigiendo que se ejecute el mandato, pero todo se está haciendo muy lentamente.

—Este Plan de Acción, ¿qué proyecciones le ve? ¿Es posible aplicarlo?

—Este documento es sumamente importante porque se identifica qué hacer en el corto y mediano plazo, y qué entidades tienen que ejecutarlo. El D.S. 072 tiene cuatro mandatos: ejercer una vigilancia concertada aplicada a cada sector, constituir las Mesas de Diálogo Regionales, implementar un Plan Integral de Desarrollo para pueblos amazónicos y constituir una institucionalidad del Estado para la atención de los pueblos indígenas. Pero se tiene que poner en marcha la instauración de este Decreto, que es nuestra gran preocupación.

— En la presentación del Plan de Acción, usted habla de una «situación explosiva» que vive su región.

—En la selva central no solamente habitamos los asháninkas sino también otros pueblos como los machiguengas, yaneshas y también hay migración andina y costeña, pero en poca cantidad. Aún vive el rezago del terrorismo en la zona del río Ene y de Pangoa. Ese es uno de los elementos perturbadores de la tranquilidad de la región. Luego de la violencia hay una ola de despojo de territorio de parte de migrantes, que buscan tener un espacio o traficar con las tierras; ese es otro problema grande que están padeciendo los asháninkas. También el tema de la deforestación causada por la tala indiscriminada del bosque por parte de los colonos, con la práctica de la agricultura de monocultivo y los grandes madereros. Hay un clima de tensión, hay un constante enfrentamiento de los asháninkas con los colonos por preservar su territorio, su tranquilidad y todo ello debido a la dilación del sector agricultura que no atiende la titulación de los territorios de las comunidades, que no tienen documentos legales que las amparen a pesar de que cuentan con reconocimiento oficial.

-¿Qué les permitiría obtener sus títulos de propiedad?

-Para las comunidades el título de propiedad entregado y registrado garantiza plenamente el derecho a defenderlo con todo el marco de la ley. Si no lo tienen, es lo mismo que una persona que no tenga partida de nacimiento; no cuenta con todos los documentos para acceder a sus derechos. La propiedad de la tierra es un documento de defensa de los territorios frente a la intención de despojo por parte de terceros.

-Nosotros, desde la costa, hemos visto a los pueblos de la selva como muy lejanos, casi no los conocemos. ¿Ustedes, cómo ven al resto del país? ¿Se sienten marginados, excluidos?

-Hay un sentimiento de que, por ejemplo, la migración andina a la selva es una agresión más de la cultura originaria. En otras palabras, continúa la colonización interna en el país. Eso lleva consigo normas que se dictan desde Lima, la implementación de una política económica que sigue saqueando los recursos sin respetar la naturaleza ni las culturas originarias, todo ello coludido con la política y la legislación. Según nuestro balance histórico, han pasado 380 años desde que llegó la primera misión a evangelizar a los salvajes en la selva; en 180 años de vida republicana, recién hace veinticinco años que el Estado nos reconoce el acceso a la tierra, cuando por milenios nosotros somos una civilización originaria del bosque amazónico. Si bien es cierto, nuestros antepasados reaccionaron bélicamente para protegerse de la vulneración de sus derechos, encontramos un canal para ser escuchados por la sociedad vía las organizaciones, y uno de los aportes más significativos para canalizar las demandas integrales es la reivindicación territorial. Un pueblo sin territorio es un pueblo mendigo. Somos herederos de esas tierras, somos parte de la diversidad biológica y de la multiculturalidad del país.

-¿Y cómo ven al Estado? ¿Como algo agresivo?

-Creo que el Estado está coludido

con algunos intereses económicos, políticos y de grupo que no piensan tener un Estado con participación de las diferentes culturas, con diferentes opiniones, propuestas, pero unidas en una sola nación. En otros países sí se respetan las culturas originarias. Acá hay un sentimiento de exclusión, una fuerte agresión a los pueblos amazónicos.

-¿Usted se ha sentido alguna vez agredido?

-Cuando hemos venido a Lima a reclamar nos han mirado como bichos raros, exóticos, cuando por el contrario somos parte de la riqueza cultural de nuestro país.

-¿En qué condiciones ha quedado la zona de la selva central con la invasión de Sendero y el narcotráfico?

-Conviven narcotráfico y accionar subversivo en la zona de la boca del Mantaro. Sendero se encuentra en las zonas alejadas, en las alturas agrestes de los cerros. La mayoría de los campesinos de Apurímac y del valle del río Ene han vuelto a producir para el narcotráfico debido a una situación gravísima de subsistencia. Hay un cambio de estrategia de Sendero, que ahora se presenta pacífico, reconoce errores, con la idea de ganar adeptos; pero las comunidades asháninkas no creen en eso, porque han perdido más de seis mil vidas en una década. No aceptan su presencia en las comunidades. De igual manera, las comunidades asháninkas, Pangoa y Satipo le están pidiendo al Estado la anulación de los contratos forestales de las empresas madereras, porque están siendo víctimas del mal negocio de la venta de madera. Uno de los empresarios es Jaime Velásquez, congresista de Perú Posible.

-¿Cómo se forman las organizaciones amazónicas?

-Son parte de una resistencia que iniciamos durante el gobierno de Velasco, 30 años atrás, buscando el derecho de tener acceso a la tierra. En esa época no había conciencia de la amplitud del territorio. Hubo un clima favorable, pero los dirigentes no estuvieron capacitados, no se previó que hoy las comunida-

des nativas se podrían encontrar como pequeñas islas. En los años 80 se forma la AIDSESEP, que es nuestra organización matriz a nivel nacional. Hoy en la amazonía estamos organizados por pueblos, son 56 federaciones descentralizadas en seis regiones; tenemos una organización denominada Coordinadora de las Orga-

nizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica, con sede en Quito. Los indígenas de las organizaciones de los países que habitamos bosques tropicales como Ecuador, Colombia, Bolivia, Brasil, Venezuela, Surinam, Guyana Francesa, nos hemos organizado y la idea es consolidar esta estructura para interactuar, re-



En la selva central aún conviven narcotráfico y subversión. Las comunidades Asháninkas perdieron más de seis mil vidas durante la década pasada. En la foto, guardia Yanessa, Valle Palcazú, selva central. (Foto: Ernesto Jiménez).

lacionarse con el Estado fluidamente en cada nivel: comunal, federativo, nacional y regional.

-Y a nivel nacional, ¿cuáles son sus reivindicaciones?

-Hay cuatro ejes fundamentales. Uno, saneamiento territorial, territorio estable y jurídicamente garantizado; inclusive no compartimos el concepto de tierra sino de territorio, estamos hablando de territorialidad. Queremos alcanzar la libre determinación dentro del mismo Estado; así como sucede en otros países, queremos participar del quehacer del Estado, a largo plazo. Segundo, fortalecimiento de la estructura de las organizaciones indígenas, preparadas para negociar con el Estado. Tercero, desarrollo económico. Tenemos un planteamiento diferente, con una economía con identidad. Hay muchos elementos que el Estado no supo valorar y que pueden llevar a elevar el nivel de vida de los pueblos indígenas, desde la pesca, recolección, diversidad de medicinas. Cuarto, la educación intercultural bilingüe. Cada vez hay una mayor alienación cultural; estamos planteando al Estado la creación de una universidad propia de los indígenas amazónicos, con una currícula diferente basada en su identidad cultural. También queremos revalorar la medicina y los alimentos nativos, porque estamos yendo a una dependencia alimenticia y hay un proceso de escasez de fauna y flora, y se tiene que reconstruir ecológicamente la zona depredada. Inclusive estamos planteando al Estado que por las reservas comunales, que gracias a la resistencia indígena hemos conservado, podamos canjear con los países del norte la oxigenación que produce esa vegetación a cambio de desarrollo integral de la amazonía. No estamos de acuerdo en que se canjee la deuda externa, porque nosotros no hemos adeudado a los gringos.

-¿Qué entienden ustedes por desarrollo integral de la amazonía?

-Estamos hablando de entorno ecológico sano, sin depredación; de actividades económicas orientadas al mercado pero sin el concepto de depreda-

ción, con un manejo apropiado de la naturaleza.

-¿Y ustedes creen que eso es posible?

-Con la participación plena de la población es posible. Lo que hemos visto es que todo diseño de proyectos se hace desde la oficina de tres intelectuales que, sin convivir, sin participar, nos presentan un producto que nos está llevando a un declive: se está diezmando la naturaleza, hay un cambio climático muy grande en la selva. El riesgo es que muchas culturas originarias se han extinguido. Aunque físicamente no pueden extinguirse, la alienación cultural puede hacer desaparecer a un pueblo entero.

-¿Cómo se manifiesta esa alienación cultural?

-De muchas formas. En la pérdida del idioma, las creencias, los mitos, las leyendas, la religión, la espiritualidad, la cosmovisión. La educación tiene que revalorar esos principios porque si se va a imponer sobre estas culturas no estamos hablando de un país multicultural.

-¿Qué espera de este gobierno?

-Que haga efectiva la aplicación del mandato de los decretos supremos promulgados hasta la fecha, que implemente las declaraciones para que no queden en eso solamente. Que dentro del proceso de democratización del país participen abiertamente los pueblos indígenas. En cuanto a la reforma constitucional, deben incluirse algunos conceptos fundamentales para nosotros como la libre determinación de los pueblos, territorio y territorialidad, para lograr en este proceso la reconstrucción que hoy se vive en los pueblos amazónicos. Vamos a trabajar incansablemente dentro de una metodología de apertura, de diálogo y de propuesta con el gobierno porque los amazónicos hemos apostado por el doctor Alejandro Toledo. Con ese compromiso vamos a continuar, buscando este espacio para construir algo común que no solamente estamos pidiendo para nosotros sino para las generaciones venideras.

-¿Y qué le parece el discurso indigenista de Eliane Karp?



Los pueblos amazónicos esperan de este gobierno que se apliquen los mandatos de la legislación promulgada a la fecha, y que en el proceso de democratización del país participen activamente los grupos amazónicos. (Foto: Carla Leví).

-Vemos un poco de riesgo cuando no hay un equilibrio: puede ser que se andinice la cosa y se deje de lado a otra cultura, por la supremacía andina. Y eso es un error, porque la amazonía representa la tercera parte del país.

-¿No complica las cosas que mezclen en la misma comisión a andinos y amazónicos?

-Nosotros no tenemos problemas en ese sentido, es un concepto bastante avanzado y que solamente tenemos que acondicionarlo y aplicarlo. Hay un espacio llamado Conferencia Permanente de los Pueblos Indígenas del Perú, donde están los andinos, amazónicos y afroperuanos. En los andinos se requiere de un proceso largo de consolidación de su propia estructura representativa, que está muy resquebrajada. Esa es una limitación de los pueblos andinos. Ellos mismos tienen que solucionar sus mecanismos de representación.

-¿Se sabe exactamente cuántos indígenas amazónicos hay en el país?

-Exactamente no, pero existe más de

un millón de indígenas amazónicos aproximadamente. Hay muchos que no quieren ser indígenas; por efecto de la alienación cultural, no quieren reconocerse como indígenas. Algunos se denominan ribereños, otros campesinos. Pero nosotros consideramos que es un tránsito del concepto indígena, porque los amazónicos hemos adoptado hace veinte años ese concepto de indígena.

-¿Esos pueblos tienen contacto con medios de comunicación, por ejemplo?

-Es relativo. Se ha identificado catorce grupos étnicos que no están contactados con la sociedad, los no-contactados. Y en el Plan de Acción se describe en uno de los temas cómo garantizar el territorio de ellos para que no sean perturbados. Hemos planteado al Estado que hay que preparar las condiciones para que en algún momento tengan contacto, pero civilizado, no forzado, que esperamos que con el gobierno de Toledo podamos lograr. Son seres humanos, simplemente son de otra cultura que no hemos entendido, así, por propia ignorancia del país. ■



Pueblos indígenas, medio ambiente y desarrollo

ISMAEL VEGA DÍAZ Y CARLOS MORA BERNASCONI*

LAS IDENTIDADES ÉTNICAS EN LA GLOBALIZACIÓN: CUANDO SE INTENTA HOMOGENEIZAR SURGEN LAS DIFERENCIAS

No cabe duda que estamos asistiendo a una época intensamente marcada por la emergencia de identidades locales o étnicas, se trata de una constatación sobre la cual existe cada vez un mayor consenso. Hoy cobra mayor vigencia el famoso concepto de *boundaries* (fronteras socioculturales) de Frederick Barth (1969). Cuando los científicos sociales creían que las identidades eran más evidentes y «puras» en situaciones de aislamiento y de menor contacto con los «otros», él planteó que las distinciones étnicas no se derivan de las características intrínsecas de los grupos sociales, sino más bien de la existencia de fronteras socioculturales entre diferentes grupos.

La visibilidad de distinciones étnicas se manifiesta precisamente en esta frontera, en la cual los llamados «marcadores simbólicos» subrayan las diferencias culturales entre grupos. Si hay algo que caracteriza a la globalización es precisamente el incremento de los contactos y de las relaciones entre diferentes colectividades. Luego de la inviabilidad de la homogeneización cultural, el marco de la globalización es la creación de espacios y tiempos propicios para la diferenciación.

En tiempos de globalización, la etnicidad también puede servir como «estrategia» para acceder a recursos y beneficios sociales. La identidad étnica, se constituye en un proceso movilizador, como algo organizado, con metas, liderazgo y agenda política. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los recursos de que se hace uso provienen de las

profundas raíces de una cultura y de tradiciones ancestrales que son reproducidas dentro de la colectividad (cf. Smith, 1986, 1991).

Por otra parte, la identidad étnica siempre se vincula a ciertos cambios sociales como la profundización de la estratificación social, los cambios políticos en los Estados nacionales, las migraciones, etc. Estos procesos impactan en las condiciones de sobrevivencia y en la identidad de los grupos.

En este contexto, la identidad étnica aparece como un recurso para enfrentar estos impactos, especialmente cuando instituciones como el Estado, el mercado, la educación pública, etc. son muy precarias. Diversos países en Latinoamérica (Ecuador, Bolivia, etc.) han vivido procesos sociopolíticos en los que la identidad étnica surge en contextos políticos marcados por fuertes niveles de protesta social (Fox, R. y Starn, O. 1997; Degregori, C. 1993).

Desde esta perspectiva, las identidades étnicas son el resultado de contextos sociales, de relaciones sociales que definen a un grupo en relación con otros, y sus manifestaciones se dan a través de modelos sociales y políticos que pueden convertirse en un estigma o en motivo de prestigio.

Entonces, la globalización puede representar un terreno propicio para que los pueblos indígenas reivindiquen sus identidades como una estrategia que expresa la conciencia de un origen y una historia común, cuya línea demarcatoria no debe reducirse a la conservación o pérdida de ciertos rasgos culturales, o analizarse a partir de la incorporación de elementos de otras culturas, sino que debe incorporar la recreación de una adscripción particular distintiva que se remite a la tradición cultural, pero que simultáneamente se transforma con la historia vivida.

* Antropólogos amazónicos. Trabajan en el Programa Frontera Selva dirigido por CARE-PERU.

EL TIEMPO NO TRANSCURRE EN VANO: NUEVOS ESCENARIOS, NUEVOS ACTORES, NUEVAS RELACIONES

El contexto en el que actualmente interactúan el Estado, los pueblos indígenas, las empresas y los diversos sectores de la sociedad nacional ya no es el mismo de hace diez o quince años atrás, pero tampoco los actores siguen siendo los mismos; lo que tenemos ahora es un complejo escenario en el que estos actores establecen alianzas o se oponen de múltiples e inéditas formas.

En las dos últimas décadas, los pueblos indígenas de la Amazonía han protagonizado novedosos procesos socio-políticos en busca del reconocimiento de sus derechos y de una mayor presencia en la toma de decisiones que los afectan. Los alcances de estos procesos trascienden largamente los derechos y los espacios que tradicionalmente caracterizaron a las luchas de los pueblos indígenas (Vega, I. 1999)

La aparición de organizaciones indígenas de alcance nacional como AIDSESP y CONAP en los ochenta, y el surgimiento de aproximadamente 60 federaciones regionales que cuentan con unas 1,215 comunidades afiliadas (OIT: 1997) sólo fue el inicio de un proceso cuya expresión más avanzada en términos de presencia pública es la participación de líderes indígenas en los procesos electorales (elecciones de alcaldes y congresistas) y el acceso a la gestión de los gobiernos municipales, lo que hasta hace poco estaba vedado para ellos. Estos cambios obligan a los líderes indígenas a dejar de tomar como ámbito de referencia exclusivamente a sus comunidades, para considerar el espacio regional e incluso nacional como los niveles en los que deben plantear sus propuestas de desarrollo.

En los últimos años también ha sido trascendente la participación de los indígenas en el debate relativo al desarrollo de actividades económicas que implican la explotación de recursos naturales en

territorios indígenas (petróleo, madera, oro, etc.). Las organizaciones indígenas han visto la necesidad de negociar dentro de un complejo marco político y jurídico, y sin el adecuado respaldo del Estado, condiciones que garantizaran el debido proceso de consulta y el respeto a sus derechos territoriales y culturales, además de su participación en los beneficios económicos derivados del desarrollo de estas actividades.

Asimismo, sus propuestas para la elaboración de una nueva Ley Indígena han puesto de manifiesto el interés de los pueblos indígenas por lograr una participación plena en la vida política del país. Miles de indígenas de nuestra Amazonía se han movilizado y han debatido intensamente para elaborar su propia propuesta de ley y hacerla llegar al Congreso de la República. Este proceso lamentablemente se vio interrumpido debido a los acontecimientos políticos del año pasado.

En el ámbito internacional, en los últimos años se comienza a discutir y elaborar con participación de las propias organizaciones indígenas el Convenio 169 de la OIT sobre Pueblos Indígenas, ratificado por nuestro país en 1994, por el cual las demandas de estos pueblos se convierten en derechos internacionalmente reconocidos. Este acontecimiento se da también en un contexto marcado por el surgimiento, en diversos lugares del mundo, de instituciones y grupos que defienden los derechos de los indígenas y que vigilan el cuidado del medio ambiente. Estas instituciones, gracias al avance de las comunicaciones, tienen una gran capacidad de movilización para generar corrientes de opinión a favor de los pueblos indígenas (Santos, F., 1996; Varese, E., 1996). Asimismo, como señalara Varese, debe reconocerse la existencia de un movimiento indígena transnacional con demandas de derechos indígenas más amplios que los exigidos a nivel comunal (económicos, políticos, culturales y ambientales).

Es así que se viene consolidando y ampliando la presencia de los pueblos

indígenas en el espacio político regional, nacional e internacional. Sin embargo, es evidente que se está ante una etapa inicial de un difícil proceso que requiere mayor voluntad y participación de otros actores sociales (partidos políticos, Iglesias, sociedad civil) a fin de garantizar la consolidación de los cambios que la situación actual de los pueblos indígenas requiere.

El panorama actual exige una relectura de los procesos políticos y culturales que viven los pueblos indígenas de la Amazonía. Actualmente, los Estados se han visto obligados no sólo a reconocer la existencia de los pueblos indígenas, sino también a buscar nuevas formas de relación. Sin embargo, aún no se ha estructurado una política de mediano o largo plazo que busque reconocer sus derechos de propiedad y autodeterminación sobre sus territorios y recursos naturales, elementos indispensables para su propio desarrollo.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CIUDADANÍA INDÍGENA: ANTIGUOS PROBLEMAS, NUEVOS DESAFÍOS

La ciudadanía en nuestro país se construye en un contexto de heterogeneidad cultural. Este es un antecedente importante en la medida que no es posible referirse a esta condición sin caer en cuenta de que estamos ante algo que no puede prescindir de existencias culturales alternativas.

La población indígena en el Perú sobrepasa los 8 millones de personas, y los pueblos indígenas amazónicos alcanzan una población estimada en unos 300 mil habitantes (Mora, Zarzar, 1998). Estos últimos se han caracterizado por reivindicar su identidad étnica y su territorio como elementos centrales de lo que los científicos han llamado ciudadanía indígena o étnica (Montoya, R. 1996; Young, I. 1997, Kimlicka 1999).

Cuando hacemos referencia a la ciudadanía de los pueblos indígenas de la

Amazonía debemos considerar no sólo los derechos que comparten con todos los ciudadanos peruanos, sino aquellos derechos especiales o diferenciados que les son propios, como la autonomía, el territorio, la identidad étnica y la educación bilingüe intercultural, entre otros.

Es evidente que la ciudadanía de los pueblos indígenas, como de la gran mayoría de peruanos, es un proceso no sólo inacabado (López, S., 1997) sino atravesado por profundos problemas culturales que aún no somos capaces de resolver. Los avances que se han producido, especialmente por iniciativa de los pueblos indígenas y pocas veces por voluntad política del Estado, son aún incipientes.

El desarrollo de los pueblos indígenas, tiene que partir de la importancia y el significado que para ellos tiene el territorio. Esto va más allá de los recursos que provee la tierra para el desarrollo de sus actividades económicas y su subsistencia. El territorio constituye también el eje de sus propuestas políticas y de la afirmación de su autonomía e identidad cultural.

El actual marco jurídico del país no brinda seguridad y garantías para los pueblos indígenas en cuanto a sus derechos territoriales, pese a que el Convenio 169 de la OIT plantea la necesidad y la obligación de que el Estado desarrolle una legislación especial para ellos. Como sabemos, la Constitución Política actual plantea un sistema de propiedad de la tierra que no reconoce las particularidades de la cuestión territorial indígena, generando una situación de inseguridad que los pone incluso en riesgo de perder sus tierras, al haberse anulado las garantías que los protegían.

Otro de los antiguos problemas relacionados con sus territorios, que cobra en estos tiempos singular vigencia, es la extracción irracional de recursos forestales—principalmente a cargo de madereros y colonos—, exponiendo dichos recursos a la deforestación y poniendo en grave riesgo su disponibilidad para las futuras generaciones indígenas. En muchos lugares de la Amazonía, pero particular-

mente en territorios de los pueblos indígenas, los madereros acceden libremente a la explotación de la madera, en muchos casos por la nula presencia del Estado o debido a que los indígenas por las condiciones de extrema pobreza se ven forzados a ofrecer sus territorios para la extracción en condiciones totalmente desfavorables para ellos (Barrantes, R.; Trivelí, C. 1996). El Estado no ha sido

capaz de cumplir el rol regulador que le corresponde. Esta debilidad institucional le impide crear los mecanismos para lograr una actividad racional y que además otorgue facilidades a los pueblos indígenas para beneficiarse de la misma.

Recientemente, el gobierno del Presidente Toledo acaba de anunciar un Decreto Supremo sobre extracción forestal en tierras comunales que abre nuevas



La globalización puede representar un terreno propicio para que los pueblos indígenas reivindicuen sus identidades.

expectativas para los pueblos indígenas. Sin embargo, creemos que ningún decreto, por más nobles propósitos que tenga, será suficiente para solucionar el problema forestal, si no se diseña una estrategia integral que garantice el cumplimiento de la ley y el respeto de los derechos de los pueblos indígenas.

Las condiciones socioeconómicas de pobreza en la selva rural bordean el 60%, y el 41% de la población vive en situación de extrema pobreza (INEL, 1995). Ello afecta también a los pueblos indígenas, manifestándose especialmente en el aspecto educativo donde el nivel de analfabetismo sobrepasa el 33% y en el caso de las mujeres dicho porcentaje se incrementa al 44%. Sólo el 16% de la población indígena amazónica tiene algún grado de educación secundaria y apenas el 2.5% alcanza el nivel superior. De hecho, las mujeres indígenas se encuentran en un nivel de mayor desventaja, ya que sólo el 10% de ellas alcanza el nivel secundario.

BUSCANDO CLAVES PARA EL DESARROLLO INDÍGENA: CONCILIAR LA HERENCIA CULTURAL CON LOS NUEVOS MODELOS DE DESARROLLO

Un punto de partida fundamental para el desarrollo de la Amazonía, y por lo tanto de los pueblos indígenas, está relacionado con la capacidad para percibir a la sociedad amazónica en su conjunto. Esto implica la necesidad de establecer alianzas que incluyan a los diversos sectores sociales y productivos de la Amazonía. Si no existe capacidad para reconocerlos e incorporarlos, arrastraremos la injusta visión de los que siempre excluyeron a los indígenas por considerarlos un obstáculo para el desarrollo.

El desarrollo de los pueblos indígenas debe estar centrado en su relación armónica con el medio ambiente y debe plantearse con un gran sentido de responsabilidad hacia sus futuras generaciones.

En este sentido, no se puede concebir el desarrollo de los pueblos indígenas sin su activa y directa participación. Ellos no quieren que otros piensen su desarrollo, sino que se los acompañe en la búsqueda del mismo, respetando su cultura.

Invertir, dentro de un marco de descentralización del poder y los recursos es fundamental para el desarrollo de los pueblos indígenas, siendo prioritario el manejo racional y responsable de los recursos naturales, el respeto por la integridad de los territorios indígenas y la revalorización de sus conocimientos y tecnologías como una opción para el desarrollo sostenible de la región amazónica.

Desde el punto de vista jurídico, se deberá asumir con especial énfasis la necesidad de crear un marco legal y mecanismos administrativos adecuados y equitativos para garantizar el derecho pleno de los pueblos indígenas a la propiedad de la tierra, el uso sostenible y racional de los recursos naturales y el respeto a sus culturas. Todo esto favorecería las oportunidades de desarrollo económico para los pueblos indígenas, respetando su derecho a ejercer la autonomía en el uso de sus tierras.

Como se puede apreciar, estamos ante un reto difícil que implica revertir siglos de exclusión y postergación de los pueblos indígenas de la Amazonía, lo que exige mucho más que voluntad política, discursos y normas. Exige un cambio sustancial en los métodos para combatir la pobreza e impulsar el desarrollo. Se debe desplazar el énfasis puesto en la infraestructura y dirigirlo a la inversión en el desarrollo humano sostenible.

Los pueblos indígenas de la Amazonía y sus organizaciones luchan por el reconocimiento y el ejercicio de sus derechos y su ciudadanía. Ahora que cuentan con una visión más amplia no están dispuestos a «cien años más de soledad». El Estado y la sociedad nacional están obligados a asumir su responsabilidad para que conjuntamente se den pasos concretos que hagan posible pasar de los reconocimientos formales a las realizaciones. ■



«El ambiente que se creó durante el gobierno de transición, creo que se ha perdido con este nuevo gobierno», afirma Margarita Benavides.

Esta mesa nadie la instala

ENTREVISTA CON MARGARITA BENAVIDES'

El Gobierno de Transición de Valentín Paniagua creó la Comisión Especial Multisectorial para las comunidades nativas. Por primera vez, organizaciones amazónicas fueron tomadas en cuenta por un gobierno. El 22 de junio se decidió constituir la Mesa de Diálogo Permanente, pero al parecer la dinámica con el actual gobierno se ha disipado. El 5 de octubre el presidente Alejandro Toledo creó la Comisión Nacional de los Pueblos Andinos y Amazónicos, dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros (PCM). El Decreto Supremo que crea esta Comisión Nacional indica que tendrá por finalidad «promover, coordinar, ejecutar, supervisar y evaluar políticas, programas y proyectos» que conciernen a dichas poblaciones. La Secretaría Técnica de Asuntos Indígenas (SETAI) actuará como Secretaría de la Comisión. Y sobre la Mesa de Diálogo Permanente se señala que «mantendrá permanente coordinación» con la Comisión Nacional. Quisimos tener una declaración del gobierno y pedimos una entrevista con la ministra Doris Sánchez, del Promudeh, pero nos respondieron que ya no tenía jurisdicción en el tema. Solicitamos una entrevista con Virgilio Roel, director del SETAI, sobre el objetivo de la Comisión, y se excusó argumentando que ya no dependía del Promudeh sino de la PCM, que no tenían aún una opinión institucional y que para que él declare pidiéramos permiso en la PCM.



Cuál fue su participación en la Comisión Especial Multisectorial para Comunidades Nativas?

—Fui invitada por el Consejo Indígena Nacional (CINA), que era un grupo de trabajo que formó AIDSESEP (Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana), para apoyarlo en todo este proceso de interlocución con la Comisión Multisectorial para Comunidades Nativas. Cuando se instaló la Mesa de Diálogo, en la primera reunión a la que asistieron representantes de ONGs, dirigentes indígenas y del gobierno, se formaron tres grupos de trabajo, uno de ellos fue el de territorio y me nombraron coordinadora técnica. La función consistía en asumir el liderazgo de ese grupo, coordinar las reuniones de discusión, armar las agendas y elaborar las actas finales. Este grupo de trabajo se dividió en varios sub grupos; el fenómeno fue muy interesante, porque cuando aparecían te-

mas más específicos se creaban pequeños sub grupos que trataban esos temas. El proceso era muy flexible y a la vez participativo. Fue una buena metodología, porque en tres meses se hizo mucho trabajo, no sólo se armó el documento sino que a la vez se iba concertando cosas con el gobierno, como fue la Reserva Comunal de El Sira.

—¿Cómo se origina la Comisión?, ¿a raíz de qué?

—Esa fue una iniciativa de la regional de AIDSESEP en la selva central. Vino una delegación de ese lugar a principios de este año, y comenzó a tener reuniones con diferentes sectores, diferentes ministerios y consiguieron una reunión con Valentín Paniagua, presidente del Gobierno de Transición. Paniagua los acogió muy bien, incluso dio un discurso que para un presidente del Perú era un discurso muy abierto y comprensivo hacia la problemática indígena. Ahí Paniagua se comprometió a crear esta Comisión Multisectorial; él había creado otras comisiones de concertación sobre otros temas; a par-

* Miembro del Instituto del Bien Común.

tir de eso se creó la Mesa de Diálogo. Ahí influyeron varias cosas importantes. Una: el ambiente que se creó durante el gobierno de transición, que creo se ha perdido con este nuevo gobierno; un ambiente de apertura, las personas se sentían comprometidas y responsables de lo que podía pasar. Como que nos habían dicho: trabajen que nosotros vamos a recoger lo que ustedes están diciendo, que nosotros vamos a impulsar la concertación, que gente del gobierno asista a estas reuniones. Jaime Urrutia, que en ese entonces estaba en la SETAI, jugó un importante papel para mover las cosas; en general, las dirigencias indígenas fueron los impulsores, así como muchos miembros de ONGs. Lo interesante de este proceso es que había una gran voluntad de trabajo y diferencias latentes entre ONGs, entre organizaciones indígenas, que estaban presentes, pero que se lograron canalizar adecuadamente. Pronto se encontraron elementos en común, y comenzó a darse más importancia a esos elementos en común que a las diferencias. Y al final había muchísimas perspectivas de hacia dónde deben ir las cosas en relación a pueblos indígenas amazónicos.

-¿Qué temas, qué problemas se tocaron durante la Comisión?

-En la Comisión de Territorio, se llamaba Grupo de Trabajo sobre Territorio, Situación de Emergencia en la Selva Central y Pueblos en Aislamiento Voluntario. Eran esos tres temas y se crearon tres sub comisiones, una específica para cada tema. El documento que salió es bien claro sobre las cosas que se pedían. Lo que veo ahora, que me parece importante, es como que la cosa se ha enfriado, se ha paralizado.

-Hablemos de los logros de la Comisión.

-Entre los logros específicos, yo diría que el proceso en sí, que ha ayudado a vincular a diversas personas e instituciones y ha mostrado la capacidad de diálogo y negociación de las partes. O sea que eso sí es posible, al menos en el

contexto que hubo. También, un documento programático y de guía para la acción en busca de solucionar los problemas planteados; la creación de la Reserva Comunal El Sira, que son aproximadamente 600 000 hectáreas en la selva central, y ahora viene todo el problema del manejo de la reserva; la promulgación de una directiva de la SUNARP (Superintendencia Nacional de los Registros Públicos) a través de la cual se facilita el trámite en Registros Públicos de reconocimiento y titulación de las comunidades nativas, habría que ver cómo se ha expresado eso en concreto; la elaboración de una propuesta de régimen especial para Reservas Comunales, esa no ha sido aceptada o reconocida. Las áreas naturales protegidas restringen bastante el uso de los recursos por las comunidades y este régimen especial proponía que la Reserva Comunal no fuera solamente un área natural protegida como cualquier otra sino que se la siguiera considerando como un área natural protegida, pero con un régimen especial, o sea que las comunidades aledañas tuvieran mucho más acceso a los recursos.

-¿Y esa propuesta no fue aprobada por quién?

-Ese tendría que ser un régimen especial aprobado legalmente por el gobierno. El directamente implicado en esto es INRENA, pero está la propuesta; la cuestión es seguir empujándola.

-¿Qué otros logros obtuvieron?

-Se promulgó el Decreto Supremo para la creación de la Mesa de Diálogo Permanente, se promulgó también otro Decreto Supremo en el que se le encargó a la SETAI garantizar los derechos de los pueblos indígenas en aislamiento voluntario, que no tienen ninguna ley que los proteja y que son los más vulnerables. Tampoco existe ninguna institución del Estado que tenga como función protegerlos. En términos legales, en términos de decisiones del gobierno, hubo el Documento Final que es una guía muy buena -a mi parecer- donde están contemplados la mayor

parte de los aspectos de estos problemas, pero la cuestión es que no es para nada suficiente. Entonces, ¿hasta qué punto los diferentes ministerios han asumido el compromiso y la responsabilidad de seguir las recomendaciones que se hicieron ahí? Mi impresión es

—No sé, pero mi preocupación es el enfoque que le dan. O sea, que se quede en un enfoque simbólico, de valoración de las culturas autóctonas pero que eso no se traduzca en hechos concretos, que al final es lo importante, que son los derechos concretos de es-



«Lo más importante es que las organizaciones sigan manteniendo su autonomía frente a los gobiernos, lo cual no implica que no haya diálogo o concertación, pero desde una posición autónoma.»
En la foto, pobladores yaneshas del valle Palcazú, selva central (Foto: Ernesto Jiménez).

que la SETAI ha perdido el dinamismo, la autonomía que tuvo en un momento.

—¿Lo ha perdido desde cuándo?

—Desde el cambio de gobierno. Este gobierno le ha dado un espacio a la problemática de los pueblos indígenas en el discurso, tanto que Toledo se fue a recibir el mando de gobierno en Machu Picchu. O sea, se ha privilegiado el nivel simbólico.

—Hubo un discurso pro-indígena de Toledo durante la campaña, pero que parece quedó ahí; no aparece una intención de seguir el tema.

tas poblaciones al territorio, a realizar actividades económicas viables que eviten que ellos presionen más sobre los recursos, que es algo que está aumentando en las áreas colonizadas; que haya una educación realmente bilingüe e intercultural; que la sobreposición que existe actualmente de concesiones forestales sobre áreas de comunidades nativas dependen de unos contratos que podrían ser rápidamente cuestionados por cualquier abogado que tenga conocimiento del tema y el INRENA es cómplice de eso porque la mayor parte de esos contratos son ile-

gales. Hay extracción de madera incontrolada y con mucha corrupción de funcionarios del Estado. Como que hay toda una dinámica de generación de mayor pobreza a partir de la explotación indiscriminada de recursos. Siguen entrando los madereros a la reserva del Purús donde están los indígenas no contactados al punto que, y es tal la presión que se hace sobre esos pueblos, se están pasando hacia el Brasil y en la desesperación de ellos al verse acorralados, asaltan comunidades asentadas para hacerse de armas, herramientas o comida.

-¿El cambio de gobierno puede detener el trabajo que la Comisión ya ha avanzado en el tema?

-Hasta ahora lo que veo es que la esposa del presidente, Eliane Karp, está hablando de un Consejo Nacional de Comunidades Campesinas y Nativas, pero para mí no está nada claro de qué se trata eso. Sé que AIDSESP y otras organizaciones están fomentando una organización nacional de pueblos indígenas, que abarca pueblos indígenas de la selva, sierra y costa. Lo que me preocupa es, desde lo poco que he escuchado, qué intenciones tiene el gobierno; eso es lo que no me queda claro. Para mí lo más importante es que las organizaciones sigan manteniendo su autonomía frente a los gobiernos, lo cual no implica que no haya diálogo o concertación, pero desde una posición autónoma. Entonces, cuando el gobierno habla de este Consejo, ¿se está refiriendo a una institución del Estado que se va a encargar de los asuntos indígenas? Sería bueno que hubiera una institución del Estado con más poder de decisión, con más capacidad que lo que es la SETAI.

-¿Pero eso sería contradictorio con el trabajo de la Comisión, o no necesariamente?

-Parte del problema ha sido que esta Mesa de Diálogo Permanente todavía no se ha instalado, y esa es otra pregunta: ¿por qué no se ha instalado? Lo que me han informado es que la SETAI está tratando de incorporar a

los representantes de cada ministerio en esta Mesa. Pero eso está demorando demasiado. Lo que veo es que esto se ha enfriado totalmente y me parece mal porque la gente que ha trabajado ahí, poniendo mucho esfuerzo, durante tres meses bien intensos, gente que ha dejado otras cosas para trabajar ad honorem, por algo a lo que hemos dedicado muchos años de nuestra vida y que en ese momento, después de diez años de Fujimori se encontró una apertura. Hubo mucha energía, mucho esfuerzo, mucha voluntad de trabajar en conjunto; que ahora eso haya quedado en un documento y no se informe mayormente sobre lo que está pasando, nos causa una gran preocupación. Lo que queremos es que se instale esa Mesa de Diálogo lo antes posible, y que se vea en el gobierno qué instancia se va a hacer cargo de eso o qué personas van a echar a andar esto para que las recomendaciones de la Comisión se ejecuten. En la selva central hay todo el impacto de la violencia -hasta ahora quedan rezagos de Sendero Luminoso- pero la vida de la gente, todo lo que han perdido, no se toma en cuenta. En el río Ene sigue el narcotráfico, pero en otras zonas como Pangoa lo que queda es el estrago de diez años de vivir en zozobra, de no poder cultivar.

-¿Qué es lo que falta? ¿Una decisión política del gobierno?

-Parece que sí. Me parece que en la SETAI no está la gente que pueda mover esas cosas. No podemos dejar que pase el tiempo. La SETAI tiene que instalar esa Mesa de Diálogo, llamar a la gente y echar esto a andar. Las organizaciones indígenas también deben ver la manera de impulsarlo; yo sé que ellos están reclamando, pero no hay el dinamismo que hubo durante el Gobierno de Transición. Todavía como que se espera arreglar las cosas a través del diálogo y la concertación, que es lo más saludable; pero si el gobierno no abre esas puertas más allá del simbolismo, nada se arregla porque la gente no come símbolos. (M. P.) ■



En este momento, el 80% de la madera que se comercia en el Perú proviene de informales o ha sido extraída ilegalmente. Poblador Mayoruna Matsé, Río Yaquerama. Foto de Stefano Varese, 1973.

Los árboles ya no mueren de pie

UNA ENTREVISTA CON CARLOS SORIA*

QUEHACER

UNMSM-CEDOC

107

En la ciudad no tenemos idea de lo que pasa en la selva, creo que nunca la hemos tenido. ¿Cuál es la magnitud de los daños ecológicos que pueden provocar las empresas madereras en la selva?

—Acá vivimos en el desierto y en medio de neblina, entonces nuestra percepción del paisaje, de la naturaleza es absolutamente diferente a la de una persona que vive en la selva amazónica o en los Andes. Su visión, su horizonte son radicalmente diferentes. El impacto de la actividad maderera es bastante alto por varias razones. Y esto no es un problema único de la actividad maderera en el Perú sino que es una característica de la actividad maderera en todo el mundo: el hecho de que ésta ocurre en los bosques y los bosques están lejos de los centros urbanos, de decisión política o de los medios de control del Estado. Hay un gran margen para hacer lo que quieras con poco control, y ello se refleja en que en este momento en el Perú el 80% de la madera provenga de informales o haya sido extraída ilegalmente. Es decir, los empresarios que entran al bosque con su maquinaria, sus trabajadores y que tienen regulada la cadena entre bosques y aserraderos son muy pocos. La situación es aún más crítica no solamente para las especies, sino para la gente que vive dentro del bosque. Hay toda una dinámica social, cultural y económica, que está en estrecha relación con el bosque, y los cedros y las caobas constituyen los ahorros de la población. Cuando tú estás en un pequeño poblado, sin trabajo, tu alternativa es vender uno, dos, tres, palos de cedro o de caoba que puedes tener en tu bosque. El problema es que las características de la explotación no permiten la

regeneración del recurso. En este momento lo que sucede es que no hay control sobre las concesiones, no hay derechos de exclusividad sobre la madera y cualquiera entra al bosque y la extrae.

—¿Cómo cambia la vida de los pobladores cuando ocurre una tala indiscriminada?

—Se asocia mucho tala indiscriminada con madereros; en realidad, los madereros no hacen la tala indiscriminada. Lo hacen eventualmente, pero generalmente entran, se llevan el cedro y la caoba. Es lo que se llama una extracción selectiva. Pero atrás del maderero grande viene el pequeño, que recoge la madera que sirve para el mercado interno, porque el cedro y la caoba salen a Estados Unidos, Italia, Australia. El pequeño maderero es el que le da madera a Atalaya, Pucallpa, a Lima. Y hay una tercera ola en algunos casos, que es la de la colonización y ellos sí hacen tabla rasa; con el objeto de desarrollar la agricultura talan casi todos los árboles y tratan de convertir el suelo en pasto. Este proceso lo vemos desde hace 60 años igual: pueblos indígenas en aislamiento voluntario que son empujados por el avance de la extracción maderera y son llevados al borde de la extinción. La provincia de Tahuamanu, Madre de Dios, tiene tres grandes ríos: Los ríos, Las piedras y Tahuamanu. Los madereros han subido a las cabeceras de estos ríos y están en una zona donde se mueven 800 indígenas en aislamiento voluntario, están poniendo en riesgo a esta población y, de paso, llevándose el cedro y la caoba que le puede servir a la población local. Hay un conflicto entre pequeños

* Miembro del Área Política y Derecho Ambiental del Foro Ecológico.

extractores y grandes industriales, porque éstos quieren entrar a las zonas de los indígenas en aislamiento voluntario, pero los pequeños, que no tienen interés en ingresar a esas zonas y quieren quedarse donde están, pero con título y reconocimiento formal del Estado, no están de acuerdo con la estrategia de los grandes madereros.

-Y el caso de los asháninkas que ha investigado Agencia Perú, que les pagan S/. 0.03 por pie de madera. ¿Qué consecuencias puede traer una extracción de estas características?

-Nosotros tenemos la tendencia a pensar que gente como los asháninkas son gente muy pobre. En realidad, es gente que está viviendo en una economía diferente; es una economía de subsistencia que les permite reproducir su fuerza de trabajo y sus patrones culturales, y continuar existiendo. Sus bosques, sus peces, sus ríos no están en ninguna contabilidad; los recursos naturales que rodean a los pueblos indígenas son su verdadero banco, su almacén. Entonces, cuando viene la actividad maderera y por 3 centavos de sol el pie se lleva el cedro y la caoba para venderlo por 6 soles el pie en Lima, estamos viendo un robo, no hay otra palabra. Es un problema de abuso, de extracción del valor del bosque en manos de unos cuantos y sin beneficio alguno para las poblaciones locales. Esto ocurre acá, en Chile, en África, en Centroamérica, en todos lados.

-¿Quién es el responsable desde el lado del Estado?

-El INRENA. Ellos tienen una dirección general de forestal y fauna que es responsable por el ordenamiento de los bosques y por el control y la supervisión de las actividades que allí se realizan. En realidad, el INRENA tiene muchos problemas, desde corrupción hasta incapacidad operativa, pasando por falta de recursos. No puedo afirmar que todo el INRENA sea corrupto, lo cual sería una exageración, pero sí hay evidencia de que existe corrupción. Esto no se da únicamente en el Perú; la co-

rupción en el manejo del tema de la madera se presenta en Canadá, inclusive. El impacto de la extracción maderera sobre un pueblo indígena es fundamentalmente la modificación de sus patrones culturales, porque pueden ser integrados a la economía de mercado. Y en el caso de los no contactados, el riesgo más evidente es el de la muerte. Los pueblos indígenas son muy vulnerables a algunas enfermedades. El resfrío causa estragos en ellos y los mata. El otro tema grave es el de los extractores mismos. O sea, los extractores actúan en condiciones de explotación y generalmente subsidiando al patrón o al intermediario de la madera. El tipo que está metido cuatro meses en el monte, comiendo de la naturaleza para finalmente vender su palito de madera por unos céntimos.

-Explícame cómo funciona la cadena de extracción de la madera.

-Hay dos tipos de empresas. Hay la gran empresa que tiene tractores forestales, opera en zonas de tierra firme, pero en las zonas cercanas a los ríos operan los pequeños extractores. El inicio de la cadena son los pequeños extractores, ellos sacan su madera, por ejemplo a Atalaya, y la dejan en el aserradero; éste la envía a Pucallpa y la llevan a Lima. Si hay cedro y caoba, se exporta: en el camino están los pequeños extractores, el dueño del aserradero en Atalaya y en Pucallpa, el acopiador de madera en Chosica -que la utilizan como zona para secar la madera-, y finalmente el exportador. En esta cadena, si tú estudias el valor de la madera en cada segmento, te das cuenta de que hay una transferencia de valor del inicio al final. Es decir, el dueño del aserradero y el exportador se la llevan toda.

-¿Y los pueblos indígenas no tienen capacidad de decisión en el manejo de los beneficios de sus áreas?

-Sí, pero en condiciones de pobreza, los pueblos indígenas también tienen responsabilidad en la extracción de la madera. Si bien es cierto que en mu-

chos casos viene el maderero y se lleva la madera del bosque sin el consentimiento de los pueblos indígenas, en otros casos el maderero hace negocio con el jefe de la comunidad y éste –sin el acuerdo previo de su comunidad– negocia su bosque por unos centavos.

–¿No existe legislación sobre el tema o un plan de conservación?

–Este sistema de cómo opera y cómo funciona la actividad forestal, tiene décadas, por no decir cientos de años. En ese contexto hay que plantearse si tenemos o no capacidad de influir sobre el bosque. Y en muchos casos habría que decir que la capacidad de incidencia del Estado sobre la actividad maderera es mínima. El INRENA tiene hermosos mapas que establecen las áreas de extracción maderera, pero sabemos muy bien que los extractores, cuando tienen una concesión, lo primero que hacen es extraer la madera que está alrededor de ésta. Recién entonces entran a trabajar en su concesión. ¿Quién está supervisando eso, quién está controlando? Nadie. ¿Cuántos helicópteros tiene INRENA, cuántas imágenes de satélite realiza semanalmente para saber dónde está ocurriendo la extracción? Creo que no hay respuestas a esas preguntas. No hay la capacidad efectiva de controlar la actividad forestal.

–¿Es posible tener una industria maderera que no perjudique las áreas de extracción y los pueblos indígenas?

–Lo que buscamos es una empresa maderera que sea responsable social y ambientalmente. Y ese creemos que es el manejo forestal sostenible. Desde nuestro punto de vista, los principios y las bases para este manejo forestal sostenible están en la Ley 27308 aprobada en julio del 2000. Con todos sus defectos, creemos que promueve el manejo forestal sostenible y puede ayudar a que la empresa maderera sea más responsable en el futuro. Lamentablemente, existe la Confederación Nacional de la Madera, que desde el inicio ha venido rechazando la implementación de la

Ley 27308 y ha buscado que se dicte una nueva legislación. En realidad, no le interesa una nueva legislación, ni ninguna legislación. A ellos lo que los beneficia es el caos y el desorden que tenemos hoy, porque mientras eso subsista, ellos van a poder seguir explotando a los pequeños extractores y aprovechando esta cadena que sólo los beneficia a ellos. Esta ley propone que se establezcan bosques locales, que se aprovechen los bosques de las comunidades indígenas y campesinas por propia gestión de estas comunidades, y que los pequeños extractores puedan organizarse en empresas para el manejo del bosque. Es decir, opciones diferentes a la actual situación y que los grandes empresarios ven como un reto a su actividad empresarial, una competencia que ellos no quieren afrontar. No son empresarios modernos, son viejos señores feudales; no tienen ningún respeto por la sociedad en la que se encuentran y menos aún por el medio ambiente.

–¿Cuántas empresas se dedican a la extracción de la madera en la selva?

–No tengo el dato exacto de cuántas empresas están trabajando en la amazonía, pero puedo decir que el 90% de la exportación pertenece a Maderera Bozovich. En la provincia de Tahuamanu, Madre de Dios, 1 200 000 hectáreas han sido afectadas por la actividad ilegal de la transnacional Neuman-Lambert Corporation que ha talado, a través de terceros (consiguió que 217 pequeños extractores obtuvieran su concesión), el cedro y la caoba de esa extensión de hectáreas. Ellos son los principales actores, en este momento, en la actividad maderera.

–Es el INRENA el que otorga los permisos de extracción y las concesiones forestales. ¿Cuál es el procedimiento para que una empresa obtenga un área para operar?

–El sistema que existía anteriormente es el de adjudicación directa. La persona que presenta una solicitud, un plano del área donde va a trabajar, hace un plan de manejo de las especies

y de regeneración natural y se le otorgaba. Ese es el sistema que ha venido imperando hasta hace poco, que es un sistema heredado de la Colonia, el mismo que se utiliza en minería. Yo creo que es un sistema obsoleto, que tiene

cursos necesarios para que este cambio se produzca. Pasar del descontrol generalizado a una situación en la que tenemos áreas de manejo forestal perfectamente identificadas, empresas responsables, es una situación que toma



«Estamos empeñados en que se den las bases para un cambio a un manejo forestal sostenible. El Estado tiene que poner de su parte para que este cambio sea posible», sostiene Carlos Soria (Foto: Wilyam Estelo).

que acabar porque no garantiza la sostenibilidad de la actividad, ni la responsabilidad de la empresa.

-¿No hay un estudio de impacto ambiental?

-No lo ha habido. La Ley 27308 propone el sistema de la subasta o del concurso público; además hay que presentar un plan de manejo, que en parte debería ser un estudio de impacto ambiental, pero también una propuesta de gestión del bosque para que siga produciendo. Estamos empeñados en que se den las bases para un cambio hacia un manejo forestal sostenible. Lamentablemente, hay que criticar al gobierno de Fujimori, como al gobierno de Paniagua y al actual gobierno, porque no han comprometido los re-

tiempo y cuesta dinero. El Estado tiene que estar dispuesto a poner de su parte y a invertir para que este cambio sea posible. En el caso de Bolivia, donde se hizo un proceso similar para promover el manejo forestal sostenible, el gobierno invirtió 20 millones de dólares en cinco años. Acá, el gobierno de Fujimori aprobó la ley y no dio un centavo. Y hay que ir a ver el INRENA cómo está. Con el mejor esfuerzo que pueda hacer la gente que ahí trabaja, carecen de recursos y necesitan de una inyección bastante grande para poder convertirse en una institución que realmente maneje los bosques. Pero junto con eso necesitan de participación ciudadana para asegurar que la gestión sea transparente y no haya corrupción. ■



«Esta noche abriré tus sueños con mi viejo abrelatas»

UNA ENTREVISTA CON ENRIQUE VERÁSTEGUI
POR OSCAR MIRANDA Y MARTÍN PAREDES

FOTOS: PAUL VALLEJOS

A fines de 1971 los lectores de poesía peruanos se vieron sacudidos por setenta páginas de versos rotundos, hermosos, plenos de intensidad y energía juvenil, de rebeldía frente a lo establecido. Con su primer libro, En los extramuros del mundo, Enrique Verástegui (Lima, 1950) se erigió como uno de los más importantes poetas de Latinoamérica, según la crítica de entonces. Un libro con el que se casaron muchos sanmarquinos. Han pasado treinta años y Verástegui, habitante de las fronteras de la lucidez, continúa edificando catedrales de versos desde su exilio interior, cada vez más ampulosas, cada vez más inexpugnables. Quehacer se reunió con él durante una larga noche de sábado en algún lugar al este de Lima.

Existe en Lima un hombre que pretende expresar por medio de un esquema lógico la estructura matemática del universo. El hombre tiene la piel oscura, los ojos achinados detrás de gafas torcidas y la cabellera desordenada como un árbol abrasado por el fuego. Por momentos, un aire de ángel maldito. A nadie debe sorprender que se imponga tan ambiciosa tarea: su vida entera está determinada por desafíos de esa naturaleza. Con su último libro, *Apología pro totalidad* (2001), se propone crear un álgebra del siglo XXI, fundar un nuevo tipo de ensayo que fusione las matemáticas con la creación verbal, en pos de un objetivo supremo: totalizar el conocimiento humano. Ese es Enrique Verástegui. Durante los años 70 fue considerado uno de los poetas jóvenes más importantes de Latinoamérica. Hoy tiene 51 años, una decena de li-

bro publicados y un aura mítica que ostenta casi a su pesar, resignadamente.

Por circunstancias ajenas a su espíritu (su madre se ha establecido en Lima en la casa de sus hijas, y el poeta depende de ella en muchos sentidos) Enrique Verástegui ha dejado San Vicente de Cañete, su hábitat por muchos años, y desde hace algunos meses da vueltas como pantera enjaulada en aquella residencia de La Molina, cercada por el concreto. Como hace muchos años, se dedica exclusivamente a leer y escribir. La mayor parte del tiempo se aburre en su soledad involuntaria. Pero a veces sus ocasionales visitantes descorchan un par de botellas de tinto, encienden cigarrillos, y pone a trabajar su memoria. Y entonces Enrique Verástegui recuerda.

Recuerda, por ejemplo, cuando salió de Cañete, dejando atrás una adolescencia laica (fue acólito del Opus Dei a

los catorce años) de basketballista, con un hato de poemas y obras de teatro como equipaje. Su llegada a Lima, a San Marcos, a la Facultad de Economía (que el padre imponía como su lugar de estudios). Recuerda que en la mochila llegaron con él dos poemarios inéditos, «Paisaje» y «Silencio», que fueron a parar al archivo de su gran amigo Jorge Pimentel en prueba de amistad. El primero de ellos se ha perdido. «Silencio» existe aún. Si los visitantes insisten, Verástegui recordará el momento en que **En los extramuros del mundo** salió de las imprentas; la conmoción que produjo en los círculos literarios. Los elogios llovieron, algún crítico lo consideró un verdadero genio. Ya pertenecía al Movimiento Hora Zero, parido en los patios de la Villarreal. Cuando recuerde esos momentos Verástegui sonreirá dulcemente y en sus ojos habrá un brillo infantil.

-¿Qué unía a Hora Zero como grupo literario?

-Nos unía el amor a la poesía. La fascinación, la absoluta locura por la poesía.

-¿Por qué no seguir un camino solitario?

-Porque intentamos, y creo que lo hemos logrado, fundar una nueva poesía que no implicara la negación del individuo al interior del grupo. En Hora Zero (HZ) cada uno era consciente de que se llamaba y apellidaba de tal modo; y cada uno firmaba sus cheques con su pluma.

-Uno de los postulados básicos de HZ era el poema integral. ¿Cómo lo entendías tú?

-A mí lo que me interesaba era que funcionara el grupo. Pero cada quien escribía a su manera; por tanto el concepto de poema integral, del cual se habla bastante, lo conozco mucho después. Yo trataba de hacer poesía desde mi perspectiva.

-¿Qué los separaba de las generaciones anteriores?

-Yo no teorizo en el plano de las luchas generacionales. Entre mis ami-

gos, que eran José Cerna (lingüista, poeta y profesor en los Estados Unidos) y Santiago López Maguiña (que es una eminencia en San Marcos), no nos interesaba para nada pelearnos con Washington Delgado o Toño Cisneros.

-¿No se pelearon con Cisneros?

-No. Pimentel se peleó con Cisneros. A nosotros nos interesaba fundar una nueva literatura y eso es lo que hemos hecho.

-¿Y cómo veías tú ese enfrentamiento?

-Yo era íntimo amigo de Pimentel y lo sigo siendo. Todos los días hablamos por teléfono, pero en HZ cada quien dispara por su lado, o para hablar en términos de marinera, cada quien baila con su pañuelo.

-Pero, ¿qué pensabas del enfrentamiento?

-Lo veía con pena. Porque pensaba que la literatura debía fundarse en base a sus propios libros, no en base a la polémica.

-Treinta años después, ¿qué influencias reconoces en tu primer libro?

-A lo largo de todos mis libros de poesía, y hablo básicamente de tres libros: **En los extramuros del mundo**, la *Ética* que está conformada por cuatro volúmenes, y *Ensayo sobre ingeniería*, la influencia básica ha sido el griego demótico. Esto es, la literatura griega popular: Cavafis, Seferis.

-En *Monte de goce* dices que tu único predecesor es Oquendo de Amat. ¿Cuáles han sido tus referentes a lo largo de tu obra en la poesía peruana?

-A los 9 años conocía toda la poesía peruana porque había leído la antología de Salazar Bondy y Romualdo hecha en Buenos Aires (*Antología general de la poesía peruana*, 1957). Ahí descubrí a Vicente Azar, que ya se acerca a los 90 años, fue diplomático y ha escrito poca pero extraordinaria poesía. Su nombre es José Alvarado Sánchez.

-Dicen que Vallejo no es santo de tu devoción.

-Leí todo Vallejo en mi adolescencia.

-Pero no te gusta.

-Es que mis ensayos más difundidos en el extranjero son mis ensayos sobre Vallejo, y por algún motivo nadie los ha publicado en el Perú. Pero sí

-¿Tienes padres literarios en el Perú?

-Oquendo de Amat, básicamente. Te recito de memoria «Madre»: *Tu nombre viene lento como las músicas humildes/ Mi recuerdo te viste siempre de blanco/ como un recreo de niños que los hombres*



Un joven apolíneo, ambicioso, cuando ya había publicado su primer libro, era miembro de Hora Zero y levitaba con las palabras. (Foto: Luis Peirano).

he escrito sobre Vallejo.

-¿Bien o mal?

-Bueno, le he dado la perspectiva correcta. Hice un trabajo de lingüística sobre él que tuvo mucha fortuna porque fue publicado en las mejores revistas de México, Colombia y París.

-Un trabajo de lingüística sobre Vallejo, qué ambicioso.

-En aquella época era muy ambicioso, ahora la vida me ha golpeado tanto que ya me he vuelto un pobre bohemio (sonríe).

miran desde aquí distante. El más bello poema a la madre que ha escrito un peruano. Yo fui el primero que escribí artículos pidiendo que ese poema fuera incluido en textos escolares. Incluso Ginsberg, en una entrevista que le hace *Caretas* quince días antes de su muerte, dice que el más grande poeta latinoamericano del siglo XX es Carlos Oquendo de Amat.

-¿Y Martín Adán?

-Martín Adán me gusta mucho. Un poco duro en su lenguaje.

-¿A qué te refieres con dureza?
¿Cuándo un poeta es duro?

-Un poeta es duro cuando no hay plasticidad en su lenguaje.

-¿Eielson?

-Eielson es un gran poeta también. Aunque me parece que pierde mucho

un rincón del Centro Federado de Economía los poemas con los que conquistaría la admiración y el aplauso unánimes. Por la época de *En los extramuros...* produjo también los versos de *Praxis, asalto y destrucción del infierno* (publicado en 1980) y



Madrugada del domingo, saliendo a cargar energías. Lector del Tao y practicante del tantra yoga, afirma: «sí, hay un Enrique Verástegui habitante de otros mundos, obviamente».

cuando defiende descaradamente y sin sentido su homosexualidad. Me parece que ahí Eielson se desequilibra como poeta. El primer Eielson me gusta mucho, el de *Reinos*, el de los poemas largos y el de *Habitación en Roma*, que es el gran libro, el de la experiencia de un peruano en Europa.

Allí está Verástegui, escribiendo en

algunos borradores de lo que sería su monumental *Ética* (compuesta por *Angelus Novus*, *Monte de goce* y *Taki Onqoy*, publicada a fines de los 80 y principios de los 90). Entonces vivía en la oficina de su padre (dueño de una empresa de transporte interprovincial) en la avenida Grau. Algún tiempo después pasó a convivir con una joven artista de música clásica -cuyo nombre prefiere mantener en reserva- en San Isidro. Ella es Nannerl de *Monte de goce*.

En 1976 obtiene la prestigiosa beca Guggenheim y permanece un año en Europa. Según recuerda ahora, un grupo de escritores mexicanos, entre los que se encontraba José Emilio Pacheco, pidió la beca para él porque –afirma que le avergüenza decirlo– consideraban que era el mejor poeta joven de habla castellana a ambos lados del Atlántico. Con los 12 mil dólares de la beca Verástegui, ya casado y con una pequeña hija, permanece seis meses en Barcelona y seis meses en la isla de Menorca, en el Mediterráneo. Allí escribe el germen del que sería su libro **El motor del deseo**, un ensayo de 200 páginas sobre el sistema de producción del texto literario que, nos dice, los estudiantes leen con pasión en las universidades.

Cuando el dinero de la beca se acaba viaja a París. Una generosa familia ariquepeña, así como toda la colonia intelectual peruana –estaba todo San Marcos: José y Patrick Rosas Ribeyro, Elqui Burgos, José Carlos Rodríguez, el pintor José Tang– lo apoyan económicamente. Durante los tres años y medio que permaneció en la capital francesa Verástegui vivió algunos de los momentos más felices de su existencia. Participó en un recital en homenaje a Allen Ginsberg, junto a los grandes de la generación *beatnik*, en el Centro de Artistas y Estudiantes Americanos de París. Colaboró en numerosas publicaciones académicas y periodísticas de América Latina y Europa. Concluyó **El motor del deseo**, escribió **Angelus Novus** y **Taki Onqoy**, en un estado de absoluta inspiración. Iniciando la década del 80 retornó a Lima.

–Han pasado cuatro décadas desde que te iniciaste en la escritura de versos. ¿Puedes dar una definición de lo que significa para ti la poesía?

–La definición de la poesía es siempre circunstancial. Cada vez que me preguntan eso, me acuerdo del verso de Bécquer: «*poesía eres tú*». Ahora puedo decir que poesía es belleza, aun-

que en **Angelus Novus** antagonizo la poesía con la belleza.

–¿Crees que la poesía es algo que a uno le sucede?

–No, creo que uno hace su poesía, su destino; uno se destruye o se autoconstruye. Por eso digo que yo soy apolíneo cuando escribo la **Ética**. Cuando me doy cuenta que me es muy fácil escribir poesía, cuando publico **En los extramuros...** y tiene mucho éxito y gusta a todo el mundo, me digo ahora voy a seguir mi pensamiento y mi pensamiento era el de un joven apolíneo, que lucha por ideales, y esa es mi obra monumental.

–¿Qué necesitas para escribir poesía?

–Tengo que sentir varias percepciones. Tengo que tener las ganas de escribir un poema, tengo que investigar, tengo que hacer trabajo de campo, hablar con la gente, hacer trabajo de biblioteca, leer muchos libros. Siempre he hecho todos mis libros uniendo estas tres cosas.

–Al momento de sentarte a escribir, ¿necesitas estar en un estado especial?

–Necesito estar en un estado de gracia; estar tranquilo mentalmente pero espiritualmente bullente.

–¿Y cómo llegas a ese estado?

–Sé que entre los jóvenes se utiliza mucho la marihuana para inspirarse. Aunque yo sé que la marihuana impide escribir, pero los jóvenes siguen a Aldous Huxley. Yo no necesito de ningún estímulo exterior, necesito que mi conciencia actúe frente a un hecho y unifico esos tres estados: el estado espiritual, el de trabajo de campo y el trabajo de biblioteca para producir un poema.

–Ya que tocas el tema de los estímulos, ¿en algún momento pensaste que a través de esos estímulos podías escribir mejor? ¿Los utilizaste?

–No, siempre me pareció que lo racional era lo correcto. Que los estímulos químicos o sicodélicos no eran estímulos correctos para escribir poesía.



-¿No probaste LSD?

-No, nunca lo he probado.

-¿Cuál ha sido tu campo de experiencia en las drogas?

-Ninguno.

-¿No has probado marihuana tampoco?

-Bueno, una vez, pero no me gustó. Y cuando probé cocaína sentí una patada en el hígado.

-¿Y el alcohol?

-Debo decir que escribí en una semana «El teorema del anarquista ilustrado», de El terceto de Lima, con una garrafa de vino, y la escribí de un solo golpe, sin una sola corrección.

-¿Tienes una disciplina de trabajo?

-Unida a la inspiración, a lo que los estudiosos de la psiquis en Estados Unidos llaman estados alterados de conciencia. Mientras escribía Taki Onqoy, durante un invierno parisino, cuando la temperatura baja a diez grados bajo cero y uno camina sobre hielo en la calle, me faltaron cigarrillos. Entonces, como escribía fumando, bajé desesperado a buscarlos y a mitad de la calle me dí cuenta de que estaba transpirando, casi con fiebre y en mangas de camisa, ¡a diez grados bajo cero! Esa fue una experiencia de **tumo**, de los monjes tibetanos que se gradúan pasando una noche en las montañas del Tibet, desnudos, con una frazada mojada que secan con el poder de su mente.

-¿Son experiencias límite?

-Experiencias límite que he tenido con la poesía. La experiencia del tantra yoga la descubrí cuando escribía Monte de goce. Y luego, cuando escribí Angelus Novus, sentía que levitaba.

-¿Cómo puede ser eso?

En su último libro, Apología pro totalidad, eleva su ambición poética a grados incommensurables: cosmología, lingüística, computación, economía, feminismo, álgebra simbólica, todo con música de Lou Reed.

-Sentía que levitaba, y digo levitaba empleando el concepto de levitación de los viejos libros del taoísmo chino: una persona levita cuando siente que su cabeza se desprende de su cuerpo y se va hacia el cielo.

-¿Y cómo lo lograbas? ¿Bajo un estado de meditación?

-Con el estado de escribir.

-¿Ayudado por alguna sustancia?

-No. Por el estado de tensión mental al cual estoy sometido cuando me pongo a escribir. Para descansar de doce, catorce horas de escritura me recostaba en un árbol, levantaba los ojos al cielo y sentía la rotación de la tierra, o sea, veía desplazarse lentamente las estrellas. A ese grado de sensibilidad he llegado cuando escribo poesía.

-¿Y cómo es la experiencia del tantra yoga?

-Consiste en potenciar el orgasmo sin eyacular, durante horas. Hay que saber hacerlo porque si lo haces mal te puede venir un fuerte dolor a los testículos.

-¿Cómo volcabas esa experiencia en la escritura?

-Me estimulaba eróticamente e incluso muchas páginas las escribía desnudo, esto es, hacía el amor y luego me sentaba a la mesa y escribía inmediatamente las sensaciones que habían pasado por mi mente.

En 1980 apareció en la ciudad Praxis, **asalto y destrucción del infierno**. Escrito en la época de **En los extramuros...**, el libro se iba a llamar solamente Praxis pero el título creció, según cuenta el poeta, en honor del fin de la dictadura de Morales Bermúdez. Por esas épocas comenzó a trabajar en **El Diario de Marka** y a colaborar en algunas otras publicaciones. El periodismo desde entonces se convirtió en su única fuente de ingresos. Por esas épocas también comenzó la escritura de su diario personal, que interrumpió quin-

ce años después a raíz de la muerte de su padre. El diario quedó en 500 páginas, a la espera de ser publicado.

A mitad de la década de los 80, separado de su esposa, la también poeta Carmen Ollé, retornó al primordial San Vicente de Cañete. Fue como retroceder en el tiempo, volver a los cuidados maternos, las putamadreas paternas y la dependencia exclusiva de la familia. Desde entonces, hasta hace algunos meses en que volvió a Lima, allí permaneció exiliado. Fue desde Cañete que vio aparecer la mayor parte de sus obras. El ensayo **El motor del deseo** vio la luz pública en 1987, **Leonardo** apareció en 1988, en 1989 el primer tomo de **Angelus Novus** y al año siguiente el segundo tomo (ambos el libro primero de la **Ética**). En 1991 publicó **Monte de goce (Ética II)**, la novela **Terceto de Lima** en 1992 y **Taki Onqoy (Ética III)** en 1993. Dos años después el cuarto libro de la **Ética: Albus**; luego **El modelo del teorema (1997)** y **Ensayo sobre ingeniería**. Su última obra es **Apología pro totalidad**, donde su ambición poética se eleva a grados inconmensurables (Verástegui pretende que se constituya simultáneamente en un libro de cosmología, lingüística, computación, economía, feminismo, poesía, novela, lógica, álgebra simbólica, «teniendo como fondo el fin y comienzo de un nuevo milenio»).

Ese es Enrique Verástegui. Dice que Vargas Llosa alabó su novela **Terceto de Lima**, llamándola «la mejor novela peruana de los 90». Que la crítica ha situado su **Ética** a la altura de la obra de Dante y Pound. Allí, en su encierro en La Molina, se lamenta de que un par de conocidos suyos (el poeta Paolo de Lima y la pintora Borka Satler) perdieran un libro de ensayos de 500 páginas titulado «El saber de las rosas» en el que se ocupaba del alma humana, la poética y la poesía peruana del siglo XX, desde Vallejo y Eguren hasta los novísimos de los 90. Tiene una panza inmensa, «que me da vergüenza», dice

Verástegui. Le gusta el vino («tinto seco, tiene mejor sabor»). Ya no fuma como antes. A veces ocurre como si en medio de la charla se perdiera en los intrincados recovecos de la memoria o lo ganara el desgano. Se aburre en su encierro, se siente solo. Ostenta un aura mítica pero los poetas jóvenes ya no lo visitan como antes. O ya no siente demasiadas ganas de compartir sus noches con extraños. Ha dejado Cañete y es como si hubiera cerrado una etapa en su vida, pero promete continuar levantando monumentos poéticos de gran envergadura. No deja de imaginar versos, pensar hipótesis, emprender desafíos. Algunos críticos lo consideran el más grande poeta vivo del Perú. Treinta años después de la publicación de su primer libro, Enrique Verástegui continúa escribiendo como el muchacho aquel que deslumbró a la crítica con su verso descarnado y certero, pero ha cambiado. Ahora pretende totalizar el conocimiento humano o perecer en el intento. Sus días están contados (y cantados).

-Sorprende a la gente tu interés por las matemáticas.

-Estudié economía por imposición, pero la entendí como una imposición académica. La economía me gustaba y me sigue gustando, e incluso ya en mi primer libro mi visión es económica, y eso sigue primando en toda mi obra. Las matemáticas son un placer mental que me permite reflexionar, en tanto que la poesía es un placer espiritual.

-Para algunos tu poesía es demasiado críptica; alguien decía que Enrique Verástegui escribe para sí mismo. ¿Qué les respondes?

-Nada. En realidad escribo para todo el mundo. Mi obra está escrita para ser entendida tanto por un carretilero como por un físico nuclear, y precisamente conocí a una física nuclear, Elena Cáceres, que leyó mi libro *Angelus Novus* inédito, porque ahí hay tantos elementos de física que necesitaba convalidarlos y ella lo hizo junto a sus amigos matemáticos de la

UNI. Pero a pesar de ello, el libro puede ser entendido tanto por un profano como por un erudito.

-¿Cuánto de la soledad de Cañete influyó en tu obra?

-Nada. Mi obra resulta del contacto con la biblioteca, y hay bibliotecas en todas partes. Cañete lo que me ha dado es tranquilidad y también aburrimiento.

-¿No habría sido distinta de haberla construido en Lima?

-Hubiera sido distinta si el comunismo no hubiera caído, tal vez el sentido habría sido distinto. Pero dado que el comunismo cayó, he buscado mi propio sentido, dado que vivíamos en un mundo bipolar, encontré que el camino era el Renacimiento. Aunque lo encontré después de haber publicado *Monte de goce* como el estudio del pecado, *Taki Onqoy* como el estudio de la política y en términos teológicos como el libro de la redención, *Angelus Novus* como el libro de la virtud y *Albus* como el del conocimiento. Luego de haber publicado estos libros encontré que había un filósofo del Renacimiento llamado Vico que distribuyó el período feliz de la humanidad del mismo modo. O sea, la política muy atrás del hogar.

-¿Nunca te adscribiste a algún partido político?

-Todo forma parte de la leyenda y del misterio. Desde los setenta no tengo actividad política.

-¿Antes sí la tenías?

-Fui maoísta en la adolescencia. Pero no senderista sino maoísta.

-¿Y qué pensabas de Sendero en los ochenta?

-Si de algo me enorgullezco de esa época es de no haber leído nada de Abimael Guzmán. Ni a favor ni en contra. Siempre he leído las páginas culturales y eso me bastaba.

-Luego del atentado a los Estados Unidos, ¿tienes una idea de lo que va a pasar en el mundo?

-Sí, he hecho el análisis. No creo que el terrorismo sea peligro. Porque la

forma en que ha atacado Bin Laden, contra vidas humanas inocentes, liquida al propio terrorismo. No es la lucha de un proyecto socialista que implique la defensa de la vida, es un acto de terrorismo por terrorismo mismo.

-¿Te consideras viejo?

-No, soy joven. Lo que pasa es que he privilegiado la juventud. Publicar un libro a los 20 años y un libro monumental a los 35 años es privilegiar la juventud, y en la vejez no sé qué otro



Treinta años después, Verástegui pretende ahora totalizar el conocimiento humano: «mi obra está escrita para ser entendida tanto por un carretillero como por un físico nuclear».

-¿No crees, como Huntington, que el gran conflicto de este siglo va a ser el de Occidente contra el Islam?

-No creo. Occidente es muy superior al Islam y no tiene condiciones materiales para desatar un conflicto. Eso fue visto en la guerra del Golfo, cuando Saddam Hussein no fue desembarcado de la historia porque Bush padre no se lo permitió.

-¿Qué falta en tu vida, Enrique?

-Qué faltará pues, no sé. Faltará trago. Ya la vejez...

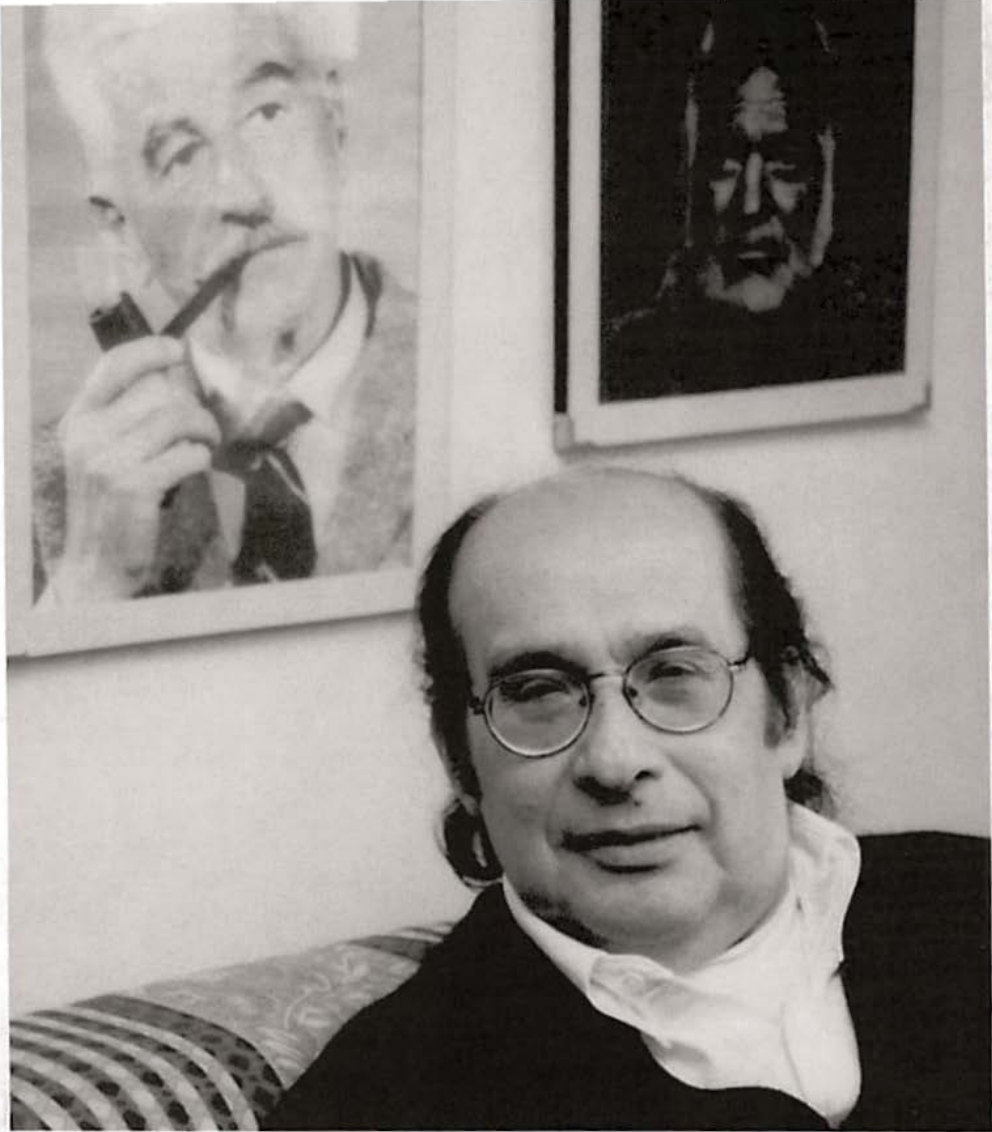
libro publicaré. Estoy lleno de inéditos. Viviré para hacer la apoteosis de mi novela «El sueño de una primavera de Occidente», escrita a los 45 años. Gutiérrez ha escrito a los 60 años su **Violencia del tiempo**.

-¿Qué opinas de esa novela?

-Nada, muy deprimente la violencia y esas cosas.

-¿Cómo que muy deprimente?

-Claro, pues. Lo mío es diferente. Ocurre en todo el mundo y termina en Cañete. ■



El escritor Miguel Gutiérrez en su antigua casa, cerca del Palacio de Justicia, en compañía de William Faulkner y Ernest Hemingway, dos de sus maestros.

El Mundo sin Xóchitl

MELVIN LEDGARD

FOTOS: WILYAM ESTELO

IMAGINANDO COETÁNEOS

Cuando en 1988 reapareció Miguel Gutiérrez con *Hombres de caminos*, tras casi dos décadas de no publicar novelas desde *El viejo saurio se retira* (1969), lo hizo con un proyecto distinto. *El viejo saurio se retira* había sido, básicamente, la historia de un grupo de amigos que se rebelaban contra la educación católica que recibían en su colegio, y preferían pasear por las calles de Piura haciendo muchas veces escala en su bar favorito. *Hombres de caminos*, en cambio, se ocupaba de bandoleros en la Piura del tránsito del siglo diecinueve al siglo veinte e incluía, antes de que comenzara la verdadera acción, un «Quién es quien» con una serie de personajes que, en algunos casos, apenas aparecían. En realidad, ese «Quién es quien» presentaba a los que serían los protagonistas de *La violencia del tiempo* (1991), una novela que ya no se limitaba a desplazarse por el paisaje regional piurano, o al período de tiempo de *Hombres de caminos*, sino que se proyectaba fuera de Piura y hasta más allá del Perú, a París y a Barcelona, mientras que, en términos cronológicos, planteaba especulaciones sobre los tallanes que poblaron Piura mucho antes de que llegaran los españoles, y mostraba a un joven que, a principios de los años sesenta, viajaba de Piura a Lima a estudiar historia y luego volvía a su provincia para vivirla en su terruño, comunicándose con sus ancestros a través del San Pedro. Con Martín Villar, el nombre del joven obsesionado con sus antepasados, abría y cerraba *La violencia del tiempo*. Una vez más, Gutiérrez había concebido a un personaje de ficción cuya cronología vital de alguna manera correspondía con la suya. Si bien había replanteado su proyecto literario, existía una continuidad cronológica en-

tre el grupo de amigos de colegio de *El viejo saurio se retira* y el joven universitario interesado en la historia de *La violencia del tiempo*.

La destrucción del reino (1992) se emparentaba con *Hombres de caminos* por volver al tema de los bandoleros de otros tiempos y también porque desaparecía nuevamente el personaje coetáneo de Miguel Gutiérrez, aunque podíamos colocar en ese rol al narrador. Ese narrador, aparte de recoger algunas leyendas regionales de bandoleros, también refería otras más recientes en las que reflexionaba sobre la decadencia de algunas familias de la elite piurana en los comienzos de los años setenta que sucedieron a la Reforma Agraria. De hecho, la trayectoria del escolar de *El viejo saurio se retira*, el universitario de *La violencia del tiempo*, la continuaba esta presencia del narrador que miraba esta vez a la Piura que sucedía, temporalmente, a aquélla en la que había deambulado, buscando respuestas sobre su origen, Martín Villar.

Babel, el paraíso (1993), con su tono de parábola y su ambientación en un lugar que quería ser anónimo —como eran innominados los lugares en los textos de Kafka—, tampoco llegaba a escapar de este repaso continuo que Miguel Gutiérrez parecía ir haciendo de su propia vida: justamente, sus años en un país lejano correspondían a lo que al autor le quedaba por decir de los años setenta: referirse a la experiencia de su estadía en China durante la segunda mitad de esos años.

Poderes secretos (1995) es un caso aparte: justamente por ser un experimento entre ensayo y proyecto de novela, es su libro de ficción más teórico y el que más escapa de esta constante. Paradójicamente, en sus libros de ensayos aparentemente más puros es donde Mi-

guel Gutiérrez más se refiere a su vida real: por un lado, **La Generación del 50: un mundo dividido** (1988) era, sobre todo, un libro testimonial que en el fondo nunca se alejaba demasiado del tiempo en el que había sido concebido, y en el que, sobre todo, daba la impresión de que escucháramos la voz del Miguel Gutiérrez de 1988; por otro lado, la segunda parte de **Celebración de la novela** (1996) es, ciertamente, el libro más cercano a una memoria autobiográfica que ha escrito el autor, ya no utilizada como materia para tramar una ficción paralela sino para contar incidentes de su vida de manera directa.

LA ESTRUCTURA DEL TIEMPO A PARTIR DE LA PRESENTACIÓN DE LA NOVELA COMO MANUSCRITO

En **El mundo sin Xóchitl** (2001) toda la continuidad cronológica antes descrita parece dar un salto atrás en el tiempo, por encima de los diferentes períodos vividos que inspiran esas novelas, para remontarse a una época anterior incluso a aquella en que se enmarca **El viejo saurio se retira**. De hecho, Gutiérrez mismo ha hablado en diferentes entrevistas acerca de cómo los protagonistas de este libro son versiones más desarrolladas de personajes secundarios de aquella novela, donde ya existían los hermanos incestuosos que criaban a su hermano retardado mental como si fuera un simbólico hijo de su amor prohibido. Sin embargo, la manera en que se construye es mucho más semejante a su proyecto novelístico a partir de **Hombres de caminos**, el que más bien ha devenido en lo más parecido que tenemos, en la literatura peruana actual, a un proyecto balzaquiano; Miguel Gutiérrez realmente parece querer «hacerle la competencia al registro civil». Dicho sea de paso, investiga sus temas con la meticulosidad de un historiador o científico social, con el sentido de responsabilidad de un Emile Zola.

La estructura del libro nos remite a una tradición de novelas que se abren con el hallazgo de manuscritos que pa-

san a constituir su cuerpo o trama central. Esto no es una novedad en la obra de Gutiérrez. En **La violencia del tiempo** la multiplicidad de puntos de vista no se da a partir de otorgarse la licencia moderna de saltar de un narrador a otro, sino a partir de un recurso de novela del siglo diecinueve, o incluso dieciochesca, de ir construyendo el texto en base a insertar textos con la apariencia de documentos tales como cartas y diarios.

Ya en **La violencia del tiempo** había personajes que conocíamos a través de cartas que dirigían a diferentes personas, o personajes que se iban perfilando a través de fragmentos de una noveleta que preparaba un periodista, combinados con apuntes de un doctor siempre acostumbrado a registrar los incidentes de su vida, entre los que destacaba su «Diario de la peste», título que bien podía ser un claro homenaje al libro homónimo que Daniel Defoe escribiera en 1722.

En el prólogo y el epílogo de **El mundo sin Xóchitl**, un narrador anónimo, identificado por Wenceslao como escritor y con rasgos destinados a convertirlo en un personaje que fácilmente podría confundirse con el verdadero Miguel Gutiérrez, recibe el manuscrito de un amigo fallecido vía la conviviente de sus últimos años, que leerá hasta el amanecer en un hotel de Morropón.

Gutiérrez hace, entonces, del texto central que le da cuerpo a la mayoría del libro, un manuscrito. La evocación de principios de los años cincuenta que hace Wenceslao está constantemente interrumpida por momentos en que se refiere a las circunstancias en que él lo escribe, entre 1997 y 1999, conviviendo con una cantante mulata unos diez años más joven que él llamada Grelia.

Para imaginar una historia que va sucediendo en los mismos años en que transcurrió su propia infancia, Miguel Gutiérrez concibe un coetáneo que la tendría que recordar desde una edad muy próxima a aquella en la que él mismo compone su ficción; incluso, en algún punto, lo hace referir una versión

que imaginamos muy poco ficcionalizada de la muerte del fotógrafo Julio Olavarría, la persona real a quien se brinda reconocimiento entre la dedicatoria y las citas que preceden el texto de la ficción.

La razón de ser de esas memorias, en apariencia contradiciendo el título, son

dado de sus padres: en el caso de Xóchitl le toca usar las ropas de Constanza, su madre fallecida a los 25 años luego de procrear con Don Elías, ya de 70 años, al tercer hermano de Wences y Xóchitl, un niño retardado llamado Papilio. La casa en la que viven está llena de objetos que



El mundo sin Xóchitl es su última novela. De compleja construcción temporal, el paraíso evocado no es un paraíso perdido ni luminoso ni virginal.

sobre todo para evocar a Xóchitl, a cómo era el mundo con ella. En un sentido más profundo, sin embargo, la narración en sí, aparte de estar enmarcada por el prólogo y epílogo del narrador anónimo, está llena de señales que la marcan como texto escrito y que sí justifican llamarla *El mundo sin Xóchitl*. Señales, por ejemplo, son las repetidas oraciones en vocativo para dirigirse a Xóchitl: resulta evidente que la necesidad de enunciarlas responde al deseo de Wenceslao de comunicarse con su hermana muerta.

El pasado evocado no es un paraíso perdido ni luminoso ni virginal. Pertenecientes a una familia piurana en decadencia, a Wenceslao y Xóchitl se les hace vestir las ropas adaptadas que han here-

recuerdan a Constanza, entre ellos discos de opera y fotos de cantantes a quienes ella buscaba emular. Wences y Xóchitl se aman y consideran a Papilio como su hijo, por lo que quieren deshacerse del padre, quien además ha descubierto sus relaciones incestuosas in fraganti.

A grandes rasgos, la novela en su conjunto tiene algo de estructura dramática en tres actos: una primera parte donde los personajes deciden que estarían mejor sin el padre, una segunda parte que se ocupa de la muerte de Don Elías y una tercera parte que trata sobre la huida de Wences y Xóchitl una vez que su media hermana se ha llevado al hermanito tarado.

Pero este armazón estructural se complica cuando todos los personajes viven haciéndose preguntas sobre su pasado, que de alguna manera irrumpe una y otra vez como un contrapunto de flash-

backs en la ordenada progresión de la línea narrativa.

Wences y Xóchitl viven sofocados por la historia de la madre que no conocieron y los concibió en los albores y años



De la bastardía de los Villar al incesto de Wenceslao y Xóchitl, la narrativa de Gutiérrez combina lo histórico y lo psicológico.

iniciales de la segunda guerra mundial; a su vez, Constanza vivió obsesionada con la presencia fantasmal de la primera esposa de Elías, fallecida en el manicomio Larco Herrera en 1922.

La complejidad estructural de *El mundo sin Xóchtli* no tiene que ver tanto con los puntos de vista sino con su continuo ir y venir de los fines de los noventa a: a) Los principios de los cincuenta, en que transcurre la infancia de los tres hermanos. b) Los fines de los treinta y principios de los cuarenta, del segundo matrimonio de Elías con Constanza. c) Los inicios del siglo del primer matrimonio de Elías con Mathilde.

Estas intrusiones del pasado se dejan sentir más en aquellos momentos en que Wences deja de escribir e incluye pasajes de un diario de Xóchtli y una carta de Mathilde a Elías que aparece casi al final. Para él, entonces, el proceso de reconstruir el pasado se da en un permanente abrir y cerrar cajas chinas, que extrae o guarda de acuerdo a su sensibilidad de reordenador del pasado que lo lleva a construir su narración como una novela: elige, por ejemplo, colocar la carta de Mathilde proporcionada por su padrino Federico Elera, fragmentariamente y en dos partes, como contrapunto a las escenas que describen los últimos días de Xóchtli.

LA MANSIÓN DE DON ELÍAS

Así como construye una compleja estructura temporal, el autor trabaja el espacio de una manera no menos compleja. En la obra de Miguel Gutiérrez el espacio es muy importante. En dos ocasiones, en el prólogo y en la sección 17 con la que finaliza la primera parte del cuerpo de las «Memorias», se cuenta una anécdota en la que el amigo escritor de Wenceslao, al ver una mansión en ruinas en la ciudad de Piura, le pregunta si no le hace recordar a la casa Usher. Wences le replica que más bien es el castillo de Barba Azul. Pero el amigo escritor no está del todo equivocado.

Como en *La caída de la casa Usher*, en la mansión avejentada han habitado dos hermanos tan extrañamente unidos como Roderick y Madeline Usher del cuento de Poe. De hecho, la narración no deja de incluir elementos que, al igual que en el cuento del clásico autor norteamericano, hacen referencia a la tradición gótica; cito: «La misma Constanza ciertas noches escuchó pasos en el entarimado y el abrir y cerrar ventanas de un espectro que no hallaba alivio en sus tormentos» (458).

Los lánguidos Roderick y Madeline del cuento de Poe contrastan con los inquietos Wences y Xóchtli, mientras que sí se asemejan en la manera en que están unidos a la casa cargada de historia que habitan. Lo que más hace recordar al cuento de Poe, entonces, es que aquí la mansión en la que llegan a vivir todos los personajes principales de la novela es en sí misma un personaje. Construida por Don Elías con el dinero de su primera esposa, la mansión, al principio concebida como su hogar ideal, es un universo que él jamás puede controlar.

Mathilde decide recluirse en el segundo piso, hasta que un buen día prefiere mudarse, voluntariamente, al Larco Herrera. Constanza, cuyo comportamiento infantil queda enfatizado por su manía de jugar con muñecas hasta el final de su vida, es quien primero identifica la mansión con el castillo de Barba Azul de *Cuentos de mi madre Oca* de Perrault. Wenceslao y Xóchtli disfrutaban de su Mirador como en un Paraíso donde el incesto no es pecado y se internan en el sótano como descendiendo a un infierno apropiado para planificar un parricidio.

Pero no sólo está la casa sino el barrio que rodea la casa, el cine «Variedades» donde el señor Cayitas les proyecta películas exclusivas a condición de que lo congracien con la negra Artemisa que sale a cuidarlos, por donde saben que Constanza solía también deambular, por donde se van independizando para encontrarse con criaturas de la noche como

el Padre Azcárate, alguna prostituta y Harold Dunbar, esa versión escocesa del decadente Boulanger de **La violencia del tiempo**. Wences y Xóchitl escuchan hablar del crimen del «serrano» Alberca en la calle, y de alguna manera se sienten inspirados para llevar a cabo el suyo. Es el mismo matricidio consumado por Florentino Alberca que es narrado en **La destrucción del reino** y que aparece en **Celebración de la novela** como un hecho real, flotando en el ambiente cuando Miguel Gutiérrez leía **Crimen y castigo** y descubría la literatura.

Una vez muerto el padre, será el señor Dunbar quien los acogerá en su casa, aunque luego los hará irse a Monte de los Padres. Finalmente, en su afán por alejarse de todos estos lugares con demasiado pasado hacia territorios desconocidos, Wences y Xóchitl intentarán huir montados en una motocicleta.

DESTRUCCIÓN Y MUERTE

Las visiones de destrucción aparecen en todas las novelas de Miguel Gutiérrez: el recuerdo de un joven ahogado era central en **El viejo saurio se retira**; toda la trama de **Hombres de caminos** se iba construyendo a partir del ahorcamiento del bandolero Isidoro Villar del árbol «Zapote de Dos Piernas»; el Doctor González escribía sobre muchísimos muertos en su «Diario de la peste», incluido en **La violencia del tiempo**, sobre una epidemia de fines del siglo XIX que anticipaba a la que acaba con Xóchitl medio siglo más tarde, y Martín Villar, obsesionado por sus antepasados muertos, viajaba de Piura a Lima para alojarse en el mismo cuarto donde se había ahorcado su tía; **La destrucción del reino**, que hizo la idea de la destrucción bastante explícita desde su título, entre otras historias refería la muerte de una bandolera, el matricidio de Alberca y el suicidio del hijo de una reina de belleza; la eliminación del noble activista político AQ era el corazón de **Babel, el paraíso**; y, quizá de manera más simbólica, se

incineraba y destruía un manuscrito colonial que podía haber cambiado la historia del Perú en **Poderes secretos**.

El mundo sin Xóchitl es una novela llena de muertes: prácticamente leemos sobre la muerte de una buena parte de los personajes y el narrador anónimo lee las memorias de Wenceslao cuando ya éstas constituyen un texto póstumo. Recordar es una tortura porque el recuerdo ya tiene algo de **memento mori**: las salidas de Don Elías y sus hijos en el Studebaker negro son indeliberables de las del viejo chasis calcinado de lo que fue el vehículo al lado de una autopista (88).

Cabe destacar la exclamación de Xóchitl «¡Qué bello chico!» cuando está ante la foto ampliada del músico y poeta muerto de leucemia cuando era «poco más que un adolescente» (209), y que incomoda a Wences al punto de que confiesa nunca haber sentido celos hacia ninguno de los pretendientes de su hermana como los que había sentido hacia ese muerto.

Hasta Don Elías, identificado como el enemigo por sus hijos, también es presa de la nostalgia en sus paseos por la casa, visitando muy tarde por la noche la alcoba de Mathilde con alguna carta de ella en la mano. La muerte no se limita a la de Don Elías, que ocupa toda la segunda parte, la central del libro, y además nunca queda claro si sus hijos lo matan o su deseo de hacerlo simplemente coincide con un cáncer letal, sino que aparece por todos lados, en los entierros de los que los niños quieren participar al final del libro: irónicamente la única manera de sentir que pertenecen al mundo sería participando de ese entierro y es cuando Xóchitl se viste de luto que Wences parece experimentar el mayor deseo.

En el recuerdo mismo el tiempo fluye, es pasajero como la música que tocan en el piano Mathilde y luego los hijos de Constanza, la música que Wences quisiera volver a tocar con Xóchitl a cuatro manos, que es como también quisiera escribir sus memorias, aunque debe resignarse a imaginarse hablar con ella más allá de la muerte. ■

Última publicación

Hacer de Villa El Salvador
una Comunidad Educativa

I Congreso Distrital
de Educación
de Villa El Salvador



GOBIERNO REGIONAL
VILLA EL SALVADOR

desco

EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

DISTRIBUYE

editorial



horizonte

UNMSM-CEDOC

